

M. FERNANDEZ Y GONZALEZ

EL ALMA DE UNA MORENA



UNA NOVELA
COMPLETA

LA NOVELA ILUSTRADA
REVISTA SEMANAL — NUMERO 346

35 CENTIMOS =

AL
307

EL ALMA DE UNA MORENA

Obras publicadas por La Novela Ilustrada

- 1.—Renata Mauperin. J. y E. Goncourt
- 3.—El hijo de la parroquia, C. Dickens
- 4.—Carmen, Próspero Merimée.
- 6.—El doctor Rameau, J. Ohnet.
- 7.—Humo, Turguenev.
- 8.—El pescador de Islandia, Loti.
- 9.—Raffles el elegante, E. W. Hornung.
- 10.—La Savelli, G. A. Thierry.
- 13.—Amor de española, J. B. d'Aureville.
- 15.—Fuerte como la muerte, Maupassant.
- 16.—La dama vestida de blanco, W. Collins.
- 17.—Crimen y Castigo, F. Dostoiewsky.
- 18.—Miss Meistrófeles, F. Hume.
- 19.—El sombrero del cura Cirilo, E. Marchi.
- 20.—Tiempos difíciles, Dickens.
- 23.—El hombre del antifaz negro, Hornung.
- 24.—Venganza corsa, P. Merimée
- 25.—Padre y fiscal, F. Coppée.
- 26.—El ilustre Cantasirena, G. Rovetta.
- 27.—El ladrón nocturno, E. W. Hornung.
- 28.—El ídolo de los ojos verdes, P. Brebner.
- 29.—Los buscadores de oro, E. Conscience.
- 30.—La bohemia, E. Murger.
- 31.—La peña del muerto, por Q. Couch.
- 367 al 169.—El hijo de Artagnan, P. de Feval.
- 170 al 172.—La señorita de Montecristo, C. Solo.
- 173.—El oro sangriento y
- 174.—Flor de alegría, Daniel Leuseur.
- 177.—Eugenia Grandet, H. Balzac.
- 221 a 222.—La dama de la ganza, G. le Faure.
- 223 a 234.—Los Girondinos, Lamartine, 12 t.
- 242 y 243.—El capitán Fracasa, T. Gauthier.
- 246 y 247.—El secreto del decapitado, Stacpoole.
- 251, 252 y 253.—La Maffia; Georges le Faure.
- 255.—Aventuras de Gordón Pym, Edgardo Poe.
- 257.—Werther.—Goethe.
- 258.—Doloras y humoradas, Campoamor.
- 273 a 273 b.—Los pequeños poemas, Campoamor.
- Venganza africana, E. Sué
- 265 a 272.—El judío errante, E. Sué.
- 274 a 281.—Los misterios de París, E. Sué.
- El año 2000, por E. Bellamy.
- 282.—Manon Lescaut, Abate Prevost.
- 290 a 293.—Lesage, Gil Blas de Santillana.
- 294.—Mariano de Larra.—Colección de artículos.
- 326 a 331.—El rey, el pueblo y el favorito, Rafael d. Castillo.

Colección Conan Doyle.

- 11.—Sable en mano. 12.—Al galope. 14.—La bandera verde. 21.—La tragedia del Korosko. 29.—El millón de la heredera. 43.—El robo del diamante azul.—El capitán de la Estrella Polar.—El campamento de Napoleón.

Colección Víctor Hugo.

- 35.—Bug-Jargal. 36.—Han de Islandia. 37.—El noventa y tres. 38.—El hombre que ríe; dos tomos. 39.—Los trabajadores del mar. 40.—Nuestra Señora de París.—Los miserables; dos tomos. (Agotado el primero.)—284.—El Año Terrible. 301.—El rey se divierte. Ruy Blas. Hernani. Angelo, tirano de Padua. 302.—Cromwell. Maria Tudor.

Colección Tolstoi.

- 44.—Resurrección. 45.—La guerra y la paz.
- 46.—La sonata de Kreutzer.
- 47 y 48.—Ana Karenine; 2 tomos.

Colección Rocamboles, por P. duTerra

77. La herencia de los doce millones.—78. El tonel del muerto.—79. El club de los Veinticuatro.—80. La rival de Bacarat.—81. La estocada de los cien luises.—82. El juramento de la gitana.—83. Las dos condesas.—84. El triunfo del mal.—85. Rocamboles tiene miedo.—86. El espectro de la guillotina.—87. Los caballeros del Claro de Luna.—88. La sombra de Diana.—89. El pacto de

las tres mujeres.—90. El hombre de las gafas azules.—94. El número ciento diez y siete.—95. La cárcel de mujeres.—96 Los lobos de la nieve.—97. El telegrama falso.—98. Las garras de color p. rosa.—99. La taberna de la muerte.—100. El fantasma de las cadenas.—101. Las canteras del crimen.—102.—El cadáver de cera.—103. La viuda de los tres maridos.—104. Las fieras de la selva.—105. El baril de pólvora.—106. Los uer verdugos.—107. El molino sin agua.—108. El plan del hombre gris.—109. El cementerio de los ajusticiados.—110. Una cita de amor.—111. Los dos detectives.—112. El reo de muerte.—113. La cuerda del ahorcado.—114. La niña muda.—115. El secreto de la cartera.—116. La casa de las ratas.—117. Los papeles del asesino.—118. El rayo de una muerte.—119. El hilo rojo

Colección Dumas.

51 a 53. Veinte años después; 3 tomos.—54 a 55. El vizconde de Bragelonne; 6 tomos.—60 a 63. El conde de Montecristo; 4 tomos.—64 y 65. Ascanio 2 tomos.—66 a 68. Las dos Dianas; 3 tomos.—69 y 70. El pájaro del duque de Saboya; 2 tomos.—71. El Horóscopo.—72 y 73. La reina Margarita; 2 tomos.—74 a 76. La dama de Monsoreau; 3 tomos.—91 a 93. Los cuarenta y cinco; 3 tomos.—120 a 125. Memorias de un médico; 6 tomos.—126 a 129. El collar de la reina; 4 tomos.—148 a 150. Angel Pitou; 3 tomos.—151 a 158. La condessa de Charny; 8 tomos.—165 y 166. El caballero de Casa Roja; 2 tomos.—178 a 180. Los compañeros de Jehú; 3 tomos.—186 a 196. Los mohicanos de París; 11 tomos.—197 a 199. Las lobas de Mahecul; 3 tomos.—2. Los mil y un fantasmas.

Ortega y Frías

180 a 138. El Tribunal de la sangre.—39 a 147. El siglo de las tinieblas—308 a 311. El peluquero del Rey.—312 a 318. Las justicias de Felipe II. 319 a 325. Las dos reinas.

Mayne Reid

159.—La venganza del Amarillo. 160.—El bosque sumergido. 161.—El barco negro. 162.—Los naufragos de la Pandora. 163.—Las dos hijas del bosque. 164.—Mano Roja. 181.—Los balleneros. 182 y 183.—El pabellón de socorro; dos tomos. 184 y 185.—La criolla de Jamaica; dos tomos.

Fernández y González

200 a 203.—Don Juan Tenorio; cuatro tomos. 204 a 208.—La maldición de Dios; cinco tomos. 210 a 215.—Diego Corrientes; seis tomos. 216 a 220.—El alcalde Ronquillo; cinco tomos. 285 a 139.—Leyendas de la Alhambra. 260 a 264.—Lucrecia Borgia.—La buena madre, 285 a 28.—La princesa de los Ursinos, 295 a 300.

Clásicos españoles

175 y 176.—Cervantés, Novelas ejemplares. 309 al 306.—Don Quijote de la Mancha.
209.—Quevedo, El gran tacaño.—Guevara, El Diablo cojuelo.
241.—Moratin, La comedia nueva.—El sí de las niñas, y otras.
244 y 245.—Don Ramón de la Cruz, Sainetes.
248. Lope de Vega.—La boba para los otros y secreta para sí.—Las bizarrías de Belisa.
249.—Tirso de Molina.—Don Gil de las Calzas Verdes.—Amar por razón de Estado.
250.—Calderón.—Casa con dos puertas mala es de guardar.—La devoción de la Cruz. 307.—El médico de su honra.—Mañana será otro día.
254.—Romancero del Cid.
256.—Luis Vélez de Guevara.—Reinar después de morir.—El diablo está en Cantillana.—La luna de la sierra.
259.—Moreto.—El lindo Don Diego.—El desdén con el desdén.—De fuera vendrá...

Manuel Fernández y González

R- 43.136



EL ALMA DE UNA MORENA



LA NOVELA ILUSTRADA

Director Literario: Vicente Blasco Ibáñez.

Oficinas: Mesonero Romanos, 42.

MADRID

LO QUE CANTAN LOS NIÑOS

CANCIONES DE CUNA, DE CORRO, COPLILLAS,
ADIVINANZAS, RELACIONES, JUEGOS Y OTRAS
COSAS INFANTILES ANOTADAS Y RECOPIADAS

POR

FERNANDO LLORCA

UN LIBRO PARA LOS NIÑOS,

en el que encontrarán todos sus juegos y todas sus cancio-
nes, incluso muchas olvidadas.

UN LIBRO PARA LAS MADRES,

en el que va todo lo que se canta al niño desde que se le
lleva en brazos hasta que comienza á andar.

UN LIBRO PARA LA FAMILIA,

con oraciones infantiles, relaciones, adivinanzas, juegos de
prendas, de adivinación, etc.

UN LIBRO PARA TODOS

los que quieran evocar el encanto de los primeros años con
todas las cosas de chicos.

Cada juego lleva una interesante nota de su antigüedad.

Profusa ilustración en el texto. Cubierta en colores.

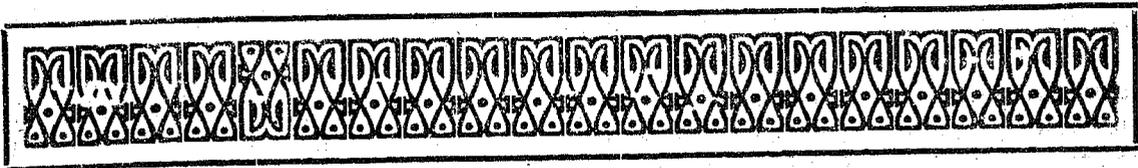
Centenares de juegos. Centenares de canciones.

UNA PESETA

LOS PEDIDOS A

EDITORIAL LLORCA Y C.^{IA}

Masonero Romanos, 42.—Madrid. Apartado 376.



El alma de una morena

I

Juan, que estaba muy lejos de ser un gomoso, andaba muy cerca del bohemio; tenía treinta años, pero había malgastado más de un siglo de experiencia, y tres pingües fortunas: la de su padre, la de su madre y la de su tía. Con los cabellos negrísimos, espesos y brillantes, tenía el corazón calvo; y con el cuerpo sano, fuerte y gallardo, y rebosando vida material, y con el semblante hermoso y fresco, el alma lacia, decrepita y con arrugas; era, en fin, un anciano valetudinario, disfrazado por una juventud y un vigor aparentes.

Hijo único, había sido mimado hasta la adoración; opulento, no había sentido jamás la más leve privación; ocioso, se había hecho independiente hasta el colmo; nadie le había reprendido, porque, educado en su casa, los maestros habían tenido por cortapisa una madre idólatra, que temía que el más pequeño disgusto matase á su galopín, educación tan buena como otra cualquiera, y mejor que muchas, porque los golpes, las contrariedades y las reprimendas no conducen á nada, y luego que el hombre hace su camino, y nadie ni nada puede libertarle de la ruda, y con harta frecuencia bru-

tal, enseñanza de los tropiezos de la vida.

No se le hizo seguir una carrera, porque ¿cuál mejor que la de millonario? Sin embargo, tantos maestros á domicilio tuvo alrededor desde los siete á los veinte años, que como todo, ya en el orden moral, ya en el físico, es contagioso, por el roce y la charla de un par de docenas de sabios graduados, vino á resultar un erudito capaz de echar su cuarto á espadas en todas las ciencias, sin deslucirse, y si él quisiera, con un poco de comedia hubiera podido pasar por un gran sabio.

Distinguido, porque todo el que nace rico y de padre, madre y abuelos que ricos nacieron, es distinguido hasta que se muere, y aun en los negros tiempos de la mala fortuna; impresionable, apasionado, franco, ingenuo, incapaz de una bajeza, pródigo, inteligente y buen mozo, lanzado á todo, seguro de sí mismo, su marcha en la vida debía ser rápida y accidentada por gravísimas impresiones y formidables desengaños.

Viajó por Europa con un ayo dócil que en nada le fué á la mano; lo frecuentó todo: lo que hoy se entiende por consideración, por amistad, por amor, le habló en todas las lenguas; le trabajaron el corazón la coquetería francesa, la sensibilidad inglesa, la reflexión alemana,

la frialdad eslava, el calor italiano, la voluntariedad española; se gastó en todos los tipos morales y físicos; se sintió corroído por el mundo en la fortuna y en el corazón; llegó por el hastío al cansancio, por las desilusiones al escepticismo, y se sintió solo en la vida, y con un encantador y doloroso fantasma irrealizable en el alma.

El fantasma de una mujer ideal, hecha á su semejanza, que mil veces, engañando por su fantasía, había creído encontrar y que se había deshecho al tocarla.

Cada amor fallido, cada ilusión evaporada al fuego de su sentimiento, había sido para él una lucha insoportable: la buena fe burlada, la vulgaridad aparecida, lo monótono en variedad de metros, si se nos permite la frase; el "yo", siempre intransigente y exclusivo, que á la primera prueba determinante arroja la máscara convencional y se deja ver por completo en toda su repugnante desnudez, y continuamente el idilio del alma apasionada, terminado por un sangriento epigrama sarcástico y cruel en su escepticismo.

II

Juan llegó á su último desengaño con su última propiedad vendida, y en pocos meses, como las anteriores, devorada; bohemio ilustre, no había hecho la vida, la había seguido á la ventura; las ruinosas historias de salón y de bastidores, la amistad de alquiler, las pendientes de los círculos del *sport*, la representación, la prodigalidad y aun la caridad indiscreta, la ignorancia de la miseria y la interesada aplicación de sus administradores, fueron otras tantas violentas tajeas que sumieron su inmensa fortuna en un

abismo, cuando ya su alma, caída en otro, sufría la anemia del sentimiento, la más terrible de las anemias.

El dinero es la savia del hombre; cuando se acaba, sobreviene el efecto; aparece el árbol muerto, que aún está de pie, pero cuyas hojas secas le arranca rápidamente el viento helado; si algo hay que puede disimularse, es la miseria, ella es lo único que el mundo no perdona; el rico arruinado se hace formidable; los amigos aparecen fríos; las mujeres cierran la puerta á piedra y lodo; en derredor del inútil se hace muy pronto un vacío de muerte. Juan era discreto, y antes de que huyesen de él como de unapestado, cuando sólo le quedaban en especie algunos miles de reales, y en redondo, contando con la mala venta de su mobiliario, de su caballeriza y de su cochera, añadiendo sus alhajas y las de familia, podía contar con un último y absoluto abrigo de veinticinco ó treinta mil duros, de improviso, y sin despedirse de nadie, tomó el tren de Andalucía, acordándose de que en un pueblecillo del radio de Aguilar tenía una prima lejana.

III

Si lo violento de su vida y las decepciones de su voluntariedad apasionada no le hubiesen llevado al escepticismo, tal estaba de necesitado de descanso y de consuelo, que hubiera ido á arrojarse en los brazos de la religión á las ermitas de Córdoba.

Pero engañado por todo, lo había negado todo, hasta lo que no puede negarse: lo supremo incomprensible.

— "Vegetemos"—se dijo.

Y se fué al tren para irse á vegetar.

—“¡Qué diablos!— había añadido para sí—; hagamos la vida material, como la hacen todos los que no son imbéciles, ya que no es posible la vida del sentimiento; defendámonos con la fuerza de inercia hasta que ésta también se gaste y se nos lleve el diablo.”

IV

El tren le dejó en Aguilar.

Se zambulló en una posada, como un mortal cualquiera; envió un propio á su prima la del pueblo, con esta lacónica carta: “Espérame mañana, mi querida Anita”, y luego, después de atracarse de la buena comida casera que le sirvieron, se echó en la fermentada cama, y se durmió tan profundamente como el hombre más descuidado del mundo.

Nunca se había sentido tan excitado, y la exasperación del sistema nervioso (bien pudiera decirse el cansancio del alma), necesita para rehacerse pasar por algo semejante al no ser, esto es, al aniquilamiento de todas las facultades sensitivas.

Para él la renta de treinta mil duros era la miseria; un cúmulo insoportable de privaciones, una inacción pesada, mortal. No se resignaba: era que su amor propio le relegaba á esconderse en la obscuridad; en una palabra, no era un convertido, sino un condenado.

Tal era su desesperación, que se creía tranquilo; de tal manera estaba fatigado y deprimido su espíritu, que su sueño fué un letargo, uno de esos estados catalépticos en qué ni aun siquiera se sueña.

V.

Al día siguiente, en un carro cubierto, perfectamente acondicionado, sobre cuatro colchones, envuelto en mantas, á causa del frío, salía Juan al paso de dos poderosas mulas de Aguilar, y tomaba un mal camino en dirección al pueblo de su prima, al que llamaremos Casares de la Sierra, ocultando su verdadero nombre, así como el que hemos dado á los personajes de nuestro drama, por no sacar á la vergüenza á respetables personas que aún existen; como que estos sucesos tenían lugar hace muy poco tiempo, en el año de gracia de 1878, en su mes de Diciembre y cerca de la Navidad.

VI

Gran lástima era que el cielo estuviese cerrado, de color de plomo y sombrío, envolviendo en su helada neblina el paisaje, que á estar despejada la atmósfera, hubiera dejado admirar el accidentado y bellissimo paisaje de la sierra de Córdoba; las fructíferas lomas con sus cabbelleras verdinegras de opulentos olivos; sus montes azules con sus caprichosas crestas, destacándose graciosamente sobre el encendido cielo andaluz en horizontes luminosos y fantásticos; con sus nopales y sus pitas á los costados del camino; con sus limpios cortijos, blanqueados hasta sobre las tejas; con sus coquetas aldeas encaramadas allá en las vertientes, ó posadas como palomas en una ribera á la orilla de un riachuelo proveniente de la montaña; y las frescas huertas, donde el álamo gentil, como una ornamentación poética, descuella sobre los exquisitos frutales: nada de esto se veía: del nebu-

loso sudario que cubría la tierra, velando los horizontes, caía una lluvia menuda caladera, insistente, anunciadora de una monstruosa cosecha, y que la tierra absorbía, pudiera suponerse que con delicia, en sus negros y migosos surcos, en que ya empezaba á verdear la sementera.

VII

El tío Feo, que así se llamaba el carretero, y que ya pasaba de los sesenta, á pesar de los cuales aún aparecía fuerte y buen mozo, iba rebujado en una vieja manta, cubierta la cabeza con un pañuelo de hierbas, y sobre él un sombrero calañés de color indefinible y de anchas alas desvencijadas, y dejando ver las piernas, cubiertas por unos botines terrosos y rígidos; iba sentado en la delantera, bajo la bigotera, que apenas le resguardaba de la lluvia, sombrío y cejijunto por temperamento, aunque era el mejor hombre del mundo, arreando con voz bronca el par de mulas, que seguía á buen paso, agitando acompasadamente sus collares de campanillas, á cuyo sonoro y monótono son se unía de tiempo en tiempo, ya un juramento del tío Feo, ó bien una seguidilla cantada con muy buen estilo, aunque con una voz vinosa y sin timbre; de tiempo en tiempo también, el tío Feo descolgaba una mediana bota, la empinaba y tragaba, con los ojos deliciosamente levantados al cielo y medio dormidos, después de lo cual picaba tabaco negro, el cual aún existe por aquellas tierras, hacía un cigarro, ó más bien, una pequeña tranca, lo encendía por el antiguo modo del pedernal, yesca y eslabón, fumaba y arreaba, y volvía á sus seguidillas, á su bota y á su cigarro, sin decir

una palabra á su amo del momento, que dormitaba, envuelto en las mantas, en el interior del carro.

VIII

Las mulas, que eran jóvenes y vigorosas, y tiraban de poca carga, llevaban un portante de primer orden, y se tragaban cómodamente, á pesar de los baches y de las prominencias del áspero camino, por cada tres cuartos de hora una legua; así es que, habiendo salido por la mañana de Aguilar, alrededor de medio día, estaban ya á media legua del punto de parada, es decir, de la aldea, ó más bien caserío de Casares de la Sierra.

A este tiempo un jinete, un buen mozo, que venía sobre un jamelgo escueto y enjuto de ijares, huesudo y feo, pero ardiente y rápido, aparejado al uso de la tierra, y con dos encaros pendientes del aparejo, alcanzó al carro.

El hombre, que llevaba un buen sombrero calañés sobre un pañuelo de seda, y que se envolvía en una rica manta de muestra, y calzaba unos flamantes botines negros respunteados, sobre zapatos de becerrillo blanco, y llevaba en el pie izquierdo la indispensable vaquera, con la cual se arrea á medio caballo, en la seguridad de que el otro medio no se quedará atrás, este jinete, repetimos, que era moreno aceitunado, de buen semblante, aunque grave, de ojos negros y oscuros, y de grandes patillas negras de boca de hacha, dijo al emparejar con el carro, dejando oír una voz breve, nerviosa é imperativa:

—Dios guarde á la buena gente.

—Y á los buenos mozos, señor Escarabajo—dijo tranquilamente el carretero, á pesar de que las apariencias del jinete

estaban muy lejos de ser tranquilizadoras.

—¡Ah, que eres tú, Feol—exclamó reconociéndole el buen mozo.

—Para servir á usted, amigo.

—¿Y adónde bueno?

—A Casares.

—¿Con quién?

—Con un señorito.

—¿Forastero?

—Yo no le conozco.

—¿Y con tela?

—¡Y eso qué le hace!

—Es verdad, ¡entre amigos! ¿Has visto la pareja?

—¡Con este día!... Que yo no lo cate más en toda mi vida si no están aplastados, al amor de la lumbre, en el cortijo de las Ratas ó en la almazara del Duende.

IX

Pasaban en aquel momento por una riberita entre dos altas peñas.

Iban cuesta arriba; las mulas tiraban con ganas; un riachuelo, aumentado por la lluvia, se vertía zumbando por un barranco; al uno y al otro lado, grupos de álamos levantaban su despojado varillaje, por entre el cual pasaba silbando de una manera sonora y extensa el viento, que mugía más lejos en las altas quebraduras.

De improviso sonaron á la derecha, entre los árboles, agudos gritos de mujer, entre los cuales trajo el viento de una manera distinta estas palabras:

—¡Vete de ahí, mal nacido, mala sangre! ¡Ni tú me quieres, ni me has querido nunca, charrán! ¡Madre mía del Carmen, amparadme!

Y la Virgen del Carmen la oyó y la amparó, porque el Escarabajo, arremetiendo con su penco hacia donde los gri-

tos sonaban, descubrió entre los árboles y las higueras chumbas una muchacha de un admirable trapío, que con un vigor extraordinario luchaba á brazo partido con un buen mozo.

El Escarabajo no se anduvo con "aquí te las puse", sino que, desenganchando un encaro, y plantando el caballo y apuntando, todo en un tiempo, tiró, no á dar, que en la briega hubiera podido herirla á ella, sino de manera que él sintiera cerca el silbido de la bala, de lo cual resultó que, espantado, el mozo á la moza soltase, y viéndose encima al Escarabajo, que había vuelto á lanzar su "Babieca", más listo que Cardona se metió á la carrera por entre lo más espeso de los árboles, y desapareció.

Ella se recobró, y viendo ya cerca de sí al jinete, le dijo:

—Dios te lo pague, Escarabajo; que alguna vez habías tú de hacer una cosa buena.

—Por ti sería yo capaz de hacer ángeles, chiquilla—dijo el Escarabajo, al cual le relucían los ojos y se le contraía la boca, como si toda ella se le hubiera hecho agua.

Y tenía razón para ello, porque aquella ninfa campestre podía haber sido tomada por una diosa.

Tal era su magnífica, sencilla y primitiva hermosura.

Un acabado tipo cordobés de la campiña.

El tío Feo había parado el carro; se había tirado á tierra, armado de un retaquillo, y estaba, como el Escarabajo, cerca de la muchacha; á la boca de la cubierta del carro asomaba la cabeza, todo curioso, Juan, á quien había despabilado el disparo del Escarabajo.

—Pero ¿qué es esto, Preciosa?—dijo el Escarabajo, dirigiéndose á la muchacha.

—¿Pues qué ha de ser?—respondió ella con sobresalto y toda sofocada—; ¡el

Gafuelo, que ha metido la mano en cántaro y ha caído soldado, y se va á Aguilar á entregarse, y como yo le quería tanto, he venido hasta aquí acompañándole, y él quería que con él me fuera, y yo no quería, y quiso llevarme á la fuerza, y velo tú ahí

La muchacha estaba encendida como una amapola, y se componía el traje, que la lucha había desordenado.

—Pues mira, Preciosa, toma el pie, dame la mano y salta á las ancas, y vente conmigo, que yo te trataré como tú mereces, y te pondré en un altar.

—¡Anda tül ¡y que si quieres! ¡Pues vaya un apeol ¡Mal rejón para ti y para todos los desvergonzados! ¡Yo me voy con el tío Feo, que es un hombre de bien!

Juan devoraba con una mirada lúcida á la muchacha, y sentía una vaga y deliciosa ansiedad.

Algo para él desconocido.

Volvió á sentir la vida, prepotente y llena de una esperanza embriagadora.

¿Qué era lo que le hacía sentir aquella apenas vista aldeana?

—¡Todo sea por Dios!—dijo el Escarabajo á la niña—; otra vez será otra cosa.

—¡La parejal!—exclamó la joven, dirigiéndose con vivísimo interés al Escarabajo.

Este volvió rápidamente la cabeza atrás, y en el mismo punto se lanzó con su caballo el camino arriba, perdiéndose muy pronto entre la niebla.

Simultáneamente se habían oído dos disparos consecutivos de carabina.

Poco después pasaron escapados, vientre á tierra, siguiendo al bandido, dos jinetes de la Guardia civil.

—¡Al carro, Carmen! exclamó el tío Feo—; en tres credos estamos en Casares.

Y cogiendo á la muchacha por la esbelta cintura, la puso en el carro junto á Juan.

La niña, al ver á Juan, se inmutó.

Juan la miraba absorto, irradiaba de sus ojos algo luciente en que ardía un verbo; el de la vida que se dilata, que se anega en una delicia; un primer relámpago de la tempestad del amor.

—¿Y luego no me dará á usted las gracias, señorito?—dijo el tío Feo, guiñando maliciosamente un ojo—; pero vamos andando, y arrear y á llegar á Casares, no sea que vuelvan los chandarmes y nos majen á preguntas, aunque ya saben ellos: todos los que andamos al camino tenemos que tratarnos bien con todo el mundo.

Ni Juan ni la Preciosa le contestaron.

Estaban embebecidos el uno en la contemplación del otro.

Se puso en la delantera el Feo, restalló la tralla, y las poderosas mulas partieron al trote.

X

Juan y la Preciosa continuaban en su mutua contemplación, impresionado el uno por la otra y ella por él, de una manera poderosa, que se hacía por sí misma, sin que ellos pudiesen explicarse lo que sentían.

Como si se hubiera tratado de una dama, Juan tiró el cigarro que fumaba.

Ella no estaba acostumbrada á estas delicadezas, y la de Juan pasó para ella desapercibida.

Pero no sucedía lo mismo respecto á la insistencia con que la miraba Juan: una insistencia deleitosa, como proveniente de un alma desventurada y hambrienta que se abrevaba en fin de algo supremo que la sorprendía, encontrado de improviso, inefable, vivificador, infinito; paz, frescura, vida fácil y prepotente, pureza inmaculada y poética, con

todo lo sublime, con todo lo encantador de un idilio cantado por la naturaleza, con la poderosa voz, con la incomparable armonía del sentimiento; como el ciego que oye hablar de la luz, de los colores, de las bellezas de las selvas, de las praderas, de las montañas, de los lagos, de los mares, del sol, de la luna, de las estrellas, del espacio inconmensurable perdido en su abismo azul, que siente el dolor de no gozar de tanta maravilla, que se las representa á su manera en la imaginación ansiosa, y que, tocado en los ojos por la mano de Dios, la ciencia, ve de improviso, lanza un indescribible grito de alegría, y ve en un momento de felicidad incomparable que todo lo que su deseo había imaginado, toda aquella belleza soñada en su densa noche de sombra, era nada en comparación de la belleza real, de la belleza natural, de la armonía suprema obra de Dios, así gozaba Juan, perplejo, extasiado, acometido poderosamente por la intoxicación de un amor que ni aun había creído pudiera existir.

Como Juan era muy buen mozo, de expresión franca y abierta, iluminada por un alma buena y noble, y sus magníficos ojos negros tenían en su profundo y luciente foco una chispa de fuego vívido, que parecía la concentración de un alma abrasada en la adoración de lo bello, de lo ideal, de lo inenarrable; y como aquella chispa misteriosa se dilataba, acrecía en fulgor y abarcaba y absorbía en sí misma la hermosura de Preciosa, ella se sentía dominada por una dulce agonía: la profunda luz de sus ojos, de expresión purísima, abarcaba á su vez la mirada saturada de un delirio de adoración que Juan continuaba infiltrando en ella, y una compenetración prodigiosa, rápida, fecunda, prolífica, rápida, como todos los fenómenos magnéticos, se iba realizando entre aquellos dos seres, que eran iguales por el sen-

timiento, aunque no lo fuesen por la educación.

El amor hubiera podido decir como César: "Llegué, vi y vencí".

Y, sin embargo, ninguno de ellos se sentía enamorado; porque así es el amor fulminante: aturde, domina, absorbe en sí mismo todo el sentimiento, y no da lugar á la reflexión, que viene más tarde y termina la obra, razonándola.

La verdad era que los dos vivían una vida envidiable; que estaban en uno de esos momentos que no se olvidan nunca: ardiendo el uno en el otro, con un fuego purísimo, entre las manos de Dios.

Y entretanto, el tío Feo cantaba seguidillas maliciosas, que ninguno de los dos oía.

XI

La situación de perplejidad absoluta de los dos jóvenes duró algunos segundos, durante los cuales se hablaron de una manera infinita con los ojos: á ella se le había olvidado aquel que había creído su amor por el miserable á quien había ahuyentado el disparo del Escarabajo; á Juan se le había perdido en un espacio oscuro, en una especie de Leteo, toda su vida anterior; parecía que la existencia, la verdadera existencia de ambos, había empezado en el momento en que se habían visto y sentido; ambos tenían el alma virgen; el *fiat* eterno los encontraba puros, como á Adán y á Eva en el Paraíso.

La mujer tiene el alma excesivamente más poderosa que el hombre; si se estudia bien el corazón humano, se encontrará que la mayor parte de la iniciativa social, que va de progreso en progreso, al desarrollo indefinido de la civilización, pertenece á la mujer, por el encan-

to de la influencia que ejerce sobre el hombre.

Dios las ha hecho para los grandes sentimientos, para los grandes sufrimientos, para las inmensas abnegaciones.

Ellas influyen en la humanidad por su augusto destino de madres; ellas la salvan ó la pierden, inculcándola sus virtudes ó corrompiéndola con sus vicios.

Una sociedad hecha por buenas madres es sana, viril, portentosa.

No pidáis la emancipación de la mujer, porque no tiene que emanciparse lo que impera.

Por esta cualidad de fuerza y de iniciativa peculiar á su sexo, ella fué la primera que en algún modo dominó la situación, y tomó la palabra.

—Muchas gracias, señor—dijo.

Y bajó los ojos, y se puso encendida como una amapola.

—¡Gracias! ¿Y de qué?—respondió Juan con la voz trémula.

—De modo y manera—dijo ella dominándose aún más—que usted ha alquilado el carro... y me ha hecho usted un lado... y...

—Y usted me ha traído la gloria—repuso con acento candente Juan.

—¡Vaya! ¡Ni tan siquiera!—dijo ella reponiéndose completamente—; los señoritos son ustedes muy guasones, y si una fuera á hacer caso...

Volvió á encenderse el bello semblante de Carmen, y se le cortó la palabra.

Su turbación había vuelto.

La mirada atónita, abrasada, enamorada de Juan, le absorbía.

Tan elocuente era aquella mirada, que Carmen frunció el bello entrecejo, y exclamó, recobrando por un violento esfuerzo su dominio sobre sí misma:

—Arree usted, tío Feo, que tengo angustias por verme en mi casa.

Si me quieres, dímelo;
y si no, dame veneno,

dijo cantando el Feo.

Y cayó á trallazos sobre las mulas, que partieron como una exhalación, levantadas, al gran trote, con un alegre estruendo de campanillas.

No parecía sino que respiraban, y se jaleaban por el amor que conducían.

Muy pronto el carro, superando la agria loma, se perdió entre la niebla.

XII

Antolín Páez, sobrenombrado el Escarabajo, era, como se ha visto por la muestra, un buen mozo.

Podía decirse que provenía de la misma veta, del mismo filón que José María, que Diego Corrientes, el Barberillo y otros; todos frutos ópimos de la encantadora tierra de María Santísima.

Pero no hay nada que no degenera, que no se gaste, que no llegue á la menor expresión.

El antiguo bandido andaluz, tal cual era en los buenos tiempos de los Niños de Écija, no existe ya.

Aquéllos ejercían una profesión altamente honrosa, á juicio de sus paisanos; eran el alma—no importa que esta alma fuese negra—de Andalucía; determinaban el carácter esencial de la tierra; eran el prototipo de la soberbia, del valor y de la audacia, y á más de esto, muy buenos muchachos, y muy campechanos, y muy generosos, y muy divertidos—cuando estaban de buen humor—; gente franca que vivía sueltamente y por fuero y soberanía propia, hasta que, vendidos por una traición, ó sorprendidos tal vez por otro bandido indultado, transformado de lobo en mastín de guarda, daban en las manos de la justicia, que los ahorcaba limpiamente hasta que morían; después de lo cual un poeta popular escribía en un romance sus hazañas, y aquí paz y después gloria.

Pero mientras la justicia no los cogía, vivían á sus anchas y de la manera más rumbosa del mundo.

Verdad es que llevaban una vida de aperreo, y que trabajaban, más que para sí mismos, para los ladrones ocultos que formaban, ramificados en todas partes, aun en la corte, la gran cofradía del robo.

Eran, en fin, una especie de beduinos, con la sola modificación de estar bautizados, y de ser, casi generalmente, devotos hasta el fanatismo de la divina hermosa morena la Santísima Virgen del Carmen.

¡Poder de Dios, y qué familiar

Los ferrocarriles, y sobre todo la nunca bien como se debe ponderada Guardia civil, han dado con ella casi al traste; sin embargo, es tenaz y aún tiene raíces en el país; las muchachas se perecen aún por los buenos mozos de las jaquitas.

El socialismo ha hecho también un daño horrible á aquella buena gente: lá ha quitado un número incalculable de individuos; el salvador, el humanitario socialismo, que tiene por lema "la propiedad es un robo, la ley una infamia, la autoridad un crimen", ha desnaturalizado al bandolerismo.

En fin, que, como ya hemos dicho, todo degenera y se transfórma.

Así es que los buenos muchachos, reyes de los caminos reales, se han convertido en innobles secuestradores que hacen á pelo y á lana.

XIII

El Escarabajo era un labrador del distrito de Montilla; un cacique burdo, que alguna vez había asumido la autoridad social, legal, constitucional, siendo alcalde de su pueblo, y favoreciendo en lo que podía, y aun en más de lo que

podía, al partido, rabiosamente avanzado, que tenía el honor de tenerle en su seno.

Era, pues, como se ve, un personaje *sui generis*, con más fases que la luna; un carácter hasta cierto punto enciclopédico; pero la Guardia civil había encontrado en esta enciclopedia viviente puntos negros que caían sobre su reglamento, y perseguía á muerte al señor Escarabajo, que, sin la protección del país bandídico—permitasenos la palabra—, por excelencia, hubiera ido á dar muy pronto, á fin de completar su educación social, en la universidad de Cartagena ó en la de Ceuta.

XIV

Confiado en lo duro del temporal, que era para helar el cielo, no ya de la Guardia civil, sino el del mismo espíritu de la justicia, el Escarabajo se había lanzado de día al camino, llamado á las inmediaciones de Casares de la Sierra para un asunto del mayor interés; pero la Guardia no dormía, y ya hemos visto que dos moralizadoras balas habían ido á hacer aire al buen mozo.

Alcanzado por las dos, la una le había rozado la parte superior carnosa del hombro izquierdo, la otra le había atravesado una pierna, respetando el hueso; una horrible blasfemia se había perdido sin eco entre la lluvia, el viento y la niebla; la vaquera había herido con furia el flanco izquierdo del jamelgo, que había protestado con un bufido de dolor, y obedeciendo á una mano poderosa, se había salido violentamente del camino, y verdadero hecho de malhechor; se había lanzado por las quebraduras, trepando por ellas y flanqueando el cerro con más seguridad que una araña.

Si las heridas, por la pérdida de la

sangre, no le tiraban del caballo al suelo, estaba salvado.

El valiente, el fuertísimo bicho, como si hubiera comprendido que en él consistía la salud de su amo, realizaba prodigios; se extendía, se alargaba como una serpiente para escurrirse bajo un chaparro, saltaba sobre las peñas como un cigarrón, salvaba los barrancos, como si le hubieran lanzado una ballesta, se tenía sobre los planos inclinados más resbaladizos como un lagarto, y avanzaba con la velocidad del viento.

Galán, que así se llamaba el cuadrúpedo, sabía adónde tenía que ir, como si se lo hubieran dicho; el cortijo de las Animas estaba á un cuarto de legua, al doblar el cerro, á la parte opuesta del pueblo de Casares, en la parte media de la vertiente, encaramado entre sus vides, sus higueras, sus almendros, sus nopales, sus pitas, teniendo á sus pies, como una alfombra, una estrecha vega, atravesada por un riachuelo, con su fructífero olivar; el tío Piquitos, el capataz, era un buen viejo experimentado, que sabía estar bien con Dios y con el diablo, cosa muy necesaria á los que viven á los cuatro vientos en un pequeño desierto, donde llegada una hora de prueba no pueden ser socorridos por nadie; así era que del mismo modo se recibía en el cortijo y en el molino de las Animas á la Guardia civil y á los bandidos; á la primera se la obsequiaba y se encontraba siempre un medio de extraviarla; á los segundos se les reverenciaba, se les trataba á cuerpo de rey, y se les escondía, si era necesario, y de tal manera, que ni aun con hurones se podía dar con ellos; y como esto se hacía con mucho pesqui, ni la Guardia encontraba jamás motivo para prender al tío Piquitos, ni los bandidos para maltratarle.

XV

Amparado por la niebla y por el instinto, la fuerza y la rapidez de su caballo, el Escarabajo había hecho perder la pista á la pareja de la Guardia civil; pero la sangre corría en abundancia de sus heridas y le debilitó; sobrevino el vértigo: el Escarabajo pretendió en vano sostenerse sobre el aparejo; luchó un momento; después perdió el sentimiento de sí mismo, vaciló, se ladeó y cayó en una gran charca, en un mimbral que alzaba como pequeños monstruos bulbosos con cabellos informes sus nudosos y retorcidos troncos á las márgenes del riachuelo. Galán detuvo su carrera, se revolvió, buscó á su amo, le olfateó, relinchó de dolor como si un amor instintivo hubiese removido sus entrañas y luego se lanzó de nuevo á la carrera, enfurecido, dolorido, rápido, violento, levantado, magnífico, excediéndose á sí mismo, salvando poderosamente todos los obstáculos y dejando oír su gemido desesperado. ¡Oh, el caballo, el amigo, la ayuda, y con harta frecuencia el compañero y el camarada del hombre, su copartípe en el peligro, su salvación en los momentos supremos! ¡Oh y cuán mal se le paga su desinteresada afección!

XVI

Galán llegó á la vega, se lanzó á la vertiente, la superó y se lanzó, sin pedir licencia, por el ancho portalón del cortijo de las Animas.

—¡Jesucristo!—exclamó un viejo como de setenta años, pero enjuto, avellanado y aún fuerte.—¡El jaco del Escarabajo! ¡A ver, Uñitas! ¡Aquí, Dedo y medio! ¡Y tú, Mónica, y tú, Frasquita, á ver si cuando volvamos tenéis dispuesta una

cama para el señor Escarabajo, si es que le alcanza.

Y el tío Piquitos, con sus dos mozos Únitas y Dedo y medio, se lanzó fuera del cortijo, siguiendo á Galán, que, con el instinto de un perro, se había constituido en guía de los que iban á salvar á su amo. Encontraron muy pronto al Escarabajo á las orillas del riachuelo, sentado sobre una piedra, pero todo encorvado y abatido; el agua helada de la charca en que había caído había coagulado la sangre que salía de sus heridas y había hecho de ella una especie de apósito; el Escarabajo se había rehecho un tanto, había logrado salir arrastrando de la charca y llegar á la piedra musgosa en que se había sentado.

—¿Qué viene á ser esto, don Antolín?—exclamó todo cuidadoso el tío Piquitos.

—¿Qué ha de ser, sino mal rayo que te parta á ti y á doña Anita y á la Preciosa, y á todos los que tienen la culpa de lo que me pasa?

—¿Y quién le ha mandado á su mercé meterse en comprometimientos?—exclamó entre agrio y dulce el tío Piquitos.

—¡Yo estoy mal jeriol!—exclamó con el acento del miedo el Escarabajo—, y esos maldocios de guardias tienen vientos como los lebreles; á ver si á mi se me pone pronto en seguriá y se me cura, que me estoy muriendo, que un aliento se me va y otro se me viene.

—Pus pa luego es tarde—dijo el tío Piquitos—: á ver, muchachos, cómo cogemos á don Antolín y le llevamos en volandas al escondite del cortijo, que, cuando lleguemos, ya las mujeres lo tendrán todo dispuesto.

Cargaron, en fin, con él el tío Piquitos y los mozos, haciendo con sus brazos una especie de camilla; partieron á toda prisa y Galán se fué tras ellos á la manera de un perro.

XVII

Pero todo esto había tenido testigos: unos cuantos gitanos andarríos, es decir, trashumantes, errantes, aprovechando el temporal y la niebla, se habían lanzado en el mimbral para robar de él materiales para su industria cesterá; era una familia compuesta de un puró (viejo), de dos matrimonios jóvenes con cuatro chorrés (muchachos), ya listos y fuertes, á pesar de no exceder el mayor de los siete años. En cuanto á ellas, las dos jóvenes gitanas, á pesar de lo desgredado y de lo desarrapado, que no excluían la peineta y el collar y las arracadas de quincalla ordinaria, eran dos especies de huries bravías, incitantes, nerviosas, salpimentadas de una marcada energía por un gracejo incomparable, por algo irresistiblemente voluptuoso, por un atrayente y fascinador exceso de vida; había que añadir á esta familia un asno viejo con aparejo de esparto y jáquima desfilachada que, cuando andaba, cojeaba del brazo derecho y del anca izquierda, y un gran lebrél huesudo, de tal manera flaco, que se transparentaba; los gitanos, las gitanas y los gitanillos se habían puesto al trabajo desde por la mañana; habían cargado de mimbres el asno, se habían cargado ellos mismos y se habían puesto en demanda del camino vecinal de Aguilar á Casares de la Sierra; pero de una parte el temporal había acrecido el riachuelo de tal manera, que el asno, viejo y cargado, no hubiera podido resistir su corriente, y por otra, el aguacero había arreciado hasta tal punto que, acobardados los andarríos, buscaron un abrigo en una covacha de un barranquillo inmediato.

Allí hicieron fuego, y en una negra caldera, que componía todo su menaje, cocieron un medio bicho desollado y ya manido, del cual no podía asegurarse si había sido perro, gato ó corderillo; aña-

dieron algunos mendrugos de pan duro, y obtuvieron un pote tan bueno como cualquier otro, y mejor que muchos, que debía hacer sabroso un hambre canina de muchas horas.

Entregados estaban á su festín, alternado con sobrias libaciones de una ya casi exhausta bota, cuando el viejo chusquel, que roía trabajosamente un hueso, se inquietó, rehiló las orejas lacias y gruñó—él no ladraba nunca—como avisando un peligro; los gitanos atisbaron; era el momento en que Galán salvaba poderosamente el riachuelo, y se lanzaba en el mimbral con su jinete ya vacilante, cayó al fin en la charca, como ya se ha dicho, Galán partió en busca de auxilio, y los gitanos se pusieron en consejo; habían reconocido al Escarabajo, que era el señor de la comarca; le habían servido alguna vez de espiones en negocios de importancia; sabían que era rico, que, sin contar con el alfiler de diamantes de su chorrera, sus cintillos, la botonadura de su chaleco de moneditas de veintiuno y cuartillo, y de sus sajonas, abrochadas con ochentinas mejicanas, el Escarabajo llevaba siempre encima un cinto relleno de onzas de oro: el día era, pues, venturoso para la pequeña horda; si el Escarabajo había caído muerto, el negocio no podía ser más fácil, y si estaba mal jerío, con ayudarle á bien morir, y desplumarle y salir picando, en paz.

Se escurrió el gitano viejo, todo precaución y atención, hacia la charca donde aparecía el Escarabajo inmóvil; pero al llegar á cierta distancia el bato-puro dió un respingo, y se cubrió rápidamente tras el nudoso tronco de un mimbre; el Escarabajo se había incorporado, y se arrastraba para salir de la charca; en su cintura, enganchada á su canana, se veía una charpa de pistoletes, y atravesado un tremendo cúchicho-bayoneta; no estaba tan postrado como parecía; su nombre sólo causaba terror en la comar-

ca; era necesario renunciar al botín, y escurrirse sin ser sentido; el gitano se aplastó, se deslizó como una culebra de mimbre en miembro, de mata en mata, de piedra en piedra, llegó á la cueva, y dijo á sus parientes que aquella buena fortuna no la había guardado Dios para ellos, y que era menester achantar el mirlo (callarse), y aguantarse por la buena.

Se aplastaron, pues, en su covacha, con el fin de atisbar, y vieron al tío Piquitos que, con sus mozos sobrevenía y se llevaba al Escarabajo: negocio concluido, retortijón de tripas por no haberlo logrado, y paciencia.

El temporal había aflojado; la niebla se había aclarado; una ancha esfera luminosa señalaba el sol sobre el Mediodía; la lluvia aflojaba; antes de que se desvaneciese completamente la niebla era necesario poner á salvo el huerto de mimbres, la gitanería salió de la covacha, y se puso en camino por la derecha del riachuelo corriente arriba.

XVIII

De improviso se oyó una voz severa, vibrante, enérgica, que exclamó de una manera pavorosa para los gitanos:

—¡Alto á la Guardia civil!

Y al mismo tiempo una pareja de caballería de ésta, la misma que perseguía al Escarabajo, se echó sobre la aterrada familia flamenca.

—¡Por el amor de Ondivel, y por la saludita de la presona que su mersé quiera más en este mundo, que no se meta su mersé con nosotros, señó chandarme, que tiene su mersé ojitos de caritativo y de buen hombre!—exclamó con acento insinuante y querencioso, la más hermosa de las gitanas, dirigiéndose á uno de

los guardias que mostraba las divisas de cabo primero.—Musotros semos unos probes, que no mus metemos con naide.

—Y esas mimbres—dijo severamente el cabo—, ¿á quién se las habéis comprado?

—¡Ay, marecita mía!—exclamó la otra gitanilla que, en cuanto á hermosura, era también una barbiana—, que venimos con ellas desde la fin del mundo, y vaya su mersé á saber ahora quién mus las ha vendío.

—A voces le están diciendo las mimbres, son los cortes frescos—dijo el otro guardia.

—¡Ay, señó mío, no—exclamó la gitana de más edad—, que no se fíe su mersé, que los mengues (diablos), lo jansen pa perdernos! ¡Jesú, y qué deshonoras mus jechan encima sin merecerlo! ¡Que su mersé se la encuentre más jermosa que la ejó, señó cabo, y que le jagan á su mersé mandón con galones de prata y no se le guille (se le vaya) á su mersé ningún chorré (niño) de su alma con los angelitos de Dios. ¡Mire su merse, güen moso, que musotros no tenemos nenguna culpa!

Y la gitana lloraba que se deshacía, y los gitanillos se agarraban trémulos á las exiguas faldas de sus madres, y los gitanos aparecían cetrinos y hoscos.

—Vamos á ver si esto se arregla—dijo el cabo de la guardia—; ¿sabéis lo que se paga por una confidencia? Es según y cómo la importancia de la aprehensión: quinientos reales si nos lleváis adonde está el secuestrador don Antolín Páez, alias el Escarabajo.

Pasó una ráfaga de consuelo, de esperanza y de avaricia por los ojos de aquellos pobres diablos.

Quinientos reales eran para ellos un tesoro.

—Y diga su mersé, señó cabo—exclamó el gitano viejo—, ¿y si endemás de cantarle á su mersé dónde está ese endi-

viduo, le cantamos dónde está el endividuo secuestrao?

—¡Ah, entonces sois ricos!—exclamó el cabo, cuyos ojos ardieron.

—Pues vénganse sus mersés conmigo—dijo el bato puro—, que yo soy ya una carroña, aunque me lleven los mengues; y que estos pobres chavositos míos se vayan libres en paz y en gracia de Dios.

—Pues vamos—dijo el cabo—, que el tiempo se pierde; idos vosotros: y tú, viejo, echa adelante y guía.

Hubo entre los gitanos un momento heroico de vacilación de amor; les aterraba el peligro en que se veían metidos; pero les aterraba aún más salvarse de él, dejando en él metido al abuelo.

Este se irguió, y dijo con una autoridad que tenía en su estilo algo de lo augusto del patriarcado:

—Lo mando yo, que soy vuestro padre; ¡id, probecitos míos, que yo saldré por donde pueda, y Ondivel me ayudará!

A este mandato imperativo de su bato puro nadie tuvo nada que decir.

Pero las demostraciones de dolor llegaron á una ponderación más allá de todo lo gitano.

Entretanto los guardias se llevaron al gitano viejo, que se había sacrificado por salvar a su familia.

XIX

El carro que conducía á Juan y á la Preciosa seguía su camino hacia Casares.

El tío Feo soltaba de tiempo en tiempo, con su ronca voz vinosa, un cantar intencionado.

Preciosa se mostraba inquieta y seria. Juan, por respeto, más aún por sobre-

cogimiento por aquel amor que tan poderosamente se le había metido en el alma, callaba y miraba con ansia á Preciosa.

XX

De improviso la joven dijo, como despertando de un sueño, alzando sus magníficos ojos negros, y abarcando en una radiante mirada de expresión indefinible á Juan:

—Muchas gracias, señor, por todo, y quede usted con Dios, que yo no quiero que me vean entrar en el carro en el pueblo.

Y con una ligereza y una agilidad portentosa, se dejó ir de la delantera del carro al camino.

—Cuidado, tío Feo—dijo—, que nadie sepa que me ha visto usted.

Volvió á mirar á Juan, y añadió:

—Adiós, señor.

Y partió á la carrera.

Muy pronto se perdió por una revuelta del camino.

XXI

—¡Oh y qué niña!—exclamó Juan.

—De mistó, señor, la gloria de Dios—dijo el tío Feo.

—¡Y para ser lugareña qué adamadal

—¿Que si ha sido amada?—dijo con encarecimiento el tío Feo—; que no permita Dios me den á mí, ni á ninguna persona á quien yo quiera, los palos y aun las puñaladas que se han dado por ella sus enamorados.

—No he querido yo decir eso cuando he dicho que es adamada — exclamó

Juan—, sino que tiene mucho señorío, sin saberlo, naturalmente.

—¿Que si tiene señorío?—exclamó con acento encomiástico el tío Feo—; mire su mercé, señor; una vez al señor cura, que es muy leío y muy escribío, se le puso hacer en la iglesia una cosa que decía que era un acto sacramentero, y les hizo aprender una conversación á las muchachas más listas del pueblo, y le tocó á la Preciosa el hacer una señora que se llamaba la Justicia, y para ello el señor cura dijo cómo había de ser el vestido que había de sacar; y mire su mercé, la pusieron una túnica blanca bordada de lentejuelas, y en la cabeza una corona, y sobre los hombros un manto encarnado, y muchos collares, y muchas joyas, y en la mano una espada muy grande y muy reluciente; y estaba la Preciosa que parecía una reina, y es poco; una divinidad; mire su mercé que daba miedo y quitaba la respiración, que no parecía sino que se había bajado de una nube; yo no sé á quién ha salido, porque su madre, que Dios haya perdonado, era una bestia, y el padre es un mal hombre, ladrón, que tiene tres muertes, por una de las cuales estuvo huído dos años, hasta que vinieron los suyos y echaron tierra al negocio, porque él tiene muchos influjos; pero usted le conocerá, señorito, porque es uña y carne de su prima de usted la señora doña Anita, y ellos se entienden; que el que en los pueblos no se entiende con la gente mala, no lo pasa bien; y aluego que don Pedro el difunto, esposo de doña Anita, y el señor Pardales eran una sola y conjunta presona, y cuando no era alcalde el uno era alcalde el otro, y se lo comían todo, y tenían á los probes metidos en un puño, y al que se atrevía á levantar el gallo lo reventaban. ¡Vamos, si parece mentira que tan buena como es la Preciosa, sea hija de tal padre!

—Es decir, que ese hombre...—excla-

mó contrariado y con la voz trémula Juan.

—Es el ladrón más grande del mundo y más bandolero que ha pisado la Tierra Baja. ¿Ha visto su merced ese buen mozo que se escapó de los guardias? Pues ése que es más malo que arrancao, no vale dos pitoches en comparanza con el señor Pardales.

—¿Es ese su apellido?

—No, señor; es un alias; en los pueblos no se escapa nadie.

—Entonces también tendrá mi prima un alias.

—Sí, señor; la llaman la Sultana.

—¿Y eso por qué?

—Porque es más soberbia que el sol; como que desde que nació está acostumbrada á sopetear á todo el mundo, y no ha salido nunca del pueblo más que algunas temporadas para ir á Córdoba ó á Carratraca, y está sin domar.

—¡Yal! ¡La cacical!

—Su mercé lo ha dicho; porque don Pedro, alias el señor Rubio (porque era rubio), mandaba en el pueblo más que un rey, y todos le temblaban; pero desde que se murió, el cacique lo es el señor Pardales, y doña Anita se ha quedado con la fama y sin el provecho, y con todos los enemigos que tenía su marido en vida, y está que brama, y tiene miedo de que la den un golpe; conque vélo usted ahí; bueno es que usted lo sepa todo, para que vea dónde pone usted los pies que no se resbale, aunque me parece á mí que no va su mercé á parar mucho en el pueblo.

En aquel momento Juan descubrió entre la acertura de dos peñascales, por los cuales continuaba el camino, una veleta; luego, un tejado; después, un campanario; por último, la iglesia y un agrupamiento de casas: más allá, en una cumbre áspera, restos de murallas, un torreón, agrietado, con las almenas melladas; un montón de ruinas grises, terro-

sas, bajo el áspero y resquebrajado sudario del tiempo; aquel esqueleto del feudalismo se unía á las casas en lo más alto de Casares de la Sierra: aquello eran el pueblo y su castillo.

XXII

Aún no había entrado el carro en la calle Real, cuando le adelantó una mujer jadeante, vestida de una extraña manera.

Era la más hermosa de las dos gitanas que hemos conocido.

La familia se había quedado allá abajo, escondida entre los breñales.

Ella iba rápida, poderosa.

Con la violencia de la marcha se le habían deshecho los rizos, y los llevaba tendidos, flotantes, formando alrededor de su moreno semblante una especie de fatídica aureola.

—¡Allá va ésa!—exclamó el tío Feo—; y apostaría que para nada buenol!

Y arreó el tiro, metiéndose por la calle Real y sin perder de vista á la gitana, que se entró por el portalón de una casa en que había un banco de herrador.

Aquella casa estaba contigua á la iglesia.

—¡Cuando yo decial!—exclamó el tío Feo, viendo que la gitana se metía en casa del albéitar.—¿Si le habrá alcanzado al Escarabajo alguno de los tiros de los guardias?

Juan no lo oyó.

Estaba dominado por la candente impresión de la Preciosa; había sentido una insoportable presión de corazón al saber por la charla del tío Feo que el padre de aquella criatura que se había apoderado de su alma, era un criminal.

Le parecía que la mayor de las desgracias de toda su vida empezaba á envolverle.

Que un demonio implacable le clavaba sus garras en las entrañas y se las arrancaba.

¡Y él había ido allí á buscar la paz de la aldea, una especie de rincón solitario donde vegetar, en medio de la naturaleza, y morir en paz!

Una nueva decepción.

La última, la más dolorosa.

Un amor nuevo, un amor abrasador, seductor, con todos los incentivos, é imposible.

Parecía justificar lo rudo, lo salvaje del carácter de la Sultana de Casares, lo incalificable de no haber salido á recibir á su primo, á quien no conocía, ni haber enviado á otra persona, á pesar de que sabía la hora á que debía llegar al pueblo.

XXIII

El carro se detuvo, al fin, en la calle Real, á la puerta de una casa situada frente á la del albéitar, que se apoyaba en la torre de la iglesia.

Aquella casa era lo que podía llamarse una casa fuerte.

Aunque no tuviera ornamentaciones, recordaba por su estilo el siglo xv.

Era de cantería.

Sobre el arco de su gran puerta corría un balcón voluminoso.

Sobre este balcón resaltaba un escudo de armas, sostenido por dos salvajes, y corroído por el tiempo.

La fachada era enorme, perforada acá y allá por ventanas irregulares y por rejjas en el piso bajo.

En los ángulos se alzaban dos torres.

Una redonda y con almenas; otra, cuadrada, cubierta por un tejado puntia-gudo.

Aquella casa tenía algo de lo repulsi-

vo, de lo imponente, de lo solemnemente lúgubre de un panteón.

Su gran puerta árida, de color de yesca, bordada, por decirlo así, con gruesas cabezas de hierro mohoso, aparecía cerrada y sombría.

Parecía denunciar en el interior algo fatal.

El tío Feo se echó de la delantera al suelo, se acercó á la puerta, y sacudió con el enorme llamador tres recias aldabonadas.

Respondió dentro un eco siniestramente sonoro.

Como el que producen las casas deshabitadas durante mucho tiempo.

Eco que parecía tener algo del duende, del espectro, del aparecido.

Sonaron tardos pasos.

Rechinó un cerrojo.

Crujieron las dos batientes, que se abrieron con un rechinamiento infinitamente más áspero.

Apareció un viejo alto y enjuto, fuerte aún, bravo, vestido de corto y con un pañuelo en la cabeza.

—¡Ah!, es el señorito que esperamos— exclamó aquel hombre—; meta usted el carro en el portal, tío Feo.

El tío Feo metió el carro en el portalón.

El otro cerró la puerta.

Juan saltó al suelo.

—Vaya, muy bien venido, señorito— dijo el viejo criado.—La señora estaba que no vivía esperándole á usted. Venga usted conmigo... ¡tanto bueno por esta casa! ¡Vamos, ya no estará sola la señoral! ¡No sabe usted lo que se ha acordado de usted!

Y avanzaba, guiando á Juan por una de las galerías bajas del inmenso patio, que estaban sostenidas en columnas robustas y arcos rebajados.

En la cornisa del primer cuerpo, por bajo y á lo largo de la balaustrada del segundo, se veía una fila espesa de ca-

bezas de ciervo, de gamo, de jabalí, de lobo y de otras alimañas, dando testimonio de los grandes cazadores que habían sido los dueños de aquella casa solariega.

Llegaron á las anchas escaleras.

En aquellos momentos se precipitaba por ellas una mujer.

Era doña Anita, la sultana de Casares de la Sierra, que se precipitó en los brazos de su primo.

XXIV

Parecía dominada por una grande emoción.

Nada tenía esto de extraño: con ese rápido y certero golpe de vista que tienen casi todas las mujeres, había abarcado á Juan y le había absorbido.

No solamente había reparado en que era un buen mozo, de lo más barbián que podía darse, sino también su expresión franca, la buena alma que rebosaba de él, y que la buena fe, la peor cuatidad que contra sí puede tener una criatura, le rebosaba por todos los poros y saltaba por cima de sus ropas; había reparado también, con una cierta fruición vanidosa y muy propia de una mujer, aunque esta mujer sea una señora lugareña y no haya salido jamás de entre sus terrones y sus patanes, en que el traje de viaje de Juan era de una elegancia perfecta, y aun pudiera decirse que de una coquetería exquisita: esto venía sobre el conocimiento que ella tenía de que su primo Juan era millonario, y así lo creía, porque al pueblo no habían llegado noticias de Juan ni de que éste no podía ser millonario mucho tiempo, atendido su humor pródigo, que hacía que el oro brutase de sus manos como de una fuente y se alejase de él y se perdiese

no se sabía dónde; además, ya sabemos que Juan no había dicho á nadie que se había arruinado.

Así es que á doña Ana, que todavía era joven y tenía, no sin razón, pretensiones de buena moza, le pareció una providencia de Dios su primo, y le recibió con más ansia que los desdichados cautivos, que en otro tiempo gemían en las mazmorras de Argel, á los Padres Mercedarios de la redención de esclavos.

Ya no estaba sola en el mundo: ella echaría el gancho á su primo, le encantaría, le seduciría, le volvería loco; se pediría la dispensa á Roma, para lo cual daría lugar el cumplimiento del luto por el difunto, y ella volvería á recobrar su influencia en el pueblo, y en el partido, y en el distrito electoral, y hasta en Montilla y en Córdoba se dilataría su respetabilidad, porque no se sabe hasta qué inconmensurable distancia llevan su respetabilidad los millones.

XXV

Juan, que sin ser simple era un bendito, se conmovió al ver con cuánto amor, con cuánta perturbación hechicera le había recibido su hermosa prima.

Porque doña Ana era hermosa, aunque con un no sé qué *sui generis* que olía á tomillo y á retama, y con un moreno pronunciado en que había algo que hubiera podido llamarse un empavonamiento del aire libre y de la intemperie no temida y frecuentemente arrostrada: una especie, en fin, de husmo montaraz, que para Juan tenía un nuevo encanto.

Si no hubiese conocido á la Preciosa ni hubiera tenido tan cercano su recuerdo, como que le parecía que la veía aún, su prima le hubiera conmovido mucho más.

Esto no quiere decir que no le hubiera conmovido en gran manera: ella le había abrazado sin ceremonia y con ganas; le había hecho sentir la dulce presión de sus brazos; había apretado, sin pretenderlo, contra su pecho su seno protuberante y mórbido; le había hecho sentir las formidables palpitaciones de su corazón, y aunque no lo había besado, que como era pariente hubiera podido hacerlo, había unido á su semblante su morena mejilla, suave como el raso, tibia y fresca á la par, y dulcemente redonda; le había hecho aspirar el olor embriagador de una transpiración que tenía ese perfume particular inapreciable, irresistible, de ciertas mujeres, perfume de hembra hermosa, sana, limpia, vigorosa, llena de vida, de alma ardiente, de sangre negra; un perfume que tiene algo del de la manzana; pero infinitamente más delicioso y más potente, porque tiene vida, virtualidad, germen, y se comunica á la sangre del hombre y le hace perder la cabeza: un perfume para el cual, si se le pusiese un nombre, sería necesario llamarlo "perfume evaico", porque Eva debió oler á lo que olía doña Ana.

Si Juan hubiera abrazado á la Preciosa, si sus semblantes se hubieran unido, si sus alientos se hubieran mezclado, no sabemos hasta dónde hubiera llegado la embriaguez amorosa de Juan, porque el perfume evaico de la Preciosa era mucho más intenso, mucho más delicado, mucho más delicioso que el de doña Ana, como era mucho mayor que la hermosura de ésta, su hermosura.

XXVI

—¡Alguna vez había de ser!—exclamó con la voz opaca, ardiente y trémula doña Ana; con una voz que tenía algo del

susurro del vienteillo de una noche de verano, un arbusto de follaje sonoro, ó en un cañaveral tendido en la orilla de un río, ó al murmullo de este mismo río en las hierbecillas de la ribera; con una voz querenciosa, insinuante, dulce, con el rendimiento avaro del amor; con la voz que debían tener las sirenas, contra las que no se tapó los oídos Ulises, como se los tapó á sus marineros; pero que le hizo por prudencia atarse al mástil de su nao, para que aquéllas encantadoras no le atrajesen con su irresistible acento.

Juan, que ni conocía el peligro, ni se había atado, sintió á quemarropa toda aquella poesía seductora, creyó en la sinceridad de la emoción de su prima, y exclamó, todo emoción y transporte:

—¡Ah, hermosa de mi alma! ¡Qué feliz soy! ¡Ya no nos separaremos más!

De tal manera pronunció Juan estas palabras, que doña Ana, que, eso sí, era una señora en toda la extensión de la palabra y de las severas, se inquietó, se estremeció y se separó bruscamente de su primo.

Este la vió entonces á alguna distancia, y notó que los ojos de su prima estaban arrasados, y que á través de aquel velo de lágrimas brotaba fuego, un fuego inestimable; los ojos negros de doña Ana parecían más negros aún, porque su negro era el del fondo de un abismo en que había algo luminoso y fosforescente.

—Ven, ven—le dijo ella, tomando, aunque desarrollada y corpulenta, con una ligereza llena de coquetería, las anchas escaleras de honor de aquella especie de casa fuerte—; todo estaba prevenido, y la comida nos espera; para ti, que estás acostumbrado á otras cosas, esto será almuerzo, y tal vez temprano; pero para mí es comida; en adelante será como tú acostumbres; para mí es indiferente; yo me acostumbraré á tus usos.

—Pues es necesario que te acostum-

bres á que yo te dé el brazo cuando subamos juntos las escaleras — exclamó Juan, que saltaba los escalones de dos en dos para seguir á su prima.

—¿Y para qué?—dijo ésta—; ya estamos arriba, y luego, que yo tengo la seguridad de no caerme nunca.

—Pues yo me caigo con mucha facilidad á poco que el terreno sea resbaladizo—dijo Juan.

—Afortunadamente, tenemos el albéitar cerca y es amigo—respondió riendo doña Ana.

Sintió Juan como un chorro de agua fría que le hubiesen echado sobre la cabeza; al oír declararse á doña Ana amiga del padre de la Preciosa, hubo dos emociones vehementes en él; recordó con una fuerza extraordinaria á la Preciosa, que había sido en alguna manera borrada por la influencia inmediata de doña Ana, y volvió á oír la charla en que el tío Feo le había hecho un retrato nada favorable de su prima.

—¡Bah!—dijo—, no hay que pensar en esa pobre chica; yo no puedo unirme á la hija de un albéitar; á más de eso, ladrón, ni mi conciencia me permite seducirla; en cuanto á lo que el carretero me ha dicho de mi prima, hay en ello, sin duda, murmuraciones de lugar, calumnias, odios; es necesario detenerse en el camino de la locura; yo he venido aquí á arreglar mi vida, arreglémosla; y luego que mi prima parece un ángel, y con una tan elocuente expresión, que no se puede dudar de ella.

Atravesaban entonces un salón enorme, frío, desamueblado, cuyo pavimento de piedra enviaba con una sonoridad espléndida el ruido de las pisadas á los ecos de la bóveda; era del género ojival y majestuoso en su severa sencillez; había sido en otros tiempos lo que en los castillos de los grandes se llamaba la Sala rica.

—¿Te has quedado mudo, Juan?—dijo

doña Ana con una voz afectuosa y halagadoramente burlona.

Juan volvió en sí de sus imaginaciones y dijo:

—Me ha sorprendido lo desnudo de esta sala.

—¿Y qué quieres!—dijo ella, entrando en otra pieza más pequeña en que estaba medianamente servida una mesa y abundantemente alimentada de fuego una chimenea—; allí había muchos retratos viejos, negros y feos; grandes sillones de roble y de baqueta apolillados, roídos; unos hierros viejos y mohosos, dentro de los cuales anidaban ratones, que armaban un ruido que ponían los dientes largos.

—¡Armas de guerra, armas de nuestros abuelos!—exclamó Juan, que se perecía por las antiguallas.

—Sí, eso decía mi padre, tu tío; y mientras él vivió no hubo medio de que se tocase á nada del Salón de honor, como él decía; pero cuando murió, mi marido llamó al herrero y le mandó hacer con todos aquellos estafermos, con todos aquellos espadones, rejas de arado.

Se le cayó el alma al suelo á Juan.

—¿Y cuántas eran... las armaduras?—exclamó con voz cobarde.

—Diez ó doce—dijo ella.

—¡Un tesoro arqueológico!—exclamó desalentado Juan.

Su prima empezaba á parecerle menos poética.

—¿Para qué se quería aquello?—exclamó friamente doña Ana—; se empleó útilmente.

A este tiempo se habían sentado á la mesa, y una criada bastante bella sirvió una enorme soperá. Otras dos criadas estaban prontas al servicio.

Doña Ana llenó á Juan, que estaba distraído, un gran plato, ancho y profundo, de una sopa de pan crasa y espesa, de color rojizo, sobre la cual se veían pedazos de menudillos de gallina.

Juan tragó maquinalmente una cucharada, é hizo un gesto.

—¿Te has quemado?—exclamó cuidadosa doña Ana.

—No; es que esto pica; pero no le hace, á mí me gusta mucho el picante, sólo que me ha cogido de improviso.

—¿De veras? ¿Te gusta?

—Sí; y está exquisito, tiene un no sé qué de aromático...

—(Chorizo de Extremadura.

—Nada; admirable: estoy contentísimo.

—Si te violentas por cortesía—dijo doña Ana—, haces mal; mira que en casa se gasta el picante á pasto.

—¡Mejor!—exclamó con una resignación, ó más bien con un estoicismo heroico, Juan—, el picante fortifica y es un preservativo mucho más eficaz que la sal.

Juan tenía ya la boca escaldada.

Doña Ana, que le miraba profundamente, le quitó el plato:

—Vamos—dijo con acento dulcísimo, y mirando á Juan con los ojos encandilados—; esto es ser fino y galante, con más valor que un berrendo de Miura: mira, Eugenia, ¿no hay ningún plato que no tenga picante?

—Sí, señorita—contestó la muchacha—: el pavo asado, los puches, la fruta de sartén, el jamón frito, la ensalada, los dulces...

—¿No hay pichones?

—Sí, señor...

—Sin pique.

—Sin pique.

—¿Y la liebre?

—Tampoco.

—¿Y el jabalí?

—Tampoco.

—Dios té lo pague, Ana mía—exclamó Juan—: para qué mentir... hubiera reventado sin pestañear; pero ¡fuego de Dios! esto rabia; descuida, ya me iré acostumbrando poco á poco.

—Desde hoy, nada de picante, Eugenia—exclamó doña Ana.

—De ningún modo—saltó Juan—; cada cual á su gusto.

—Si alguno ha de acostumbrarse, será yo—dijo doña Ana.

Y volvió á enconfitar á su primo con una mirada luminosa, amortiguada, mortecina, mucho más tónica que el picante de que aún tenía escaldada la boca Juan.

Este volvió á ver en su prima el idilio.

La campesina ilustre, que no tenía noción alguna arqueológica ni artística, era reemplazada de nuevo por Eva, por la semidiosa.

—¡Oh, Dios mío!—exclamó Juan—, ¡tú eres un arcángel!

—¡Pero con las enaguas muy bien puestas—dijo en aquel momento una voz asorchantrada.

Era la de un eclesiástico que acababa de entrar en el comedor y traía sobre las dos manos, delante del pecho, un enorme sombrero de canal.

—Juan se levantó.

—Viene usted á buena hora, señor cura—dijo doña Ana—: vamos á la mesa; siéntate tú, Juan; el señor cura es de confianza.

—Pues, por supuesto—dijo el eclesiástico, dando el sombrero y el manteo á una de las muchachas, y quedándose en sotana; después de lo cual se sentó en el sillón que doña Ana le cedió.—Yo sabía, doña Anita, que usted no había de comer hasta que llegase su señor primo, á quien esperaba al medio día, y con tan feliz motivo me he convidado. Beso á usted la mano, señor mío: ¿conque es usted primo hermano de doña Anita?

—Servidor de usted, señor cura.

A todo esto, el eclesiástico miraba á Juan de una manera encarnizada y rece-losa.

Doña Ana continuaba mirando á Juan con un cariño intenso.

Juan se violentaba á causa del cura mucho más de lo que se había violentado á causa del picante.

A este tiempo, Eugenia sirvió, en una gran fuente de plata antigua, un dorado pavo gigantesco.

El cura se atracaba ya con delicia de la sopa que le había servido doña Ana.

El cura, sin dejar de comer, miraba con extrañeza el pavo que Juan trinchaba.

—Este—dijo doña Ana refiriéndose á Juan—, no está acostumbrado al pique.

—¡Ah, sí! los cortesanos se alimentan de suspiros... de canela—, dijo groseramente el cura.

Juan se contuvo; pero se puso pálido de cólera. Se tragó la grosería, y dijo:

—En cada parte hay sus usos.

—Dios nos libre de que vengan á los lugares esos usos de la capital, que corrompen hasta el aire; la desvergüenza, la impudicia, la herejía; la masonería, servidas en todos los guisos; aquí estamos muy bien con nuestras costumbres patriarcales, con nuestros alimentos sencillos y fortificantes, y sobre todo, con el santo temor de Dios.

—Por eso me he venido yo á buscar á ésta—contestó Juan—; estoy cansado de la vida agitada del gran mundo.

—¿Viene usted por mucho tiempo?—exclamó el cura.

—Por toda la vida—dijo doña Ana con acento reposado y tranquilo, pero firme.

—¡Ah, ahl ¡sea enhorabuena!—dijo el cura con acento ya dominado.

Había comprendido.

Conocía á doña Ana y se doblegaba. Pero decía para sus adentros:

—Ya veremos si permanece mucho en el pueblo este buen mozo.

Doña Ana había sabido llamar al orden al cura y cortar una situación que

se iba haciendo peligrosa, porque á Juan un color se le iba y otro se le venía.

En efecto, tenía en el alma una marejada que á cada momento podía contener menos.

La cólera le había quitado el apetito, y sin embargo, comía; pero haciendo insoportables esfuerzos.

—La verdad, señor cura,—dijo doña Ana—éste no ha venido aquí, como yo le dije á usted, de "motu proprio", sino que le he llamado yo.

—¡Hum!—gruñó el cura.

—Es natural; ¡el último pariente miol ¿por qué no vivir á su lado? ¿por qué estar sola en el mundo?

—¡Los amigos!...

—Son los amigos, padre cura, y por buenos que sean, no valen lo que un primo hermano, que es lo mismo que un hermano.

—Salva la no insignificante diferencia...

—De que un hermano no puede casarse con su hermana—dijo la prima.

Una mirada de fuego para Juan acompañó á estas palabras.

—Aunque no hay para qué pensar en eso—añadió doña Ana—; yo pienso guardar mi viudez.

—¡Hum, hum!—murmuró el cura.

La conversación se hizo difícil.

De improviso entró en el comedor una especie de ciclope, encasquetado el sombrero, y dijo, sin saludar á nadie, y como si hubiera estado sola doña Ana:

—Tengo que hablar á usted, doña Anita, de algo que no tiene espera.

Doña Ana se inmutó y se levantó.

Juan se levantó también.

Se adelantó á doña Ana y dijo:

—Usted me dispensará, señor cura; pero yo me estoy cayendo de fatiga y me duermo, yo le trato á usted con franqueza; tiempo tenemos; hasta la vista. Eugenia, llévame á mi cuarto; adiós, prima.

Dió la mano á doña Ana, que se la estrechó vivamente; saludó al cura, que le devolvió fríamente el saludo, y siguió á la muchacha.

—Usted está en su casa—dijo doña Ana—; coma usted con sosiego, y hasta después.

—Es que tenemos que ir al cortijo de las Animas—dijo el recién llegado, que era el albéitar, el padre de la Preciosa.

—Pues, ¿y qué sucede?—preguntó el cura.

—Perdone usted, don Ambrosio,—dijo el albéitar—; pero hay cosas... Vamos, doña Anita; cobíjese usted, que yo he traído dos machos que están esperando abajo.

—Pues hasta la vista, don Ambrosio—dijo Ana.

XXVII.

Sepamos por qué había ido con aquel extraño mensaje el señor Pardales á casa de doña Ana.

Ya hemos visto que una de las gitanas, la más hermosa, se había metido en casa del albéitar en el mismo punto que el carro del tío Feo llegaba con Juan.

No debía ser la primera vez que la gitana iba á casa del tío Pardales, porque no habiendo encontrado á éste ni en la puerta, donde estaba el banco, ni en el portalón, ni en la cocina, que á la izquierda del portalón estaba, ni en la sala, que estaba á la derecha, al corralón se fué, donde por el fondo del portalón se entraba, y no encontrándolo tampoco allí, torció á la izquierda, y atravesando al sesgo, se entró en el establo, donde al fin encontró al señor Pardales, que estaba dando pienso á los bueyes.

XXVIII

—Pus ni con jurones—exclamó la gitana, pudiendo apenas hablar á causa de su sobrealiento.—Jesú, marecita mía, yo creí que esta casa estaba encantá, y que los mengues se habían llevao á toitito el mundo.

—Que te lleven á ti y á toda tu casta—dijo el señor Pardales, que al ver á la gitana se había venido hacia ella—; pero á ti no, mujer, que eres una gloria de Dios, y ya sabes que cuando quieras no tienes más que abrir la boca para ser una reina.

—Díos le pague á su mersé la güena voluntá—dijo la gitana, en cuyo acento se conocía la mortificación que le causaba la mirada hambrienta que el señor Pardales fijaba en ella, y poniéndose encendida como una amapola, al mismo tiempo que se cerraba más sobre el alto seno y sobre la voluptuosa garganta el pañuelo—; pero yo soy ya reina de lo que tengo que serlo, y así está bien y toos completos.

—¿Pues entonces á qué vienes tú, Azucenilla?—dijo con acento displicente el albéitar.

—¿Pus qué, señó, se ha de pensar mal de una probe, cuando se mete en una casa? ¿Qué, no hemos de venir los desdichaos gitanillos más que á hurtar ó á ofender á Dios? La culpa me tengo yo que me intereso por su mersé y vengo á avisarle: ¿que á nosotros, qué? Con tomar los archanés de la confidencia y largarnos á la verita de los guardias, estábamos cumplíos.

—¿Qué dices tú de guardias y de confidencias?—exclamó alarmándose gravemente el albéitar.

—Pus ha de saber su mersé que los guardias habían jerío al señó Escarabajo, que ansina y too le apretó los talones al jamelgo, y como hacía mucha niebla

se les perdió; pero tan jerío venía, que en las charcas aonde musotros estábamos afanando mimbres, no pudo más el probe, y del aparejo se vino al agua.

—¿Y se ha ahogado?—exclamó vivamente alterado el señor Pardales.—¿Y vosotros, mal rayo os parta, por qué no le socorrísteis?

—Cállese su mersé, señó, que nosotros estábamos lejos y achantaos en una covacha, y cuando acudimos ya venía el capataz de doña Anita, el del cortijo de las Ánimas, que había ido á avisarlo el penco del señó Escarabajo.

—¿Cómo, que había ido á avisarle el caballo?

—Pus ¿no sabe su mersé que hay animalitos que parece que tienen dentro del cuerpo una presona bautisá?, y yo creo que sí, que al que ha sido malo en este mundo le echa Ondivel al cuerpo de un animal, porque allí pague toas sus culpas y pecaos.

La hermosa gitanilla dijo con un cierto retintín sus últimas palabras.

—Pero, en fin, ¿qué ha pasao?—dijo, ya de todo punto hosco, cuidadoso y sombrío el señor Pardales.

—¿Pus qué había de pasar, sino que el capataz, que había acudío con unos mozos, se llevó al señó Escarabajo y al caballo?

—Bueno, bien --dijo el albéitar serenando su semblante—; yo te doy las gracias, Azucenilla, por la atención de haber venido á avisarme y remédiate con ese peso duro.

—La Virgen Santísima se lo eche á su mersé en bendiciones—dijo la gitana guardando el di ro en el seno—; pero yo tengo entendía otra cosa más gorda que chimuyarlé á su mersé.

—¿Otra cosa?—exclamó, volviendo á ponerse en cuidado el señor Pardales.

—Sí, señó, y mu gorda—dijo Azucenilla.

—Pues, gómata, mujer, que le tienes á

uno el alma en un hilo: ¿se ha muerto el señor Escarabajo?

—Peor antoavía, señó, porque cuando musotros nos najábamos, porque se había serenaó la tormenta, y podíamos vadear el río, se mus echó encima la pareja, mus entrecogió con las mimbres que habíamos apañao, y nus quiso llevar presos.

—¿Y á mí qué me cuentas?—exclamó con desabrimiento el albéitar—; si no robárais todo lo que ven vuestros ojos, no os expondríais á eso.

—De moo y manera—dijo la gitana— que too va en suerte, que unos roban sin necesiá, y por too lo alto, y naide les dice una palabra ni los incomoa, y á musotros los probes mus echan á presillo por un borrico sarnoso que jurtamós pa no palmá de jambre.

—Allá vosotros—dijo con dureza el señor Pardales.

—Pero, señó, si quien está aquí comprometío es su mersé—dijo con miedo la gitana, que había andado con circunloquios, porque temía lo que le podía resultar cuando soltase todo su mensaje.

—¿Que yo estoy comprometido?—dijo poniéndose verde de pálido el albéitar.

—Mire su mercé, señó—dijo con la voz más tímida aún Azucenilla—; los mengues le han jablao al oído al agüelo, que cuando vió que mus iban á meter mano, á atarnos y á darnos encima una palizá que solamente la Virgen Santísima sabe si musotros los probecitos la hubiéramos podío resistir, se le abrieron las entrañitas de padre que Dios le ha dao, y todo se lo cantó á los chandarmes.

—¡Todol

—¡Toitico, señó, aonde estaba el señó Escarabajo, y por refasió, pa que los guardias se obligasen más, les dijo que él los llevaría, dimpués de haberlos llevao aonde estava on Antolín, aonde está el secuestraol

Soltó el albéitar una horrorosa blasfemia.

La gitana tembló de los pies á la cabeza.

Tomó distancia.

El señor Pardales se había echado violentamente la mano á la faja.

En sus ojos aparecía lúgubre y espantosa la muerte.

Estaba horrible.

Azucenilla salió de pies.

Al llegar á la puerta del corralón, se tropezó con otra mujer que entraba.

Era la Preciosa.

Venía pálida y sobreexcitada.

una de esas frases reprobadas que no pueden imprimirse.

Y luego cerró su navaja, la guardó en el cinto, se fué al establo, aparejó dos machos, los sacó afuera, tomó su capa, su sombrero y un encaro, con su correspondiente canana y su charpa de pistoles, como cualquier caballista de la tierra, se fué á casa de doña Ana, llamó, abrieron, se entró con los machos, y la puerta volvió á cerrarse.

La Preciosa se había quedado llena de ansiedad en la puerta de su casa.

XXX

XXIX

Al ver el espanto de la gitana y la formidable rapidez con que su padre se le echaba encima y la alcanzaba navaja en mano, la palidez y la sobreexcitación de la Preciosa crecieron.

Se interpuso rápidamente, á pesar de que su padre iba ciego, y se abrazó á él:

—¿Qué va usted hacer, padre, qué va usted á hacer?—dijo con una voz infinita, amorosa y á la par prepotente—; si le ha ofendió á usted, déjela usted ir, que al fin la pobre es una mujer.

—¡Aparta, que yo la abra en canal á esa maldita!—exclamó en el colmo de su furor el señor Pardales.

Y dando un violento rodeón á la Preciosa, se desembarazó de ella, salió al portalón, y de allí á la calle.

Pero la Azucenilla no parecía ya por el mundo.

Había puesto pies en polvorosa, con la rapidez con que una liebre huye de los galgos.

—¡Me la han de pagar!—exclamó el abéitar, completando su pensamiento con

—¿Pero qué sucede aquí?—dijo. —¡Vamos, el día ha venido completo!

Luego se metió para adentro, y se asomó á la puerta de la cocina.

No había nadie.

—¡María! ¡Paca!—exclamó la Preciosa llamando.

—¿Qué quería su mersé?—dijo una muchachota que venía de la calle y que parecía muy resuelta.

—¿De dónde vienes tú, María?

—¡Toma, de la tienda! No había especias.

—¿Y la Paca?

—Ha dado una escapadilla para ir á ver á la sacristana.

—¡Al monaguillo, dirás!—exclamó con severidad la Preciosa—; ya le daré yo á ella monaguillo, y á ti especias; ¿y los mozos?

—Cuando yo pasé por la taberna, estaban allí.

—¡Bueno! Pues sal de pies y diles que vengan.

La María escapó.

La Preciosa se quedó en la puerta esperando.

Algunos minutos después llegaron María y los dos mozos.

—Coscorrones—le dijo la Preciosa—, me parece que tú vienes menos tomado que el Zancudo.

—Pa que yo me tome, mostrama, ¡ay, si yo estoy más tomao que toas las cosas! En fin, güeno: ¿qué tiene su mersé que mandarme, que yo lo haré de cabeza?

—Apártate aquí á un lado.

Coscorrones se puso pálido.

Le entró temblor en las piernas.

Estaba loco de enamorado de la señorita, y no se atrevía ni aun á mirarla.

Sabía que no se había hecho la miel para la boca del asno.

Pero no hay nada que sea tan soñador y tan crédulo como la esperanza.

Al ver que la Preciosa, que había enviado á buscarle, y que estaba muy agitada, se lo llevaba para hablarle aparte, empezó á levantar castillos en el aire.

—Yo sé que tú harás todo lo que yo te mande—le dijo la Preciosa.

—¿A quién mato?—dijo Coscorrones, mirando con los ojos encendidos á su joven y hermosa ama.

—A Dios Padre que con mi padre se meta—dijo la Preciosa—; tú eres una fiera. Coscorrones, donde tú pones el ojo, pones la bala; apareja el Coronel, toma dos encáros, vete á esconder en la esquina de la torre de la iglesia, y cuando salga mi padre de casa de doña Ana, donde se ha metido con dos machos, tú á la vistilla siempre, sin que él te vea, sabes, si es menester...

—A mi güelo lo dejo yo seco: ¡pus ya se vel (aquí un juramento), y su mersé descuidie, señorita, que por su mersé y por el amo no me da á mí asco nadie... ni.. (aquí otra frase atrevida). Ya verá su mersé, señorita, quién soy yo.

—Pues picando—dijo la Preciosa.

Poco después, armado de todas armas, con la vaquera en el pie izquierdo, y lle-

vando aparejado y del diestro al Coronel, salió de la casa y fué á ponerse en acecho tras la esquina de la torre de la iglesia, que estaba frente por frente de la casa de doña Ana.

La Preciosa se había metido en la sala baja, y acechaba por una ventana entornada.

Con su agitación estaba infinitamente más hermosa.

Había en sus ojos, que parecían revelar un sueño del alma, algo supremo, algo incomprensible, pero fascinador, prepotentísimo.

Un arcángel, una inmensidad, una vida celeste.

XXXI

Pasaron algunos minutos.

Se abrió al fin la gran puerta claveteada de la casa de doña Ana, y aparecieron, cada uno en un macho, doña Ana y el señor Pardales.

Al macho de doña Ana se le habían puesto jamugas.

Doña Ana se había puesto sobre su luto un abrigo fuerte, y cubría su abundante cabellera con un sombrero grande de fieltro negro, de anchas alas, elegante, traído de Córdoba, y que usaba para defenderse del sol los ojos cuando salía al campo.

La excitación de lo que le había dicho el señor Pardales había subido el color de su semblante.

La favorecía.

—¡Qué buena moza es doña Ana!—exclamó la Preciosa.—¡Y tan rica y tan señoral!

Y la Preciosa suspiró.

No parecía sino que aquel suspiro se le salía abrasado del fondo de las entrañas.

Además, habían salido de la casa de doña Ana dos robustos mozos, armados con escopetas.

—¿Pero qué es lo que sucede, Dios mío?—exclamó la Preciosa.—¿Habrá llegado la hora que me da tanto miedo? ¿Habrán cogido al Escarabajo? ¿Habrá cantado? Madre mía del Carmen, ¿por qué no has oído mis ruegos? ¿Por qué no has quitado á mi padre de su mala vida?

Dos gruesas lágrimas rodaron por las morenas mejillas de la niña y cayeron sobre su seno.

A su color febril había sucedido una palidez marmórea.

Su agitación había crecido.

Su alto seno se alzaba, y se deprimía como á impulsos de las violentas palpitaciones de su corazón.

Su hermosura era entonces sobrenatural.

XXXII

Doña Ana, el señor Pardales y los dos mozos se fueron por la calle Real abajo.

La puerta de la casa de doña Ana se había cerrado.

Algunos instantes después pasó por delante de la ventana Coscorrones que, llevando de la mano al Coronel, seguía á su amo.

Se perdió al fin también en una revuelta de la calle Real.

Esta quedó desierta.

Dominaba en torno un silencio profundo.

Sólo le rompía de tiempo en tiempo la sonora y magnífica voz, aunque no educada, de la María, que cantaba en la cocina.

A una seguidilla de la María contesta-

ba otra de la Paca, que tenía también una admirable voz de tiple.

Dos Pattis desconocidas.

¡Qué lástima para ellas!

¡Si hubiese pasado por allí uno de los maestros en boga y las hubiese oído!

XXXIII

La Preciosa continuó atisbando por la ventana entornada.

¿Y qué atisbaba?

La casa de doña Ana.

Allí estaba el hermoso forastero.

El primo de doña Ana.

La mirada de la Preciosa era candente.

Había en ella algo misterioso.

¿Serán verdad las maravillas de la atracción, de la virtud magnética, de la fuerza de voluntad?

No lo sabemos.

Pero ello fué que el balcón de la casa de doña Ana, en que la Preciosa fijaba inconscientemente su mirada febril, se abrió y apareció Juan, cuya mirada se fijó determinante, precisa, en la ventana, por cuya rendija acechaba la Preciosa.

XXXIV

La mano de la Preciosa, que sujetaba la hoja de la ventana, fué cediendo.

Al fin se abrió lo bastante para que Juan viese á la joven.

Se abrió por último completamente.

Las miradas de los dos se chocaron.

Él sonrió ansioso y la saludó.

Ella bajó la cabeza, se puso vivamente encarnada y perdió su hermosa mano entre las hojas de una malva-rosa que

había en uno de los tiestos de la ventana.

Así pasaron algunos segundos.

Cuando alzó los ojos de nuevo, se encontró con que ya Juan no estaba en el balcón.

Pero el balcón permanecía abierto.

Una marcada expresión de altiva contrariedad, de algo de que la misma Preciosa no podía darse cuenta, alteró su semblante, predominando en él algo semejante á la manifestación de un alma levantada y brava que siente una injuria.

Ella había sonreído con toda su alma y sin poderse contener, cogida de improviso por una emoción de alegría á Juan; había tomado acta de esta manifestación involuntaria en el momento en que había tenido lugar, y candorosa, poderosa, casta, se había avergonzado, había bajado los ojos, y al alzarlos de nuevo se había encontrado con el balcón abierto y vacío como una jaula sin pájaro; ella tenía la certidumbre de que había dejado ver á Juan demasiado lo que le había salido del alma; ¿por qué Juan instantáneamente había desaparecido?

Cabalmente á impulsos de una atracción irresistible, por una necesidad inevitable de acercarse lo más posible á aquella hurí lugareña de la tierra; hay muchas mujeres que tienen en los ojos, en la boca y en todo su aquel, un garbato que agarra y no suelta, sino que, al contrario, cuando más quiere el cogido soltarse, más se le agarra y más se le mete en la carne y más se le martiriza.

XXXV

La calle Real no tenía más anchura que la suficiente para que pudiese pasar

desahogadamente por ella una carreta cargada; verdad era que delante de la iglesia se ensanchaba y formaba una plazuela irregular; pero del balcón de la esquina de la casa de doña Ana á la ventana baja en que había aparecido la Preciosa había muy poca distancia. Juan tenía vista de águila, y podía apreciar los menores movimientos del semblante de la niña, como si la hubiese estado tocando; se saturó, pues, como si dijéramos á quemarropa, de toda el alma, encendida y tanto más ardiente, cuanto más candorosa, que al verlo se le había salido á la Preciosa como un efluvio de vida virgen y prepotente de todo su ser, y singularmente en un relámpago divino por los ojos, y en una ráfaga de gloria en la sonrisa se la habían inflado las arterias en la garganta, se la había alborotado el seno; en fin, sin poderlo remediar y sin poderlo recoger, había dicho á Juan de una manera indudable y embriagadora:

—¡Tú eres mi pensamiento; tú eres mi deseo; yo te amo!

XXXVI

Juan estaba en una situación excepcional; la ruina y la altivez le habían arrojado de los grandes círculos, había recogido las tablas que había podido del naufragio, y como ya se ha dicho, se había ido á vegetar al pueblo donde vivía su prima, y donde radicaba el último solar de su familia después de la reconquista definitiva de España.

El aburrimiento, el cansancio, el hastío de todo se habían apoderado de él, le habían inyectado más hipocondría que la necesaria para que se aburriese de sí mismo, y se resignase á una vida semi-salvaje entre campesinos que no podrían comprenderle; había dicho adiós al

amor, á la vanidad, á todo género de placer en que pudiese tomar parte el espíritu, él que era espiritualista y soñador; y cuando sentía con apariencias de mortal la nostalgia de una esfera, á la cual, aunque corrompido, estaba habituado y sin esperanzas de volver á ella, una nueva esfera inesperada le había cogido, le había absorbido, le había hecho comprender que la vida es inqñita en lo multiforme, que la variedad constante determina en gran manera su esencia, que, en fin, "en todas partes cuecen jabas", y no hay lugar en la tierra, por retirado y agreste que sea, en el que el corazón no encuentre causas para ser conmovido por todas las pasiones humanas.

La Preciosa, en el momento que él la vió, en él produjo una emoción inesperada. Juan había oído en el fondo de su alma envuelta en las tinieblas de la desesperación, una voz misteriosa que había dicho sin palabras: "fiat lux", y la luz había hecho se iluminase para él un universo desconocido, causando en él un brusco y peligroso cambio de temperatura, resucitándole brutalmente, así pudiera decirse, sin preparación de ninguna especie, cuando se sentía abrumado como por la losa de una tumba, y este peso insoportable, angustioso, había cesado, cuando se asfixiaba, de improvviso respiraba con delicia un aura purísima, el aura de un edén; agonizaba de la agonía de una aspiración de amor y de vida que creía imposible, se revolvía en una pesadilla pavorosa, y súbitamente caía de nuevo en la soñada esperanza de un amor que saciase su sed abrasadora por las delicias de su refundición en cuerpo y alma con una mujer que realizaba los encantos de su ser ideal, de su arcángel humano.

Desde que la Preciosa había subido al carro hasta que de él había saltado, Juan no había hecho otra cosa que har-

tar sus ojos, que trasegar, digámoslo así, por ellos á su corazón, á sus sentidos, á su ser entero, aquella hermosa virgen sana, vigorosa, correcta, á la par delicada y robusta, exuberante de vida, productora de un atractivo omnipotente, sensual y casta á la vez, dentro de un quid divinum inexplicable, predominante, absorbente, definitivo, supremo.

No había podido hacerse cargo de la enfermedad ó, mejor dicho, del encanto en que había caído; el sentimiento le dominaba y no reflexionaba; pero bebía, y bebía hermosura, y se achispaba sin sentirlo.

XXXVII

Al ver á su prima, le cogió otra impresión violenta: estaba lejos Preciosa; ello es que Juan mezcló las bebidas y se puso barlú; luego, huyendo de las incalificables impertinencias del señor cura, huyó al cuarto que se le tenía destinado; se rozó, sin quererlo, con la doméstica, con Eugenia, que era una muchachota firme, de unos contornos mareantes, y esto fué como una copa de aguardiente de pita echado sobre los otros dos néctares; y privao, completamente privao, como dicen en la tierra.

Y estas embriagueces de los nervios son infinitamente más perturbadoras que las del alcohol; se le iba la cabeza, se sentía congestionado, y se arrojó maquinalmente en el magnífico lecho que le había prevenido su hermosa prima.

XXXVIII

Pero se sentía insoportablemente mareado.

Tenía la cabeza hecha una olla de grillos.



Sus ideas fermentaban, bullían, hervían sin determinarse, vagas, incoherentes, pero poderosas; un caos en el momento psicológico de transformarse en un universo.

Todas sus fibras sensibles parecían próximas á estallar por excitaciones condensadas, formidables: lo anormal de su estado se hacia más y más anormal, sentía algo que le angustiaba y á la par acrecía la acción de su sentimiento; se puso de pie como un sonámbulo, permaneció algunos segundos inmóvil, con la inconsciente distracción de un idiota, y al fin, como un autómatas, se fué al balcón y le abrió.

La aparición de Preciosa, el choque de sus dos miradas, una repetición del fiat omnipotente determinaron el colmo.

No había más allá.

El consorcio indisoluble de aquellas dos almas se había hecho ya en la eternidad.

XXXIX

Juan no fué, en el momento en que le envolvió la nueva aparición de la Preciosa, un ser verdaderamente libre, sino un aparato sensible, cuya actividad se subordinaba á un agente incontrastable relacionado con él y á la par residente en él mismo. La resultante de un realismo, de una ley, de una necesidad que por sí misma se ponía en actividad, anegada la reflexión, aniquilada la prudencia, en suspenso la conciencia, en combustión el cerebro, en ebullición la sangre: Adán rebelándose contra todo por Eva.

Era necesario que él se acercase á la Preciosa, que la hablase, que se uniese á ella para no separarse más.

Tal era la borrachera de sentimiento en que había caído nuestro hombre.

¿Y qué mujer ó qué hombre no se han vuelto locos por un hombre ó por una mujer, aunque sólo haya sido en un momento de su vida?

Pero el dogma, las leyes, las costumbres, la organización social, los accidentes de la vida, una multitud de concausas, pueden determinar, y determinan casi siempre, las luchas dramáticas en que se torturan estas pasiones originarias del corazón y de la voluntad misteriosa que hizo al hombre tal cual ha sido, tal cual es, tal cual será: pasiones conmovedoras, ansias que enloquecen, desventuras que matan.

XL

Juan, cogido por una conmoción eléctrica, se quitó del balcón, cogió maquinalmente su gorra de viaje, se echó fuera del cuarto, cruzó las anchas galerías de la vieja casa de sus abuelos, se precipitó por las escaleras, y ya en el portalón, tiró del cerrojo, y se lanzó en la calle, con grande estupefacción del tío Feo, que estaba al pie de sus mulas, pagado ya, y preparándose para irse á la posada.

Se santiguó, aunque era un pícaro, porque creyó que á Juan se lo llevaba el diablo; pero al ver por el hueco de la grande hoja del portalón, que no se había cuidado Juan de cerrar, que éste se iba aleteando, como quien dice, á la ventana baja de la casa del albéitar donde estaba la Preciosa, dijo para sí:

—¡Acabáramos! Le ha picado la mosca y cuca: me parece á mí que á este señorito le van á contar un cuento.

Y tomando el ramalillo de una de las mulas, salió de la casa de doña Ana, y se fué la calle Real arriba en dirección á la posada.

Un mozo de la casa cerró la puerta, y murmuró, viendo á Juan al pie de la ventana:

— Ahora veremos si el Escarabajo cumple lo que dice.

XLI

A la Preciosa se le nublaron los ojos, cuando, ofendida de la extraña desaparición de Juan del balcón, le vió aparecer de improviso, pálido, descompuesto, y acercándose á ella con todo el alma dilatada y encendida en los ojos.

Sintió en el corazón un deleite insoportable.

El no se había ido del balcón sino para acercarse más á ella.

Juan se detuvo jadeante al pie de la ventana.

Ella se había retirado instintivamente.

Las conveniencias, el pudor.

Pero se la salía el alma por los ojos.

¡Era tan hermoso el forastero!

¡Tenía para ella tanto *aquel!*

Y luego, que el hombre que tanto se había callado con la lengua, en el carro, y tanto le había hablado con los ojos, hasta hacerla ponerse colorada, no se andaba en chiquitas.

Se metía sin miedo en jurisdicción.

Juan se repuso cuanto le fué posible reponerse, y la dijo lo primero que se le ocurrió.

— ¡Conque vive usted aquí, dios! ¡Conque somos vecinos!

— Pues ya lo ve usted — dijo toda aturdida la Preciosa.

— Debe usted tratar á mi prima.

— Pues preciso.

— Nos veremos...

— Dios no quiera que nos quedemos ciegos.

— Yo estoy ya que no veo.

— Pues mire usted, agua del pozo, que dicen que es buena.

La Preciosa se había puesto ya dentro de las conveniencias, y entrando más en ellas, y poniéndose seria, añadió:

— Mire usted, yo no tengo necesidad de que mi padre me menea el bulto, si le dicen que me han visto hablando con un forastero; váyase usted si usted me aprecia, y no me traiga usted desazones.

— Pero yo me estoy muriendo — exclamó con ansia Juan —; no sé lo que me ha dado usted.

— Lo que de recio entra, de recio sale — dijo lá Preciosa, ya de todo punto sobre sí —; y luego que no estará de más que se aconseje usted de su señora prima.

— No me voy sin una respuesta — exclamó Juan.

Lo dijo de tal manera, que á ella se le dertieron las entrañas.

Vaciló, y exclamó con la voz conmovida y de una manera irresistible:

— Me parece usted hombre de bien... pero me está usted comprometiendo.

Guardó por un momento silencio, y luego dijo con la voz opaca y ardiente:

— Si usted me quiere, yo no digo que no... veremos... pero cálese usted mucho... obedézcame usted... usted no sabe... cuando usted sepa... tiempo hay... Dios dirá... pero váyase usted, por Dios.

Y sonriendo con una indudable elocuencia de amor cerró la ventana.

Juan permaneció algunos momentos inmóvil.

Luego se volvió, se fué á la casa de su prima, y dió en su puerta un aldabonazo, murmurando:

— Por encima de todos los obstáculos, ese arcángel ha de ser mío.

Se abrió la puerta, entró Juan, y la puerta volvió á cerrarse.



XLII

Iban, entretanto, por cañadas y vericuetos, doña Ana y el señor Pardales, con los mozos, en demanda del cortijo de las Animas, propiedad de doña Ana.

Los dos guardaban silencio.

Lo que pudieran haber hablado, lo que era del momento, no podía decirse delante de los criados.

Estos, sin embargo, sabían de qué se trataba, porque todo se sabe en los pueblos, é iban apercebidos.

Sabían que era muy posible, según la cara de hereje que llevaba el albéitar, los metiese á tiros con la Guardia civil.

No les importaba esto gran cosa por la responsabilidad legal: ya en alguna otra ocasión, no pudiendo negarse al mandato del señor Pardales, que era, no sólo en el pueblo, sino en su jurisdicción, y aun más allá, un bajá de tres colas, se habían puesto en abierta rebelión contra la fuerza pública, habían sido procesados, y el proceso, no sabemos por qué virtud maravillosa, se había convertido en humo que se había perdido en el espacio.

¡Y hay quien extraña que la Guardia civil meta un tiro, siempre que tiene ocasión para ello, á estos indios bravos!

Pues bien, lo que los mozos temían era las carabinas de los guardias, que generalmente son unos grandes tiradores, ó se embraguetan mucho, y hacen seguros los tiros á corta distancia.

Sea como quiera, la Guardia civil en Andalucía está siempre en campaña.

Y esto no es nuevo.

Lo estaban, asimismo, los migueletes y las rondas, que, habiendo sido bandidos, habían obtenido su indulto y se habían convertido en perseguidores de

los que eran todavía lo mismo que ellos habían sido antes.

En Andalucía, particularmente en sus serranías, el bandidaje es una profesión.

La Mano Negra no tiene importancia alguna política ni social; todo consiste en que los bandidos de hoy han tomado una bandera en que no habían pensado los bandidos de ayer, y en que engañados y fanatizados muchos infelices que se mueren de hambre, se han afiliado en una sociedad secreta que les ha prometido sacarles de miserias.

Pero cuando no tenían bandera política, estaban asociados también, y también secretamente, con esta ó la otra denominación.

Lo sabían los justicias de los pueblos, y no sólo lo consentían y lo tapaban, sino que muchos de ellos pertenecían también á la asociación.

Estaban relacionados en todas las esferas sociales.

Los que salían al camino, los que se cuestraban, los que incendiaban, los que talaban, los que cobraban los seguros que los viandantes de oficio y las empresas de transportes se veían obligados á pagar para no ser robados, no eran otros que los obreros inferiores de aquella Asociación tenebrosa, hombres á los que se daba una parte de los robos.

El bandido no está mal mirado en las campañas andaluzas.

Ya lo hemos dicho; el caballaje ó el salir con las jaquitas, como mejor queramos, es allí un modo de adquirir tan bueno como otro cualquiera.

Es una convención.

Ellos son los reyes del campo y del camino.

Ellos arrostran los peligros, aguantan las intemperies, tienen una vida de perros.

No lo hacen de balde.

Se lo ganan.

Con alguna frecuencia, lo que han

ganado con sus puños lo vomitan con usura en el patíbulo ó en el presidio.

Los ajusticiados y los presidiarios de entre ellos son mártires de la independencia de su carácter, y su escasa resignación para sufrir las tiranías de su miseria y la influencia de los ricos.

Para que una real jembra de Andalucía quiera á un güen moso con todas las entrañas abiertas, basta con que el gachó se haya hecho célebre y formidable en el caballeo.

Ciertas comarcas andaluzas serán siempre la misma cosa, y será necesario tenerlas ocupadas militarmente, no para extinguir sino para amenguar el bandidaje, que es allí una costumbre inmemorial que ya, antes de la conquista, estaba arraigada entre los moros.

Es un fruto del país.

La civilización matará esas costumbres, como tantas otras que sería de desear no tuviésemos.

La moralidad, sin la cual no hay civilización posible, irá acabando lentamente con esas y otras barbaries.

XLIII

De improviso, y ya cerca del cortijo de las Animas, al pasar una cañada, la fisonomía del señor Pardales tomó una expresion de hiena.

Había visto á un pobre viejo que, con gran trabajo, se abría paso entre los jarales.

A un gitano.

Al agüelo, al que no había dudado en sacrificarse por su pobre familia, denunciando á los guardias cosas por las cuales se exponía á una terrible venganza por parte del señor Pardales, prepotente cacique de Casares de la Sierra, y á ma-

yor abundamiento, por aquellos tiempos alcalde.

Se quedó el tío Patiño, que así se llamaba aquel patriarca andarríos, fascinado como un gorrión viejo á la vista de una serpiente.

Tan por muerto se dió el desdichado, que acometido por una parálisis, se quedó inmóvil, fijando en el tremendo albéitar una mirada en que se manifestaban todas las agonías que puede sufrir una criatura.

En el primer momento, el alcalde, transportado por el furor, echó mano al encaro y apuntó al tío Patiño.

Este cayó automáticamente de rodillas, y sus labios se movieron como rezando.

—¡No, delante de mí, no—exclamó doña Ana—, y, sobre todo, no me meta usted en compromisos!

—¡Ah, el canalla infame!—exclamó el señor Pardales.

Y retiró el encaro, y volvió á engancharlo en el aparejo.

El gitano continuó de rodillas, pálido como un muerto y rezando.

El alcalde saltó del macho al suelo, se metió en el jaral, asió brutalmente por un brazo al tío Patiño, le levantó, y le dijo:

—¿Te persiguen?

—No, señor, les he dado tenazón—dijo con la voz apenas perceptible el gitano—, en la rambla de los Molinillos, al revolver el barranco, gateé, me metí en los breñales, por donde ellos no podían entrar á caballo, y ya sabe su mercé que por allí todos son tajaduras, y que para tomarme la vuelta tendrían que andar lo menos tres leguas.

El gitano temblaba como un azogado, y miraba con un ansia horrible al señor Pardales.

—Concluyamos—dijo doña Ana—, no es prudente el exponernos á que sobreengan los guardias y nos encuentren hablando con ese hombre.

—No pueden venir tan pronto—dijo el alcalde—; ese picaro dice bien; para llegar aquí necesitarían por lo menos dos horas, yo necesito dos horas.

Y arrastrándole y metiéndole más dentro del jaral, y perdiendo de vista á doña Ana, que se quedó esperando con una contrariedad ansiosa, le dijo:

—¿Cómo sabes tú que en estos alrededores hay un secuestrado?

—Yo no sé eso; que no me asistan á la hora de mi muerte la Santísima Virgen del Carmelo y el bendito Patriarca Señor San José, si yo entiendo lo que su mercé me dice.

—Azucenilla ha ido á avisarme, y me lo ha contado todo.

—Azucenilla, aunque es casada y madre de familia, es una chavala, y no sabe lo que se dice; pero espere su mercé, ya caigo, sí: como los guardias andan siempre buscando un secuestrado, yo, por quitarles á los pobres nenes la borrasca de encima, les dije á los guardias que yo, si soltaban á los desdichados, les diría dónde el secuestrado estaba... por decir... pues, para que se escaparan mientras que yo mareaba á los guardias; pero yo no sé si hay por aquí un secuestrado ó no hay; yo lo dije á bulto.

—¿Y no les dijiste más que eso? —exclamó el alcalde, cuya voz era á cada palabra más siniestra—: ¿no les dijiste que don Antolín se había refugiado en el cortijo de las Animas?

—Los mengues se han metido en el cuerpo de esa arrastrá de Azucenilla para perderme á mí: esa endina lo traduce todo: si fueron los guardias los que me dijeron que los llevase al cortijo.

—Los guardias saben demasiado dónde está el cortijo, y no necesitan que nadie los guíe.

—Bueno, sí, señor; dice muy bien su mercé; pero los guardias querían que yo fuera delante, de espulique.

—Vamos al negocio, que después yo

veré lo que tengo que hacer contigo. ¿Qué ha sucedido en el cortijo?

—Pues nada; que no estaba allí don Antolín, y tuvieron que contentarse con su caballo, que se había ido al cortijo á la querencia de las otras caballerías.

—Y el capataz, ¿qué ha dicho?

—Pues mire su mercé, se ha opuesto á que se registre el cortijo, diciéndoles que lo tenía en arriendo su mercé, y que, pues es su mercé el alcalde, no podían registrar en ninguna posesión suya... pero los guardias, nada... lo han registrado todo, hasta las tinajas del vino y del aceite, y nada han encontrado, nada: quisieron llevarse el caballo; pero como el bicho no tiene el rótulo de quién es, y el capataz decía que no lo consentiría, y que el caballo se había de estar allí hasta que pareciera su dueño, que él no sabía quién fuese, los guardias libanaron (escribieron) mucho, y aluego dándome un puntapié y mandándome que echara delante, me sacaron, y cuando nadie podía oírnos, me dijeron:

—¡Híncate de rodillas!

—¿Y por qué—dije yo—, si no estamos en ninguna iglesia, ni hay aquí ningún santo?

—Porque te vamos á fusilar—dijo el cabo—, por haberme engañado y estar en convivencia con mala gente.

—Pero si ese hombre se ha escapado, ¿qué culpa tengo yo?—les respondí.

—¿Y el secuestrado?—añadió el cabo. Yo vi el cielo abierto, porque un minuto de vida es vida, y podía suceder que Dios quisiera que yo pudiera escabullirme, como en afeuto me he escabullido. Y esta es toda la hestoria, señor alcalde, y ya ve su mercé que yo estoy tan llano y tan inocente como un chaval recién nacido.

Se abrió entonces el jaral y apareció doña Ana. No habia podido sufrir su impaciencia.

—¿Pero todavía no se ha acabado

esto?—preguntó como quien ordena.

—Se va á concluir muy pronto—dijo el señor Pardales.

—¡Por el amor de Dios, mire su mercé lo que hace!—exclamó, volviendo á caer de rodillas, el gitano.

—A ver, muchachos—gritó el alcalde.

El gitano, que creyó que llamaba á los mozos para que lo matasen, empezó á dar alaridos.

Aparecieron al fin los dos mozos.

—Lleváos á éste á la cueva—les dijo el señor Pardales.

Esto demostraba que los mozos de doña Ana eran tan bandidos como el alcalde.

Gente, en fin, de confianza.

—¿Y qué hacemos?—dijo uno de los mozos.

—Le encerráis.

—Pero tenemos que encerrarle donde su mercé sabe.

—No importa; así tendrá con quién hablar el otro: decid á los que están de vigilantes, que si por los alrededores de la cueva parecen guardias, que los maten á los dos y escapen; lleváosle.

—¡Que sea la santísima voluntad de Dios!—exclamó más muerto que vivo el gitano.

Y encogido, anonadado, se dejó conducir por los mozos.

Se quedaron solos doña Ana y el albéitar.

Doña Ana parecía inquieta. Como si ella misma se hubiera encontrado en peligro.

El albéitar la miraba de una manera codiciosa. Como un enamorado loco que está á punto de un acceso.

Doña Ana se había quedado sin el auxilio de sus mozos.

El albéitar se había tranquilizado por el momento; el gitano había trasteado á los guardas y no habían podido encontrar al Escarabajo.

En cuanto á los secuestrados, pues ya

había que contar como tal al gitano, había determinado lo que debía hacerse.

Se había ganado, por lo menos, tiempo, y por aquel incidente, doña Ana se encontraba sola con él en aquel lugar solitario.

Si aquella circunstancia ó si doña Ana hubiera podido creer que se encontraría sola con el albéitar, no hubiese ido.

Se había encontrado en una terrible alternativa.

Era urgente acudir á lo del secuestro, por evitar gravísimas consecuencias: quedarse sola con el señor Pardales, era arrostrar otro peligro.

El temor á un proceso grave había podido más que todo en doña Ana, y no se había atrevido á retener á los mozos.

—No hay mal que por bien no venga—dijo el alcalde, cuya perturbación era espantosa.

Devoraba á doña Ana con una mirada inflamada de un fuego sombrío.

Como un hombre en el delirio de su pasión.

—No hay mal que por bien no venga—dijo el alcalde—; he pasado un susto; pero la cosa no es tan grave como parecía, y á causa de ella nos encontramos solos, y aquí se va á acabar nuestro pleito.

—La culpa tengo yo—exclamó con altivez doña Ana—, que no me he librado de esto yéndome, cuando me quedé viuda, á Córdoba ó á Sevilla.

—Usted no podía moverse, doña Ana; yo la tenía y la tengo á usted en mis manos; yo puedo perderla á usted.

—Para perderme tiene usted que perderse.

—¿Y qué hay que no haga un desesperado por una mujer?

—Usted es un infame miserable—exclamó doña Ana—; usted se aprovecha de una funesta casualidad; pero usted no me conoce; yo soy capaz de todo an-



tes de sucumbir á una humillación, infinitamente más terrible para mí que la muerte.

—¿Tan desgraciado soy—exclamó el albéitar—, que ni para marido me quiere usted?

—Imposible—exclamó doña Ana.

—¡Imposible!

—Sí; en primer lugar, usted se ha des- embarazado del estorbo que le impedía acercarse á mí.

—El difunto se murió porque le llegó su hora—exclamó desconcertado el alcalde.

—Sí; la hora de un hombre llega cuando un amigo traidor le acecha, le confía, y en un día de jaleo un vaso de vino aliñado...

—Nunca me ha dicho usted eso.

—¿Y para qué? Yo no podía acusarle á usted, no tenía pruebas; además de esto, por sus negocios de usted con el otro, en que yo me vi obligada á tomar parte, me veía comprometida y reducida al silencio; pero llega una situación extrema: está usted loco, y no puedo guardar por más tiempo el silencio. Nosotros podemos ser cómplices—añadió doña Ana, alzando con una creciente altivez la cabeza—; pero yo no puedo partir mi vida con el asesino de mi marido nunca, nunca, nunca jamás.

Con la indignación que ardía en sus ojos, aumentando su brillo y su fuerza; con la palidez de su cara y la brava expresión de defensa de todo su sér, doña Ana estaba hermosísima, dominadora, formidable.

El alcalde se transportaba más y más.

Doña Ana podía ser una diosa infernal, pero era siempre una diosa.

Un hermosísimo demonio tentador, exuberante de vida.

—Pero usted, doña Ana, cree cosas de que yo soy incapaz. ¿Pues no quería yo como un hermano á don Agustín? ¿no estuve malo por resultas de su muerte?

¿no me ha oído usted hablar de él siempre con amor?

—¡Ah, infame, infame!—exclamó doña Ana.—¿Pues qué había de hacer el asesino más que disimular su crimen?

—El mal está en que usted cree que yo soy capaz de todo.

—Tan capaz de todo le creo á usted—dijo doña Ana con acento sombrío—, que me defiendo.

Y cerrando de improviso con el alcalde, le arrancó el cuchillo que llevaba á la cintura, y le dijo:

—Ahora, á matar ó á morir: ó me hiere usted desde lejos de un tiro, ó, si se acerca usted á mí, le mato.

—Siempre se ha de figurar usted lo peor, mi señora doña Ana—dijo el alcalde.—¿Pues quién ha pensado el ofender á usted?

—Bien; me alegro de haberme equivocado—dijo doña Ana—; tal vez no esté usted tan loco como yo creía.

—Usted desconfía de todo: tan inocente estoy del bajo pensamiento que usted ha supuesto en mí, como de la muerte de don Agustín.

—¡Es posible, es posible!—dijo doña Ana, que estaba sombríamente solemne.—Realmente, yo no tengo pruebas positivas; por consecuencia, olvidemos lo que ha sucedido, como si hubiese sido un mal sueño.

Y continuaba con el cuchillo prevenido.

—¿Pero no me da usted siquiera una esperanza?—exclamó con ansia el señor Pardales.

—Ninguna; esposa de usted, jamás.

—¡Usted quiere á otro!—exclamó el alcalde.

Y su voz tenía algo del rugido cavernoso del tigre.

—Y bien, ¿qué derecho tiene usted para pedirme cuentas acerca de eso?

Estaba ya enamorada de su primo, y de tal manera, que se le hacía violento

negar su amor, ni aun por conveniencia.

—Yo sabré quién es—exclamó el señor Pardales—; y lo que no hice con el marido, lo haré con el novio.

—Si te dan tiempo para ello—dijo para sí doña Ana.

Y luego añadió en voz alta:

—No hablemos más en balde: hemos convenido en que nos olvidaremos de esto; vámonos á tomar los machos, y al cortijo: es necesario que sepamos lo que ha sido de don Antolín.

El señor Pardales resolló como si su aliento hubiera sido la exhalación de un volcán, y con la cabeza baja salió del jaral y se fué al lugar donde habían quedado los machos.

Doña Ana, con esa agilidad de las campesinas, aunque sean señoras, se había puesto por sí misma en las jamugas.

El señor Pardales montó de un salto en su macho.

Poco después llegaban al cortijo de las Ánimas.

XLIV

El capataz puso vigilantes para que avisasen si sobrevenían los guardias.

El tío Piquitos era un lobo.

Había hecho en sus buenos tiempos una campaña de caballaje, y tenía una hoja de servicios deslumbrante.

No le faltaba ningún sacramento.

Desde el robo á mano armada en los caminos, hasta el sacri'egio del saqueo de los templos; desde la tala, al incendio; desde la violencia, al asesinato, había recorrido todo el Código penal.

Para hablar del señor José María, á quien había servido con más lealtad que Men Rodríguez de Sanabria al rey don Pedro, se quitaba el catite y le faltaba poco para persignarse.

Tenía un número espeluznante de muertas.

Conocía al dedillo todos los encierros en que se guarda en Andalucía á la gente crúa, y eran para él otras tantas patrias adoptivas los presidios mayores y menores de África.

Había sido indultado siete veces por otros tantos procesos, cada uno de los cuales había sido una enciclopedia, por decirlo así, de barbaridades, y estaba siempre en disposición de dar motivo para que le indultasen de nuevo.

Nos detenemos y no entramos en la reseña de las excéncias de este veterano de la vida airada, porque para indicárlas someramente serían necesarios muchos volúmenes.

Era, pues, un héroe de nombre famoso en toda la tierra de Andalucía, y se le veneraba como á un santo.

Sus hijos varones eran tres diamantes, y su mujer y sus hijas unas perlas.

Las ramas respondían al tronco.

No podía darse nada más escogido que el tío Piquitos, la Piquita y las Piquitillas.

Una familia indiscutiblemente ilustre.

Pero los indultos y una multitud de trabacuentas del diablo habían derretido los dineros largos que había ganado con sus mismas manos y lo negro de sus entrañas aquel benemérito, y se veía reducido á la servidumbre, porque la vejez le había puesto impedido con el reuma; y aunque sus hijos y sus hijas y sus yernos lo ganaban, tenían atenciones propias que apenas podían satisfacer, porque los tiempos habían cambiado, se habían puesto malos los negocios y los ferrocarriles y la Guardia civil habían echado á perder el oficio de tal manera, que no valía mucho más que el de zapatero de tapas y medias suelas.

Presentado ligeramente, porque no puede ser de otra manera, el tío Piquitos, pasemos á tratarle.

XLV

El albéitar se había metido en el cortijo propiedad de doña Ana y morada del tío Piquitos, como un general en jefe en la tienda de un general de división.

El alcalde tenía perfectamente disciplinado á aquel lobo, que sabía lo que le tenía cuenta.

Doña Ana había seguido al alcalde cejijunta y sombría, con una hermosura no de Venus ni aun de Juno irritada, sino de Proserpina.

Había en ella algo de infernal.

El tío Piquitos se puso en cuidado.

Veía una tormenta de la cual podía tocarle una gran parte de pedrisco, si no era que le cogía de medio á medio un rayo.

Le relucían de tal manera los ojos á doña Ana y estaba de tal manera pálida, que parecía un ser sobrenatural.

En cuanto al alcalde, tenía tan apretado el entrecejo, tan hosca la mirada y tan fruncida la boca, que metía miedo.

El tío Piquitos saludó á su manera á su ama y al señor alcalde, sonrió siniestramente, porque no podía hacerlo de otro modo, y se quedó esperando lo que viniere y pidiéndole al diablo que no le metiesen en algún comprometimiento.

—¿Se muere ó se vive on Antolín?—preguntó secamente el albéitar.

—Pues mire su mersé, le han metido á on Antolín dos tiros que le han frito, y yo no puedo ícir antoavía si será pata ó gallareta; en fin, ya sabe su mersé que yo lo intiendo, y si se naja, será porque sí; que, en fin, cuando las cosas no tienen remedio, no vale el saber.

—Esos dos guardias se van poniendo muy pesados—dijo el albéitar.

—Pus náa, se les atisa y así escarmenarán otros que vengan—dijo como quien trata de la cosa más sencilla el tío Piquitos.

—¿Se puede ver y hablar á on Antolín?—dijo el alcalde.

—Sí, señor, porque por la presente no tiene calentura y es más fuerte que un jierro.

—Pus vamos allá—dijo el albéitar,—¿Quiere usted venir, mi señora doña Ana?

—Yo no tengo nada que ver con el Escarabajo—dijo ésta—y aquí me quedo con Catalina; despache usted pronto, que tengo gana de verme en mi casa.

El alcalde y Piquitos tomaron el camino de la bodega.

XLVI

La Catalina, honrada consorte del tío Piquitos, era una vieja avellanada, curtida, fuerte, apretados el coetillo y el refajo, con su collar de cuentas azules de vidrio en su pescuezo largo y árido como el de un pavo pelado; con un moño de escasos cabellos canos, de un tono repugnante de lino podrido, y con unos ojos pequeños y mates de expresión malvada y recelosa que no había más que pedir; se juntaban en ella la bruja, la arpía y la furia, y su tez rugosa parecía como adobada con tierra; se comprendía, sin embargo, que en su juventud debía haber sido una real jembra; la armazón huesosa de su semblante y la amplitud y la elegancia de su osamenta conservaban, aunque degradada y casi borrada, la traza fundamental de una gran belleza.

Tanto había rodado y de tal manera se habían agitado sus brutales pasiones, que la habían arruinado; era la digna mujer del tío Piquitos; no tenía aún cincuenta años y ya parecía un espectro, uno de esos seres que no se ven sin espeluzno y sin coger algo de eso que se llama mal de ojo.

—¿Y sabe su mersé nostrama—dijo haciendo una mueca que quería parecer una sonrisa—que cada día está su mersé más jermosa?

Hizo un gesto de desdén doña Ana y, sin responder al elogio que de su belleza había hecho la Piquita, la dijo:

—¿Dónde está Picatueros?

—¿Cuál, mi hijo el más chico?—dijo con un manifiesto orgullo de madre, Catalina.

—Sí, el más chico; pero también el más listo y el más valiente.

—¿Que si es el más valiente? Le ha dejado pequeñito á su padre y no hay más que decir.

—Bien; pero ¿dónde está?

—A una legua de aquí, en el cortijo de los Herrumblares.

—De modo que si se le avisa en seguida, podrá ir esta noche al pueblo.

—Ya lo creo; pero en la hora que es ahora estamos solos mi hombre y yo, y ya sabé su mersé que mi hombre con el romatismo no vale para nada; pero no le hace, iré yo.

—Bueno; pues en cuanto nos vayamos vas y le avisas; ahora vete al escondite y dile al alcaldé que despache, que me impaciento por volverme.

La Catalina tomó el camino de la bodega.

Llegó á ella.

A un lado y á otro había altas tinajas de una cabida enorme.

Una de ellas, la quinta de la fila de la derecha, estaba separada de su sitio, y en el lugar que debía ocupar había un pozo, á cuyo brocal, poco elevado, asomaban las dos puntas superiores de una escalera de mano.

Aferrada al muro había una fuerte barra de hierro, que por el otro extremo se unía á un mecanismo también de hierro; este aparato servía para hacer girar fuera de su sitio al enorme tinajón, y para volver á colocarle en él para cubrir la

boca del pozo, descendiendo por el cual se bajaba á un aposento subterráneo.

Este era el escondite de que estaba provisto el cortijo de las Animas para amparar á los bandoleros perseguidos, ó para guardar en depósito sus robos.

XLVII

La Catalina se fué á la boca de este pozo, y descendió por él, deslizándose por la escalera de mano.

A los dos metros de profundidad había una puerta, por la cual se metió, entrando en un aposento como de cuatro varas cuadradas de extensión.

XLVIII

Sobre una cama ancha y cómoda, lo que probaba que allí se procuraban comodidades á los caballeros del bandillaje, estaba el Escarabajo, pálido, cetrino, hosco, metido en una conversación, al parecer muy grave, con el albéitar.

El tío Piquitos asistía como uno de tantos á aquella conversación.

—Si usted fuera como debía ser, don José—decía el Escarabajo, que estaba muy entero—, me ahorraría yo de verme en esta cama, maljerio, sabe Dios para cuánto tiempo, estropeados todos los negocios y á pique de dar en las manos de la justicia, porque se han hecho imprudencias, y la guardia está sobre el rastro, ¿y todo, por qué?, por los ojos negros de la chavala, y usted sabe que yo estoy muerto por ella, y hace usted conmigo lo que se hace con un gato, que se le arrima la sardina y se le quita, y se le hace saltar y se juega con él, y después que ella que tiene la voluntad vir-



gen, y de la misma dispositura que usted, hace lo que le da la gana,

—Mire usted on Antolín—dijo el albéitar con la voz temblona de cólera—, usted puede decir todo lo que quiera, porque el saco es muy grande, y en él cabe todo; pero esas son palabras mayores, y si usted no estuviera maljerío y postrao ya se las había tragao usted. ¿En qué hace mi hija lo que le da la gana?

—En tener novio y salir á despedirle hasta el Almendrалеjo; que si no parecemos por allí, el tío Feo, que traía un señorito de Aguilar al pueblo en su galerín, y yo, sabe Dios lo que sucede, porque el gachó andaba ya con ella á brazo partido, y si no lo espabilo yo soltándole un tiro para espantarlo, que le pasó á dos dedos de una oreja, le digo á osté que Dios sabe.

—Vamos por partes—dijo don José—; la muchacha tenía novio con autorización mía, porque me convino la boda, y no había de quedarse la chica para vestir imágenes; pero ya es muy diferente el que ella se haya ido acompañándole hasta el Almendrалеjo, cuando iba á desceptuarse de la quinta á Aguilar; pero ella está aquí, y cuando yo vuelva ajustaremos cuentas, y el otro volverá desceptuao, porque ha llevado dineros para desceptuarse, y no tardará ocho días, y verá el tuerto los espárragos.

—Si usted le toca un pelito no más á la Preciosa—dijo el Escarabajo—, mire usted dónde se mete, on José; y usted ha hecho muy mal en prometérsela á otro, sabiendo que yo estoy en el mundo y que me ahogo por ella.

—Todo está pasado y visto—dijo con una calma heroica el alcalde—; y mire usted, on Antolín, cuando uno se ha tragao un pelo, tiene que escupir; ya lo voy yo escupiendo; usted no ha tenido miramiento en nada; ha creído usted que todo el mundo era suyo, y se ha echado usted al público, levantando una partía y sa-

liéndose al camino y pidiendo seguros, como si estuviéramos allá en los tiempos de la nanica, y mire usted, aunque yo lo gasto más que usted, lo sé fumar sin que se vea el humo, y ni yo quiero que mi hija se case con un hombre pregonao, ni aunque yo la hiciera pedazos, mi hija vendría en ello, porque no.

XLIX

A medida que don José hablaba, se iba aumentando y poniéndose más y más livida la palidez que la pérdida de la sangre había causado en el Escarabajo, y como estos tunantes no pueden contenerse, y una vez empeñados en una cuestión la llevan muy pronto más allá de todo límite, exclamó:

—Usted es un desvergonzado, on José, y me dice usted eso ahora, que luego no me lo dirá usted, que usted ha sido siempre un tunante á cencerros tapados, y da usted palos en carne momia, que lo que es en carne viva, que se le quite á usted de la cabeza, ¡quía, hombre, no! Y por lo que respeta á si yo estoy pregonao ó no pregonao, pregoná está ella por coqueta...

—¡Aquí se acabó esto, que no lo dejo yo pasar adelante!—dijo el tío Piquitos, que hasta entonces había estado callado, cogiendo al alcalde por un brazo y apartándole del lecho en el mismo momento en que, trémulo de colera, había hecho ademán de dar una bofetada al Escarabajo, sin miramiento del estado en que se encontraba.

L

En este momento fué cuando llegó la Piquita.

—¿A qué vienes tú?—la dijo su marido.—¡Ehl Lárgate, que aquí no te ha llamado nadie.

—Pero me envía quien puede—dijo la Piquita—, y su mersé, la señora oña Ana, me ha dicho que le diga á on José que despache pronto, que ella quiere verse cuanto antes en su casa.

—Pues bueno, bien—dijo el albeitar—; quédense las cosas en el ser y estado en que se están, que tiempo queda, y ya hablaremos otro día.

Y se salió.

LI

—Que no me ayude la Santísima Virgen del Carmen á la hora de mi muerte—dijo el Escarabajo—, si ese mal nació de on José no me las paga.

—Lo que usted tiene que hacer, on Antolín—dijo el tío Piquitos—, es tranquilizarse, que no está usted para sufrir sofocos, que esto ya se arreglará, como se arregló lo de Caparrotta.

—Y le ahorcaron.

—Pues mucho ojo—dijo el tío Piquitos—, que si usted tiene cogío á on José, él le tiene á usted cogío, y aluego, que á usted le conviene estar bien con él, porque on José tiene hoy mucha mano, y puede usted necesitarle para que lo saque á usted para adelante si le sucede á usted una desgracia; y espere usted, que pronto vuelvo, que voy arriba á ver lo que pasa.

El tío Piquitos salió.

Subió por la escalera de mano á la bodega; por medio del mecanismo de que hemos hablado, volvió á colocar el tinajón en su sitio, y subió á la cocina.

Doña Ana y don José se habían ido ya.

El cortijo había quedado silencioso y tranquilo, como si no hubiese sucedido nada.

LII

Coscorrones, el mozo del señor Paradales, el cacique albéitar, alcalde de Casares de la Sierra, obedeciendo á su señorita la Preciosa, había seguido paso á paso á su amo, sin que éste hubiese podido apercibirse de ello.

De tal manera conocía el terreno y las trochas Coscorrones: no perdía de vista al alcalde ni á doña Ana, y sin embargo, no iba precisamente sobre el camino que llevaban éstos.

Flanqueaba siempre.

A veces era tan áspero el terreno, que se veía obligado á llevar el caballo de la mano.

Cuando el alcalde encontró al gitano, al agüelo, estaba Coscorrones tan cerca de ellos, oculto en un jaral, que pudo oír perfectamente lo que hablaron el alcalde y el gitano.

Al saber que se trataba de un secuestrado, se le alegraron á Coscorrones las negras entrañas, porque negras las tenía, y á más de esto, atravesadas por el amor sin esperanza que sentía por su señorita.

Preciosa le había inspirado una pasión brutal.

La decisión del crimen se ahondaba más y más en el cerebro calenturiento de aquel patán formidable.

Desde el punto en que el alcalde pensó en casar á Preciosa con el que había ido á desceptuarse de la quinta á Aguilar, Coscorrones se había afirmado más en su terrible propósito, y en cuanto á celos, se había quedado tranquilo.

—No sé yo si los muertos se casan—se había dicho.

Y sonrió como sonreiría un tigre, si pudiera sonreír.

El novio estaba sentenciado.

Y sin embargo, cuando entraba en la casa á ver á la novia, ó cuando Coscorrones se lo encontraba en la calle ó en la taberna, le trataba campechanamente

y como si le hubiera tenido la mejor voluntad del mundo.

Los paletos de Andalucía tienen unas grandes condiciones de diplomáticos.

En las cosas importantes nunca dicen lo que no deben decir.

Son astutos y solapados.

Callan y apañan, como ellos dicen, y están siempre á la que salta.

Mientras Coscorrones no tuviese celos, el novio de Preciosa tenía licencia para vivir.

Pero como puede haber causa de celos antes de las nupcias, Coscorrones no reposaba.

Andaba siempre á la husma de día y de noche, y podía decirse que la Preciosa estaba bien guardada.

Verdad era que la Preciosa, por decoro propio, que la había imbuido por una excelente educación su difunta madre, no sabía ni quería saber lo que era pelar la pava de noche por la ventana, y en un pueblo en que cuando no hacía luna no había más alumbrado público que un farol izado en un palo en la plaza de la Constitución, junto á la fuente, á poca distancia de las Casas Consistoriales.

Pero, en fin, Preciosa se acostaba á las diez en el piso principal, de donde no bajaba sino á las ocho de la mañana, y además nunca hablaba con aquel primer conato de novio más que delante de su padre

¡Pues bueno era el señor Pardales para permitir otra cosa!

LIII

La Preciosa, que era noblejona, leal y de sentimiento recto, se había dejado cortejar por su novio, porque el muchacho le gustaba, porque tenía muy buena voz y cantaba las seguiillas acompañándose con la guitarra, que desde allí al

cielo, y porque era muy dicharachero y muy celebre, y la hacía reir mucho y además, porque creía de su obligación, tal estaba de bien educada, obedecer á su padre.

Y como tenía el alma tan virgen como el cuerpo, y no se había sentido aún á sí misma, es decir, no había llegado la hora de que se abrasase á sí misma en el volcán de pasión que tenía escondido y como sin fuego en el fondo de su alma, ella tomaba por amor la complacencia que el novio la causaba, y por un instante esta complacencia hacía fluir de sus negros ojos un fuego de tal manera dulce, intenso, infinito, vivificador, prolífico, que el muchacho andaba loco é impaciente, aunque contenido, porque sabía bien que á la Preciosa no podía irsela con licencias de ningún género.

Si no se cruza Juan en el camino y no representa la chispa eléctrica que produjo una explosión de amor de pura raza, de amor del alma, de una de esas pasiones espontáneas que se revelan y estallan al primer choque, como la dinamita, y estando tratado que el casamiento se haría en cuanto el novio se desceptuara, por míope y por corto de resuello, y por alguna que otra tacha, que por si acaso llevaba una colección al reconocimiento, con algunas onzas además para los médicos, la Preciosa se hubiera casado muy á gusto y como tantas otras, sin saber verdaderamente lo que era amor hasta el advenimiento del primer hijo.

Porque está escrito que por su unión con el hombre la mujer conozca, salvas horribles excepciones, lo sublime, lo infinito del amor de sus entrañas.

Pero la vida de las criaturas es un arroyo que corre siempre sobre un terreno desconocido, siguiendo sus accidentaciones, estacándose á veces, despeñándose otras y haciéndose con una frecuencia lamentable un pantano in-

mundo y corrompido de que se exhalan miasmas deletéreos.

Allá va la corriente mezclándose con otras, siendo una parte del torrente de la vida, adonde quiere Dios.

LIV

La Preciosa era un arroyo fresco y cristalino que todavía corría entre flores.

Creía amar y estaba contenta.

Todo se le presentaba plácido.

¿Qué sabía ella, la inocente?

Cuando el novio se despidió la noche antes para marchar á Aguilar, y de allí á Córdoba, se le apretó el corazón.

¿Era por el presentimiento de la inocencia de un primer amor soñado, de un amor artificial, por decirlo así, que la realidad borra para sustituirlo con las grandes angustias y los inefables transportes del verdadero amor?

Ello fué que pasó la noche en un insomnio fatigoso, y apenas alboreaba se vistió.

La acometió un capricho de despedirse otra vez de su amado.

El impulso se convirtió muy pronto en deseo imperativo, que se tradujo en una acción inmediata; se salió de su casa ni más ni menos que como si hubiese ido á la iglesia, y con la misma tranquilidad, porque no pensaba en nada malo, y se fué á la salida del pueblo hacia Aguilar, donde muy pronto la encontró su Adonis, que se alegró.

Se impacientaba.

Andando, andando, y como sin pensar, llegaron á los Herrumblares.

El mozo, que iba con las entrañas dañadas, la apartó del camino.

En aquel momento, un hombre se precipitó, faca en mano, por los jarales, y se acercó sin ser visto.

Aquel hombre era Coscorrones.

Llegaba el momento.

Antes que sufrir la insoportable mordedura de los celos, matar.

Pero sonaron á punto las campanillas de las mulas del carro del tío Feo.

Poco después retumbaba un estampido.

Era el conque el Escarabajo había estampado al malhechor temerario.

Sobrevinieron luego los disparos de los guardias, la fuga del Escarabajo, su persecución.

La Preciosa había entrado en el carro del tío Feo; ya no estaba sola.

El carro seguía la carretera.

Coscorrones, por las trochas y por los breñales, se volvió al pueblo.

Estaba contento, porque durante algunos días no había que temer nada á causa del novio.

Si Coscorrones hubiera estado en la casa en los momentos en que la Preciosa habló por la ventana con Juan, no sabemos qué género de infierno se habria apoderado de sus malvadas entrañas.

Pero estaba en la comisión á que le había enviado la Preciosa.

LV

La fatalidad continuaba su obra.

Acumulaba elementos terribles en torno de Juan, que se había ido al pueblo solariego de su familia para vegetar gozando tranquilamente de las pacíficas delicias del campo.

¡Oh, los lugareños!

Garcilaso y Florián y otros bucólicos tienen la culpa.

¡Oh, qué decepción cuando en vez de la soñada Arcadia se encuentra el peor, el más candente, el más fétido de los infernos!

¡Y en Andalucía, patria desdichada y

hermosa del bandolerismo y de la Mano negra!

LVI

Coscorrones estaba excitado, ebrio, se había equivocado cuando, como sabemos, le había llamado aparte su señorita, y el sacudimiento formidable que había sentido en todo su ser, continuaba afectándole poderosamente.

—¡Y me he de quedar yo sin ella!— exclamaba de una manera rugiente.— No, no y no; al lucero del alba le reviento yo si se acerca á ella. ¿Y qué adelanto con matar, si yo me muero, si su padre no ha de dármela, si ella no ha de quererme?

La feroz imaginación calenturienta de Coscorrones se revolvía buscando un medio.

En esta disposición de espíritu fué cuando sorprendió la conversación de su amo con el gitano.

Se exhaló un rugido de alegría del alma de Coscorrones.

Ya tenía una esperanza.

Poseía un terrible secreto de su amo, en que estaba mezclada doña Ana.

Cuando los mozos de éste se fueron, llevándose al agüelo, los siguió, faltando al encargo que la Preciosa le había hecho de que no perdiese de vista á su padre.

LVII

Los mozos de doña Ana se habían metido con el agüelo por los peñascales, y tomando la vuelta de los cerros que rodean á Casares de la Sierra, se habían dejado caer sobre la carretera que conduce á Montilla, la habían atravesado, y

se habían dirigido, por un camino áspero, hacia la sierra del mismo nombre.

El pobre agüelo iba espeao; y hacía poderosos esfuerzos por sostenerse, porque cada vez que, no pudiendo ya tirar de su alma, aflojaba el paso, ya el uno, ya el otro mozo le echaban el caballo encima, le tomaban el flanco, y no con el pie, sino con la pesada estribera vacuera, le daban un golpe en el costado que le hacían poner el grito en el cielo.

El pobre hombre se resignaba á su suerte, y apelaba para consolarse al pensamiento de que con su sacrificio había salvado á sus chorrés.

Pero iba aterrado.

No tenía esperanza.

Se sentía bajo la zarpa del lobo.

Tenía delante de sí, colgado de las narices, un peligro oscuro, contra el cual se sentía sin defensa.

Algunas veces uno de esos accidentes de forma y de color con que engañan les espesuras, le hacía ver al pie de una peña, entre los jarales, una cosa semejante á un sombrero de tres picos en batalla galoneado de blanco.

¿Era un guardia que esperaba, emboscado, el paso de algún bandolero?

El desdichado agüelo temblaba de los pies á la cabeza, y sentía una agonía insupportable que le paraba la sangre, le enfriaba el estómago y le ponía todo el cuerpo amargo como una tuera.

Para él era indudable que si sobrevenía la Guardia civil, los mozos, antes de ponerse en fuga, dispararían sobre él sin más aprensión que sobre un conejo, y le rematarían para que no pudiese comprometer á doña Ana y al alcalde.

Los dos mozos de doña Ana no eran otra cosa que dos bandidos juramentados que habían andado mucho al camino; y que, indultados, servían honradamente á su señora, y que, en la apariencia, no cometían otros excesos que ser los matones del pueblo, y cortejar, sin

pizca de respeto, á las campesinas que, colonas de doña Ana, querían tener obligados á sus mozos por lo que pudieran aprovechar.

Cuando se habla de libertad y de derechos, nosotros nos encogemos de hombros.

Hay en nuestros campos una múltiple servidumbre mucho más terrible, mucho más onerosa que la del siervo de la gleba en la Edad Media.

¿Queréis acabar con eso que hoy se llama la Mano Negra?

Acabad con los cacipues, y un aliento de libertad, como una providencia bajada del cielo, hará mucho más fructíferos nuestros campos.

Exterminad la langosta humana, si queréis que el derecho y la civilización cojan buenas cosechas.

El cacique es la razón más terrible del estado de penuria, y por consecuencia, del atraso en que se encuentra el país.

Para civilizar es necesario instruir, y para que la instrucción suba á las montañas, baje á los valles, penetre en las selvas, es necesario gastar tesoros.

Mientras el cacique oculte y veje, y sea un bajá de tres colas en su terruño, no puede haber en los campos ni civilización, ni libertad, ni pan para el pobre.

El país, en sus dos terceras partes, permanecerá en su estado salvaje.

LVIII

El pobre agüelo tenía las alpargatas muy viejas, y había perdido una.

Los mozos de doña Ana no habían querido detenerse para que se la arreglase.

Así es que el agüelo llevaba el pie derecho descalzo, y aunque lo tenía en-

callecido, y por consécuencia calzado con una especie de zapato natural, tan áspero era el camino, tan erizado de guijarros cortantes y de raíces secas punzadoras, que, al fin, del pie herido, destrozado, empezó á correr la sangre en abundancia.

El sacrificio del pobre viejo por su familia se consumaba.

Aquello iba pareciéndose ya á la calle de la Amargura.

—¡Por el amor de Dios!—dijo el gitano—acordaos de la marecita de vuestra alma y del pecho que os dió, y del agua del bautismo que os echaron, y que sois cristianos, y que Ondivel castiga á los que tienen duras las entrañas! ¿No veis que voy descuartizao, y que no puedo más? ¿No tenéis chorrés vosotros? ¿Quiérais verlos como yo me veo?

LIX

A todo esto el gitano, que acababa de pisar un abrojo, dió uno de esos gritos de dolor, cuya prosodia pertenece al lenguaje de la desesperación, y no pudiendo ya más cayó de costado, y con tal desgracia que, al caer, se hirió gravemente en la cabeza contra una piedra.

—¡Pues ya escampa, y caían chuzos!—exclamó Chirlata, que así se llamaba el uno de los mozos de doña Ana.—Oye tú, Narices, vamos á darle un tiro en buena parte para que no pene, y al ama y á on José les decimos que no hemos podido pasar por otro punto.

Narices meneó la cabeza, y dijo:

—Es que no mus an mandao eso, y aluego que tóo se sabe, y ya han escrito mucho sobre musotros, y maldita la cuenta que mus tiene; y en fin, qué mejor es terciarlo sobre un caballo, y salir picando pa la cueva, que ya está cerca.

—Lo que se va á jaser aquí—dijo la voz robusta de un jinete que había arremetido por un senderillo en el lugar de escena—es lo que yo mande.

Aquel jinete era Coscorrones.

Se había presentado sin prevenirse, dejando tranquilamente la escopeta enganchada en el aparejo.

Como si nada hubiera tenido que temer.

En efecto, era un bandido de mucho más calibre que los otros, y contaba seguramente con su respeto.

Chirlata y Narices le temblaban.

LX

Coscorrones había echado pie á tierra,

—¡A ver! cada uno un faldón de camisa, porque vosotros no gastais pañuelos, y los de la cabeza hacen falta: andando, que se esangra este hombre.

—¡Pus no te has güelto tú mu compasivo que igamos!—se atrevió á decir Chirlata, que era más arriscado que Narices.

—Naide—dijo Coscorrones, con esa especie de majestad del que manda, seguro de ser obedecido—te ha preguntao la edá que tienes ni si te duelen las muelas; lo que jase falta es un pedazo grande de vuestras camisas, y á escape.

—Allá va mi pañuelo—dijo Chirlata, sacando del bolsillo de su chaqueta uno de hierbas.

—Y el mío—dijo Narices sacando otro.

—Vamos, se conoce que la señora doña Ana vos á sivilisao. Pero esto es de poco tiempo á esta parte; más vale tarde que nunca.

LXI

A todo esto, Coscorrones había cogido la borra que producían unos matojos inmediatos, una especie de yesca, había puesto un pegujón de ella en la chiforrada que se había hecho en la cabeza al caer el tío Patiño, que así se llamaba el agüelo, y le había restañado la sangre.

Luego con los dos pañuelos hizo un vendaje.

—¿Y qué jasemos ahora?—dijo de muy mal humor Chirlata.

—Obedecerme á mí—respondió lleno de autoridad Corroscones—; á ver, agua de ese arroyo, y rociarle bien la cara que güelva en sí, y asperarme, que yo estoy aquí en dos periquetes, y sus tiene mucha, muchísima cuenta hacer lo que yo os diga.

—Güeno—dijo Narices—, allá veremos por aónde salimos.

—A puerto de salvación—dijo Coscorrones—; con que no sus vayais ni jagais nenguna aratá, porque nus veríamos las caras.

Y dejando allí su caballo, se metió por el mismo senderillo por donde había venido.

LXII

—¿Y qué te parece que hagamos?—dijo Narices á Chirlata.

—Pus ver venir, que siempre habrá tiempo—dijo Chirlata tomando un sesgo, porque no quería decir que tenía miedo á Coscorrones.

El otro se tragó la partía, no dijo más, y entrambos á dos se aplicaron á hacer volver en sí al tío Patiño, que parecía muerto.

Al fin á los tres espurreos abrió los ojos y gimió.

—Vaya, hombre, tranquilízate—le dijo Narices—, que ya ves tú que te socorre.

—Ondivel sus premiará y sus dará lo que más falta sus jaga—respondió con voz débil el tío Patiño.

Y volvió los ojos cuanto pudo, como buscando junto á sí al santo ó la santa que había hecho el milagro de que aquellos lobos no hubieran dado fin de él.

No sabía el pobre que el milagro lo había hecho un tigre.

LXIII

Coscorrones, entretanto, encorvado, perdido entre la maleza, había adelantado como un zorro.

De improviso se puso de pie, saltó un jaral, y cayó como una pantera sobre un hombre que estaba agazapado al otro lado.

Era un gitano.

Paquiro, hermano de Milagritos, hijos los dos del tío Patiño, y cuñados respectivamente de Goliche y de Azucenilla, esposa de Paquiro y hermana de Goliche.

Estos y los chorrés pequeños, formaban con el agüelo aquella tribu de andarrios.

De la misma manera que Azucenilla había ido á Casares de la Sierra á buscar al alcalde para que socorriese á su señor, Paquiro se había ido á la husma, para saber qué hacían de él y adónde le llevaban.

Azucenilla, esturreada por el alcalde, se había ido al lugar donde la esperaban con los chavales Goliche y Milagritos.

Enterados de lo que pasaba, y de que en vez de socorrer á Azucenilla la hubiera matado el alcalde, á no ser por la señorica, pusieron el grito en el cielo, y determinaron ir á buscar á Paquiro y

ajuntarse con él, y á que juese de toos lo que Ondivel quisiese.

Se puso al perro estropeado y asmático sobre el rastro de Paquiro, y aunque el bicho estaba casi exánime, como si hubiese sentido los mismos efectos que sus amos, sacudió peniblemente las orejas, meneó la cola como preparándose, hizo un esfuerzo, salió con un trotecillo cochínero, se le calentaron al fin las patas, y partió como si hubiese estado en sus mejores tiempos.

Esfuerzos de la vejez por el deber, ó por un quid misterioso, por ese instinto de lealtad que hay en estos animales respecto á sus amos.

El asno hizo también un esfuerzo, y no parecía sino que estaba en lo mejor de su edad de jumento.

Las gitanillas llevaban á sus chorrés sobre las caderas.

Y así iba la tribu, lanzada, anhelante, dispuesta á rrostrarlo todo por el pobre agüelo.

¿Ni cómo podía ser de otra manera, teniendo ellos la sangre flamenca, siendo, en fin, de legitimo arate egipciano?

¡Y qué hermosas iban Azucenilla y Milagritos!

Excitadas, anhelantes, encendidas, arrojando fuego por los negros ojos, con la expresión de un valor salvaje, con un heroísmo sui generis y rezando á la par, para que los amparase, á la Santísima Virgen del Carmelo.

LXIV

Al fin el perro, y cabalmente cuando no podía más, llegó á Paquiro.

Este estaba pálido como un muerto.

Ya había sido entregado el tío Patiño á los dos mozos de doña Ana.

Estaban cerca del lugar y casi en el

punto mismo en que Coscorrones había entrado en escena.

Paquiro se puso más pálido cuando vió á los suyos, y les dijo:

—Aquí no hay más que echarse el alma á la espalda, sorprender á los dos que llevan al agüelo, quitarles las escopetas, matarlos si es menester, y aluego que sea lo que Dios quiera: dejadme, que yo voy á ver: están ahí á dos pasos.

Y adelantó cautelosamente.

Poco después cayó sobre él Coscorrones.

LXV

—Llama á toda tu gente, y que venga—le dijo Coscorrones.

Paquiro se aterró.

Conocía á Coscorrones.

—¡Por el amor de Dios, comparitol—exclamó.—¡Que yo no sabía que su mersé andaba en estol

—Os voy á dar el agüelo—dijo Coscorrones: estropeadillo está el hombre, pero cosa mala nunca muere: os lo llevais, os vais de esta tierra aonde no pareceis más, y en paz y jugando.

—¡Qué mus va su mersé á dar el agüelo—dijo Paquiro, no queriendo creer á sus oídos—, ¡por la salusita de su mersé!

—Sí, llámalos, que estoy deprisa, y es menester acabar.

Paquiro se metió los dedos en la boca y lanzó un silbido rasgado, poderoso.

Un momento después estaba allí la tribu, sin faltar ni el perro ni el asno.

—¡Vaya un par de barbiana!—exclamó Coscorrones, en quien lo cortés no quitaba lo valiente—; aunque no fuera más que por vosotras, era cosa de perdonar al agüelo.

—¡Que sí, que sí, geñól

—¡Que el pobresico no tiene culpa!—

gritaron al mismo tiempo las dos gitanas.

—Y si la tiene—dijo Goliche—, aquí estamos nosotros para pagar por él.

—¡Con nuestra sangre!—dijo Paquiro. A todo esto los pequeños lloraban que se las pelaban.

Eran inteligentes y comprendían que la cosa que sucedía no era güena.

—Vamos, venid conmigol—dijo Coscorrones.

Poco después los gitanos, las gitanas y los gitanillos se arrojaron, dando alaridos, sobre el tío Patiño, al que veían ensangrentado.

El perro le olía, meneaba la cola y gruñía dolorosamente.

El asno parecía profundamente pensativo.

LXVI

El tío Patiño se animó así que se vió rodeado de los suyos, y sobre todo cuando olió, porque tenía un olfato de sabueso, si es que se puede aplicar el olfato á la inteligencia, que su santa madrina del Carmelo había hecho el milagro que él había pedido, de que le sacase de debajo de la zarpa de aquellos lobos.

El agüelo tenía siete vidas como los gatos y una resistencia de elefante.

Sin embargo, se hizo el mortecino, porque no le convenía le creyesen fuera de todo peligro.

Curandero viejo, por lo que en sí mismo sentía, comprendía que el golpe de la cabeza no era cosa grave, y que lo del pie, con un buen baño de salmuera y aguantar media hora el escozor, era cosa curada.

Paquito y Goliche, Azucenilla y Milagritos, que no eran lerdos, y que chane-

laban tanto ó más que el agüelo, se tranquilizaron como él.

Aquello no pasaba de ser un rato de mal camino, del que por el momento, se salía á puerto de clariá.

Pero continuaron con sus gritos, con sus ponderaciones, con sus aspavientos, ni más ni menos que si hubieran creído que el agüelo estaba en las últimas.

Los churumbelillos, que todavía eran pequeños y no estaban educados, lo tomaban aquello por lo serio, y berreaban y lloraban con una fuerza tal, que parecían dos trompetas de estaño, de las que tocan en Andalucía las chías que van en la procesión de Semana Santa.

Coscorrone, que era un mohatrero revelicocao de picardías, aturdido y crispado por lo chirriante de aquel clamoreo, le soltó una gofetá á Paquiro y un puntapié á Goliche, y dijo con acento cavernoso y de miserere:

—A las señoras, porque son señoras, y por lo juncales que Dios las ha hecho, y ternejalis y retebarbianas, como asimismo á los chorrés por inocentes, se les respeta; pero si no se acaba este jaleo de chillidos y soponcios, ajorco á los hombres y embargo á las mujeres, y espanzurro á los dos micos; ea, á ver si tenemos vergüenza y acabamos, que yo estoy epriosa.

Se estableció como por encanto un profundo silencio. El tío Patiño dejó de gimotear; las gitanillas, de dar alaridos; los gitanos, de maldecir.

Hasta los chiquillos se callaron.

La odiosa fuerza de la tiranía producía sus efectos.

En cuanto á los dos mozos de doña Ana, veían, oían y callaban.

Pero era de ver las caras que tenían todos.

Coscorrone era para ellos lo que para sus huestes bárbaras fueron Alarico y Atila.

Cuando se hubo establecido el silen-

cio, Coscorrone tosió hueco, resopló y dijo:

—Vosotros, chavositos, os vais á largar de esta tierra de Córdoba, y á callar mucho de lo que ha pasao, que á naide le importa ni á vosotros tampoco, y á vivir tropa, y quedáos con Dios, y que no tenga yo un día que aparecerme y cortaros el pescuezo; con que mucho ojo, y hasta que golvamos á encontrarnos, que yo quiero que sea en paz.

—Que Dios se lo pague á su mercé— dijeron en coro todos los gitanos.

Coscorrone no les contestó.

Había montado á caballo, y haciendo una seña á los dos mozos de doña Ana, que montaron y le siguieron, arrancó, y se perdió á poco, seguido de ellos, entre los breñales.

Los gitanos se quedaron pavorizados como si hubiesen despertado por la sensación del horror de una pesadilla infernal y todavía la sintiesen.

Temblaban de los pies á la cabeza los desdichados.

Las dos gitanas estaban pálidas como muertas, llorosas, desaliñadas, desgredadas, desceñidas y hermosas, con una hermosura excepcional.

Y es que las opulentas flores silvestres, cuando ha pasado sobre ellas la tempestad, parecen con su desfallecimiento mucho más hermosas que cuando las acarician las frescas auras de la mañana.

LXVII

Mientras sonaron las herraduras sobre los peñascales, aquella pequeña kábila permaneció inmóvil, doblegada, aterrada.

Pero cuando nada se oyó, todos se pusieron en movimiento.

Ellos y ellas arremetieron al viejo para levantarlo, y él se levantó por sí mismo.

—¡Ay!, chavalitos—exclamó el agüelo—, que estos son trabajos que Ondivel nos echa á esportás sobre la chichí (cabeza) á los probes que no hemos nacido más que para ser arrastraos; pero yo sus digo que too se puede dar por bien empleado, porque, malditas sean las que me gruñen, si yo no sus pongo ricos con la tela que se ha venío sin buscarla... y sonsi vela que el gachón diquela, y vamos á ver si el Galán puede conmigo, que sí podrá, porque yo no peso dos pitoches, y vamos pirando todo lo ligero que podamos á ver si llegamos á la tardecita á la majada del Blanquillo, que allí ya no hay cudiao.

Las dos gitanas arreglaron cuanto les fué posible el aparejo del asno para que el agüelo fuese más cómodo, y los dos gitanos le izaron y le montaron, quedándose uno á la derecha y otro á la izquierda para sostenerle.

—Pus no—dijo el Paquiro—; el trompis que ése me ha endiñao, que me ha reventao los morros, me lo ha de pagar con los réditos.

—¡Pues la puntera que á mí me ha arrimaol—dijo Goliche.

—Dejad, hijos; dejad—dijo el agüelo—, que antoavía no he perdío yo las esperanzas de verlos bailar en el aire á ellos y á sus amos; que si los amos no fueran tan perversos, no serían los mozos tan arrancaos; y vamos anduviendo y á achantar el mirlo (á callar), que tóo se andará, si Ondivel quiere y la vara no se rompe.

Salió el burro cojeando, aguijado por las varas puntiagudas que Paquiro y Goliche le metían á cada momento entre el aparejo y el lomo.

Seguían Milagritos y Azucenilla con sus churumbelos sobre las caderas, y después el perro, siempre cabizbajo y

pensativo. En aquel lugar no quedó más vestigio de lo que había sucedido que algunas grandes manchas rojo-negras que la sangre del agüelo había hecho sobre las pizarras.

LXVIII

Cuando Coscorrones se encontró con los dos mozos de doña Ana en un barranquillo, refrenó el caballo.

Ellos hicieron lo mismo.

Echaron pie á tierra.

—Ahora vamos á hablar nosotros—dijo Coscorrones—; pero de priesa, que no hay tiempo; ¿sabiais vosotros lo del secuestro?

—¡Pues vayal—dijo Goliche.

—En esto se ha visto comprometia la señora—dijo Chirlata.

—Vosotros sois unos panolis—dijo Coscorrones—; cuando se tienen secretos de los amos, se aprovechan.

—Es que...—dijo Narices.

—Que sois unos pobres—dijo con desprecio Coscorrones.—En fin, ¿queréis vosotros que yo haga el negocio? Os digo que va á chorrear mucha plata.

—Pues si por mí no llueve, agua Dios—dijo Chirlata, al que se le habían encandilao los ojos.

—Haz lo que quieras—dijo Narices.

—Pues no hay más por ahora, sino guardar mucho silencio—dijo Coscorrones—, que tiempo queda, y hay que pensar en la cosa para madurarla; conque, como si tal cosa, gachós.

—¿Y el gitano, que nos dijo el alcalde que le llevásemos á la cueva?—dijo Chirlata.

—Pus nada, le decís que le tuvisteis que pegar un tiro, y que le habéis dejado tapado con piedras en el barranquillo.

—¿Y si nos dice que por qué lo despachamos?—dijo Narices.

—¿No íbais á despacharlo cuando llegué yo?

—Sí; se hacia el remolón—dijo Chirlata.

—Pues por eso—dijo Coscorrones—: figuráos que no he venido yo, y que le habéis mulabao.

—Güeno, no se hable más—dijo Chirlata—: pero si el gitano parece vivo...

—Yo os aseguro que los chavós no güelven por esta tierra—dijo Coscorrones.

—¿Saben lo del secuestro?—exclamó Chirlata.

—Yo sé lo que tengo que hacerme—replicó con acento imperativo Coscorrones.

—Pues entonces, andando, y salga lo que salgare—dijo Narices.

—Esta noche al castillo—dijo Coscorrones—, que allí hablaremos sin que nos siga naide.

—Pues hasta la noche.

—¿A las Ánimas?

—¡A las Ánimas!

—Ea—añadió Coscorrones—, ahora vosotros al cortijo de las Ánimas, donde está vuestra ama, y yo al pueblo.

Y montando, picó, partió y se perdió.

—En buena estamos metidos—dijo Chirlata á Narices.

—En peores nos hemos visto—dijo éste—, y todavía lo gastamos.

—Tanto va el cántaro á la fuente...

—Que te se quite á ti; lo que fué el otro día, será el día que venga: deja tú á Coscorrones, que me parece que vamos á hacer buen negocio.

Y continuando su conversación, los dos mozos de doña Ana siguieron hacia el cortijo.

LXIX

Coscorrones por los atajos y apretando al caballo llegó en pocos minutos al pueblo.

—Pero no entró en él. Llegó á la casa de su amo por el portalón que daba al campo, y atravesando la huerta.

Le importaba no ser visto.

Dejó el caballo en la cuadra, se quitó la espuela vaquera, y se metió en la gran cocina, donde sentada á la chimenea encontró á su señorita.

La Preciosa estaba muy pálida y con el bello semblante ensombrecido:

Tenia el pensamiento lleno del recuerdo de Juan, y no se defendía.

Aquel recuerdo la hacía sentir una fruición deliciosa, incomprensible, que no había sentido jamás y que la transportaba.

Sentía el alma amor y no lo conocía.

Pero sentía al mismo tiempo un terror frío, pesado.

Como si hubiese tenido el presentimiento de una gran desventura.

Esto es lo que ensombrecía su semblante.

Preciosa estaba sola.

No sintió la llegada de Coscorrones:

Tan abstraída estaba.

Coscorrones se detuvo á una respetuosa distancia.

Posó una mirada hambrienta en la joven.

Una mirada formidable.

Se sentía en aquella mirada la decisión á todo lo horrible, á todo lo formidable, si era necesario.

—Veremos si yo te tengo ó no te tengo—dijo para sí Coscorrones.

Y su mirada se condensó más y más.

Como si el flúido de aquella mirada hubiera atraído á la Preciosa, volvió la cabeza y vió á Coscorrones.

Sorprendió la mirada candente y repugnante de éste y se irritó:

—¿Qué haces ahí?—dijo.—¿Quién te ha llamado?

La mirada de Coscorrones se apagó.

—Es que he dejado en seguridad al amo en el cortijo de las Animas—dijo Coscorrones sonriendo de una manera estúpida—, y tenía que volverme para llegar antes que el amo.

—Bueno, bien, vete—dijo la Preciosa.

Coscorrones salió de la cocina, murmurando:

—¡Puede ser que dentro de poco no me hables con tal depotismo!

La Preciosa volvió á sumirse en sus meditaciones.

LXX

Un cuarto de hora después llegó su padre.

Al verle, la Preciosa, que había salido cariñosamente á su encuentro, se inmutó.

En el semblante, en la mirada, en la contracción de la boca del señor Pardales, aparecía algo que representaba sed de exterminio.

—Diga usted, señora—rugió el albéitar con voz trémula de ira—; ¿es verdad que esta mañana ha ido usted á los Herumblares?

La Preciosa se puso pálida, pero no tembló.

—Eso se lo ha dicho á usted el Escarabajo, que es un mal ladrón cobarde—dijo con acento tranquilo y firme.

—¿Pero usted ha ido?

—Sí, señor—contestó con la misma firmeza la Preciosa.

—¿Y por qué ha ido usted?—añadió Pardales más y más amenazador.

—Para despedir á Gilito.

—¿Y usted qué tenía que despedir á nadie?—añadió acreciendo su amenaza Pardales.

—Si yo hubiera sabido que Gilito era un canalla, no le hubiera acompañado.

—Usted ha dado lugar á que me digan á mí en mis narices que usted es una coqueta; que usted se compromete.

—¡Miente quien lo diga!—exclamó con firmeza Preciosa.

—¡Que miento yo!—exclamó verde de cólera el albéitar.

—No, no; yo no he dicho eso; usted es mi padre y le respeto; quien miente con toda su alma, y ha debido usted rompersela, es el Escarabajo.

—¡Romper el alma!—exclamó el señor Pardales ya en el colmo del furor—; pues la tuya la primera, para que acabes de deshonorarme.

Y echó mano á una de las pistolas de su cintura.

La Preciosa dió un grito y escapó.

Pardales giró en dirección de ella, y apuntó.

Pero como si Dios le hubiese dado un calambre en el brazo, el pistoleta se le cayó de la mano.

Luego con ambas se cubrió el rostro.

Estaba horrorizado de sí mismo.

Creía que un poder superior le había desarmado en el momento en que, loco de furor, se había llenado el ojo sanguiinario de su hija.

Sobrevino una reacción formidable, y cayó sobre una de las sillas de la cocina.

Entretanto, la Preciosa había llegado á la casa de doña Ana, volando como una golondrina espantada.

Había dado dos grandes aldabadas á la puerta.

La puerta se abrió á poco.

La Preciosa subió volando también las escaleras, se lanzó en el gabinete de doña Ana, y le dijo:

—Ese maldecido de Escarabajo me ha indispuerto con mi padre, que me quiere

matar, y yo vengo á ampararme de usted.

—No te matará tu padre, hija mía— exclamó doña Ana—, yo te lo aseguro; yo estoy aquí en el lugar de tu madre para defenderte.

LXXI

Conocían los gitanos la tierra á palmos mucho mejor que los bandidos, los contrabandistas y la Guardia civil.

Se llevaban como robado al agüelo; y no se les salía del cuerpo el miedo que tenían por él.

Sabían lo que era el alcalde-albéitar de Casares de la Sierra.

El tío Fatiño tenía un secreto suyo, y había que temerlo todo, hasta lo imposible.

Los caciques de Andalucía son formidables.

Tenían los gitanos por un milagro patente de su madrina la Santísima Virgen del Carmelo, el que los mozos de doña Ana no hubiesen dado fin del agüelo, y que sobreviniendo Coscorrónes hubiese de una manera extraña contribuido á que se completase el milagro.

Bajaron al mimbral, al que en aquella mañana habían ido, en mal hora, á proveerse de materia de obra para su cestería, atravesaron el riachuelo, que aún iba crecido, lo que les causó una nueva fatiga, porque la corriente se llevaba al burro, y fué necesario tomar en brazos al perro, que iba tan extenuado que no podía con su alma (que tienen alma los perros, aunque no tan completa como el alma racional, está demostrado, ó por lo menos un espíritu que se parece al alma, de donde el hombre ha llamado al perro su compañero y su amigo, no atreviéndose á llamarlo su hermano, cuando un

célebre filósofo se ha atrevido á decir que el hombre descende del mono, y se ha quedado tan ancho); en fin, y volvamos á los gitanos, arremetiendo todos, cuál al agüelo, cuál al asno, cuál al perro, y haciendo cadena, ó más bien grupo, y arremangadas ellas las faldas, lograron superar la corriente con el agua hasta las corvas, y salir á puerto de salvación á un arenal, en que, como avanzadas de un ejército, se alzaban acá y allá algunos altísimos, añosos, gentiles y pintorescos pinos, con sus brazos rectos levantados al cielo, múltiples, constituyendo como un bizarro conjunto de cúpula con sus copas, que formaban en cada árbol una pequeña selva.

Más allá se cerraba en masa, verdinegro y sombrío, el espeso pinar, que en una decoración romancesca guardaba aún el efecto que debieron inspirar á los hombres del siglo xii las altas pilastras y las atrevidas ojivas de la catedral gótica.

Nada más indudable sobre la procedencia del gótico.

Meteos en uno de esos pinares cerrados, y á poco que seais arqueólogos, lo comprenderéis.

Os encontrareis en un interminable templo que, obra del sublime Arquitecto del universo, ó de Dios, como decimos los cristianos, supera en magnificencias, en belleza, en misticismo, en contraste de luz y de sombra, á la obra de piedra y cristal de los hombres.

Cuando el sol descende al Occidente, el cielo en fuego, en rosa, en verde azul, en amaranto, en cromo, dejándose ver en lo alto por los intersticios de las copas, produce un efecto á que no alcanzan las suntuosas vidrieras esmaltadas, y aquella luz, rimada, por decirlo así armoniosa, melódica, si se nos permite esta calificación, cayendo de lo alto, produciendo proyecciones luminosas que ningún pincel puede reproducir, inunda de

una dulce y piadosa melancolía el recinto sagrado, hace parecer una riquísima alfombra moteada al césped gris, tachonado de belloritas y flores humildes de mil colores, finge una multitud recogida en la oración, con las agrupaciones caprichosas de las malezas, que brotan en el mágico desaliño de la naturaleza en la parte baja, y predisponen el espíritu al sentimiento religioso y al conocimiento de Dios.

Y como al lado del sumo bien vive y palpita el sumo mal, allí el escéptico á quien nada conmueve y el hombre de sentimiento práctico que se sobrepone al idealismo, sienten allí también el bandido sanguinario, y con más seguridad el lobo carnívoro y hambriento.

LXXII

Para nuestra pequeña y miserable tribu aquello era un edén, aunque más de lo justo frío, á causa del viento helado que volaba silbando en los troncos y produciendo una especie de salmodia grave y monótona, pero grandiosa, en aquel océano de copas; el perro era cuidadoso, muy sentido, de unos grandes vientos, y él avisaría la proximidad de toda persona ó animal á gran distancia, con tiempo para preservarse de un peligro.

Por esto, á pesar del frío, que era muy vivo, una vez internados en el pinar aquellos desdichados, se creyeron en la gloria.

A todo evento, y por si sobrevenia alguna alimaña brava, Paquiro y Galiche cortaron con sus cuchillos cuatro guías secas, espinosas y duras, en las malezas, y así ellos dos y las dos gitanas se vieron armados de tremendos garrotes.

LXXIII

El pinar era terriblemente accidentado.

Tan pronto superaba un áspero terreno y descendía, como se atajaba por un profundo barranco ó por una peña enorme que había necesidad de remontar ó de rodear.

El trayecto de legua y media del pinar en línea recta, se duplicaba á causa de los zig-zag que era necesario describir á cada paso.

El agüelo había caído en una gran posición.

Una ardiente fiebre se había apoderado de él, sobreponiéndose á la fuerza de su espíritu.

A fuerza de puños lo mantenían, relevándose los gitanos y las gitanas, sobre el asno, que no iba tampoco el pobre muy campante.

En cuanto al perro, más que andaba se arrastraba el desgraciado.

Indistintamente, las súplicas á Ondivel y á la Virgen sucedían á las maldiciones más marcadas de todas las terribles que pudieran suponerse, porque para la inspiración maldiciente, los gitanos.

Temían que el agüelo no tuviese espíritus para llegar á la majada.

El pobre Galán pagaba la costa.

Se le obligaba á hacer milagros de resistencia.

En fin, cuando la sombra empezaba á hacerse densa en la parte baja del pinar, cuando allá arriba empezaba á hacerse pálida la luz brillante y matizada de la puesta del sol, salieron de la espesura.

Aumentó la luz.

Las distantes sierras, al Occidente, aparecían como coronadas por un largo incendio, con las brillantes ráfagas de fuego y los tonos irisados de la tarde.

Una hermorra, aunque pequeña vega, aparecía al pie de la cuesta, en la cual algunos pinos diseminados venían á ser como otra gran avanzada del pinar; dos altas sierras costeaban la vega, y allá en el horizonte, dibujándose sobre el azul cobalto de otras sierras, que á su vez se recortaban sobre un fondo de fuego, se veía la silueta de un pueblo; más allá, mucho más allá, casi perdida en la bruma, hacia el Norte, se veía la sierra de Córdoba: la de las Ermitas.

LXXIV

Si hubiera tenido que llegar hasta aquel distante pueblo, la empresa hubiera sido ardua.

El tío Patiño se agravaba más y más. Había empezado á desvariar.

Los gitanos tenían el estómago frío y el alma no sabían dónde.

Se ajogaban.

Los ruegos á Dios y las imprecaciones al diablo habían llegado á lo inconmensurable.

Los churumbeles, tiritando de frío, agarrotados, y á más de esto hambrientos porque desde el almuerzo habían pasado muchas horas, y los restos del can devorado, que preciosamente se habían guardado con algunos mendrugos de pan, se habían perdido con las alforjas, que además contenían la bota vacía, con tanta y tanta trabacuenta como le había sobrevenido á la familia.

El can, ya despeado, entelerido, no había podido tirar más de sus patas y se había quedado rezagado en el pinar, sin que sus dueños, preocupados por otros cuidados más graves, le hubieran echado de menos.

LXXV

Pero, afortunadamente, al pie de una cuesta, en los comienzos de una opulenta pradera, aparecían los sotechados y la casa rústica, coqueta, blanqueada hasta las tejas y rodeada de álamos gentiles, aunque deshojados, de la majada del Blanquillo.

Consolaba con una dulce esperanza de refrigerarse por el calor y por el alimento, el humo negro y espeso que salía por la alta chimenea y que el viento tendía como un penacho.

El Blanquillo, dueño de la majada y del prado, y de los extensos olivares circunvecinos, y de la almazara que se veía allí á lo lejos, á la orilla del riachuelo, era un hombre de mu güenos sentimientos y mu campechano, y que estimaba mucho al tío Patiño porque éste le esquilaba mu bien el ganado, y sacaba mejor que otros los vellones, sin morderle nunca con las tijeras á ningún animalito, y dimpués porque en el chalaneo, comprándole y vendiéndole bestias, en otros tiempos en que el tío Patiño era más persona, porque tenía un capitalejo para meterse en tratos, le había dado mucho que ganar: de modo que el Blanquillo le estaba mu agradesío al tío Patiño, y cuando éste, de cuando en cuando, pasaba por allí con sus fatigas y su familia, que eran una misma cosa, les daban á todos e jañipea y e privá jasta jartarse y alegrarse, no los dejaban dir sin un güen mandao de tocino, de queso y de longaniza, y una bota de buen vino añejo, y dos ó tres doblones pa remediá una temporaíta á sus gitanillas, sin contar conque para éstas tenía siempre la señá Catalina alguna ropita vieja pa los chorrés, que les venía mu bien á los probes angelitos.

LXXVI

No hay para qué encarecer con cuánta ansiosa alegría verían nuestros aporreados aquel puerto de salvación.

Se les ensanchó el alma.

Se les quitó el frío.

Se les figuró que ya habían comido.

Que habían descansado.

Que el agüelo se había puesto güeno.

LXXVII

De improviso se crisparon.

Habían oído detrás de sí sonidos vigorosos de herraduras sobre el pedregoso camino.

La idea de la Guardia civil se les vino á las mientes antes de que sus ojos pudiesen decirles quiénes eran los jinetes, las herraduras de cuyos caballos habían sentido detrás de sí.

Se volvieron sobrecogidos.

Inmediatamente, al mutismo del terror sucedió un grito de alegría.

Los jinetes eran on Tomás, esto es, el Blanquillo; y su hijo, el señó Colasito.

Montaban dos fuertes caballos, alazán tostado el uno, tordo flor de lino el otro, y sobre éste el señó Colasito traía terciado en la parte anterior del aparejo al Pichichi, que parecía tan lacio y tan en las últimas como el tío Patiño.

—Bendita sea mi madre y la de Dios, que ar fin le poemas jechar los clisos á su mercé, on Tomá—dijo Azucenilla, que se dirigió hacia el jinete y se abrazó á su rodilla derecha y se la besó—; ¡ay, señor, que no sabe su mercé cuántas esdichas mus an llovío hoy ensimal! Aí está ese mártir del agüelo, que se está muriendo el provecito de maljerío.

Y Milagritos, que había acudido también hacia el dúo y el Paquiro y Goliche, que no podían dejar al tío Patiño, para que no se cayera del asno, ayudaban á voces á las manifestaciones ruidosas de una alegría y de una gratitud exorbitantes.

—¿Pero qué es esto? ¿Qué le pasa al tío Patiño?—dijo on Tomás, que era un buen mozo ya de cuarenta y cinco años, espíritu de lo andaluz y de lo ternejal donde los había—pus si no me encuentro yo en el pinar al Pichichi, atasajao, como si se hubiese muerto, no güelvo, porque yo me iba con mi Colasito á Morón á comprar unas cuantas cabezas, pero yo me ije: cuando er Pichichi está aquí, no anda mu lejos el tío Patiño, que no puee haber venio sinos buscándome; y cuando er can está tan maltratao, argo gordo le pasa al agüelo y á sus chorrés, y por eso me he güelto, que sinos os hubiéseis encontrao solos con los pastores; conque andando, y á ver de cuidiar al tío Patiño y demás familia.

Se pusieron de nuevo en marcha para la majada.

LXXVIII

El señó Colasito había echado pie á tierra, y llevando de la mano el alazán, sobre el cual se mantenía atravesado el señó Pichichi, se había puesto al lado de Milagritos:

—Oye tú, criatura—la dijo—: ¿hace mucho tiempo que no has visto tú á tu prima Consuelo?

—Caye su mersé—dijo Milagros—que la Consuelito está allí con su señó padre en er potro de Córdoba jecha una surtana, y no se trata con los probes.

—Ya salistes tú con tu cansión, Colasillo—dijo on Tomás—¿pus no sabes tú

que los de la arate flamenca (sangre gitana), creen que si se meten con los de sangre castellana y se romundiñan (se casan) con ellas, se los van á llevar los mengues?

—De moo y manera que ar que bien quiere bien le cuesta, señó—dijo Azucenilla—; y si el señó Colasito cumpliese con las formaliaes que e menester...

—Como si echára peernales en la oya—dijo Milagritos—; pus sin tormenta que tiene metía en la caeza su prima; ise que á eya no la ha meresío entoavía naide, que naide la mereserá en toos los días e la vía, y que se va á quear pa vestir di-mágenes mejó que emprearse ma.

—Esa se va á arrastrá etrás é mí como una culerba—dijo lleno de vanidad ofendida el señor Colasito.

—Punto en boca—dijo on Tomás—; que si Consuelo no te quisiera á ti, yo no la querría á eya, y patas; y vamos anduviendo y á llegar pronto, que dimpués dé too, no está er tiempo ni son las circunstancias pa esas conversaciones.

Y en el padre había más soberbia aún que en el hijo.

Los pobres gitanos oían y callaban.

Pero sufrían como todo aquel que se siente despreciado en su raza, y es débil y se ve obligado á callar.

Poco después, la gran cocina de la casa de la majada prestaba el calor de su hogar y el apetitoso olor del cochi-frito que se guisaba en una gran caldera y se metía al tío Patiño en una buena cama.

No hay dulzura que no tenga su amargura.

Sin el estado grave en que se encontraba el agüelo y sin la desgraciada cuestión del enamoramiento del señor Colasito por la hermosa Consuelo, la familia gitana se habría considerado en aquellos momentos completamente feliz.

LXXIX

Como hemos visto anteriormente, la Preciosa, amenazada á muerte por su padre, se había amparado de doña Ana.

Esta, que tenía muy buen natural cuando no se trataba de la avaricia, de la soberbia ó del amor, había acogido con toda su alma á la pobre niña, que estaba pálida como una muerta y temblaba como una azogada.

Le tenía un miedo mortal á su padre, porque cuando se cegaba de cólera, y no era necesario mucho motivo para ello, se convertía en una bestia exterminadora, brava, carnívora.

En diez leguas á la redonda le temblaba todo el mundo.

Carmen no se creía segura bajo la protección de doña Ana.

Había visto con una certidumbre completa la muerte en los ojos de su padre.

Temía á cada momento que, arrollando todos los obstáculos, se presentase airado y la exterminase.

Y para la Preciosa se habia hecho mucho más preciosa la vida desde que amaba.

A pesar de su terror, no se apartaba Juan de su pensamiento.

Un poderoso instinto la decía que no podía tener un protector más poderoso que él.

¿Y qué mujer enamorada no tiene una fé ciega en el hombre de su amor?

LXXX

Ya hemos dicho que la casa de doña Ana era un viejo palacio, un solar de magnates, que en otro tiempo habían sido los reyes de hecho de la comarca, y que sus largas galerías y sus anchos salones estaban pavimentados de mármol.

Por la misma extensión de la casa, no estaban esteradas más que las habitaciones en que se vivía.

Las otras piezas, vacías ó de tránsito, estaban completamente desnudas, tanto de esteras como de muebles.

Esto las hacía perfectamente sonoras.

Un eco escondido en cada ángulo, hacía resonar las más leves pisadas.

Para llegar al cuarto de doña Ana, cuyos grandes balcones daban á la huerta, era necesario recorrer una larga galería.

De improviso sobre las losas de aquella galería resonaron rápidas y fuertes pisadas.

Se comprendía, por esa expresión peculiar que tienen todos los sonidos, que la persona que producía aquellas pisadas, por decirlo así, nerviosas, venía poderosamente agitada.

Carmen supuso á su padre, que venía á buscarla.

A matarla, á pesar de la protección de doña Ana.

Se sobrecogió, y se quedó inmóvil, representando la estatua del terror, vuelta á la puerta por donde debía entrar en el aposento la persona que se acercaba.

Una atonía de angustia aparecía en los hermosísimos ojos de la Preciosa.

Se alzaba y se deprimía su seno como si, alborotado con con una violencia extrema, su corazón hubiera querido escaparse.

LXXXI

—¿Pero por qué tienes ese miedo?— le dijo doña Ana —¿cres tú que yo no tengo poder y voluntad para ampararte?

En aquel momento apareció en la puerta la persona que venía.

Era Juan.

Al verle la Preciosa, lanzó un grito

que parecía arrancado de sus entrañas.

Extendió hacia Juan los brazos.

Se lanzó hacia él.

Pero antes de tocarle, se acongojó combatida por una tal sucesión de violentas impresiones; la acometió un vértigo, perdió el sentido, y hubiera ido al suelo, á no ser porque Juan, que también se había adelantado hacia ella, la sostuvo en sus brazos.

Aquello había sido lo que en el lenguaje escénico se llama un golpe de teatro.

Aquel golpe había ido de rechazo, y con una fuerza incontrastable, á herir en la cabeza y en el corazón á doña Ana.

Había comprendido, por una de esas intuiciones que no se explican, por una especie de adivinación, que Juan y Carmen se amaban.

Doña Ana ignoraba que se conocían.

Aunque se hubieran visto y se hubieran hablado, no podía comprenderse un amor tal en tan poco tiempo.

Esto salía completamente de la esfera de lo común, para colocarse en la de lo excepcional.

Generalmente lo excepcional no se comprende, de donde en su mayor parte los errores de la humanidad.

¡Si se comprendiera que no hay nada, por común que sea, en que no haya una excepción determinantel

¡Ah, los filósofos, los psicólogos, y qué atrasados están todavía!

¿Es que no saben leer en el gran libro de la vida, abierto siempre para todos los que tienen ojos que ven?

LXXXII

Doña Ana sintió una emoción formidable; comprendió lo que aún no había comprendido bien, aunque lo había sen-

tido. Que todas las aspiraciones de su vida se habían refundido en su primo.

¿Por qué? ¿Qué tenía para ella aquel hombre?

No se lo explicaba, no quería explicárselo, ni necesitaba explicarlo.

Aquello era un hecho consumado.

Un número incalculable de influencias que hacían de él, hacía para ella un ser excepcionalmente poderoso de Juan.

Su corazón y la soberbia, todo su ser extraordinario y terrible se habían sublevado.

Habían cambiado bruscamente sus disposiciones respecto á la Preciosa.

Esta tenía ya en doña Ana un enemigo á muerte.

Dotada, sin embargo, de una formidable fuerza de voluntad, resistió la violencia del choque, y tuvo tiempo para rehacerse y ocultar la expresión de lo que sentía, favorecida por la influencia que ejercía sobre Juan la Preciosa.

El no sentía entonces nada más que ella.

La veía pálida, inmóvil, traspuesta, abandonada en sus brazos y temiéndolo todo, una ansiedad mortal apareció en su semblante y en la expresión de su mirada.

LXXXIII

Doña Ana acudió á Preciosa y la tomó de los brazos de Juan.

Al mismo tiempo llamó á sus criadas.

La Preciosa fué puesta en el mismo lecho de doña Ana, desajustada, socorrida.

Se llamó al médico.

Éste puso mala cara.

El estado de Carmen no era, en manera alguna, peligroso.

Había en ella mucha juventud, mucha salud, mucha vida.

Aquello no era más que un síncope causado por el terror que le había hecho sentir la cólera de su padre.

Pero al galeno le convenía exagerar la gravedad de la situación, á fin de que se estimasen en más los poderosos recursos de la ciencia.

Pesando en esto, fué un milagro que no pidiese inmediatamente para la enferma la extremaunción.

Toda profesión tiene su farsa y su modus vivendi.

En vista de la gravedad del accidente, asegurada con un grande aplomo por el facultativo, se llamó al albéitar.

El criado de doña Ana le encontró en la cocina, agobiado, aturdido, dominado por el horror de sí mismo, á causa de la intención de muerte que había sentido contra su hija.

No hay violento, no hay malvado, no hay sanguinario feroz, capaz de todo, que no tenga corazón y amor para algo ó para alguien.

El alcalde tenía todo su corazón exuberante y apasionado para la Preciosa.

Si practicaba el crimen para aumentar su hacienda, era por su hija.

De donde se saca, en consecuencia, de que para que haya de todo en este mundo, hay monstruos sensibles.

Es decir, que lo paradójico es lo más natural del mundo.

El albéitar saltó de su silla en cuanto el criado de doña Ana le dió sin preparación de ningún género la noticia.

—¡Maldito sea yo y la hora en que nací!—exclamó aquel hombre con toda la violencia de su carácter terrible.

Y rehaciéndose por aquella violenta sacudida del sentimiento, escapó á la casa de doña Ana, y llegó hasta el lecho de ésta en que la Preciosa empezaba á reponerse.

El médico permanecía allí como si



se hubiera tratado de una situación extrema.

Juan estaba junto al lecho, pálido y convulso, devorando ansioso con su mirada inmensa el bello semblante de la Preciosa, en que empezaba á aparecer de nuevo el color límpido y sonrosado.

Esto era un indicio de fiebre para el médico.

El albéitar examinó á su hija.

—¡Bah!—exclamó—la culpa me la tengo yo de creer lo que usted dice, don Mateo; ó es usted tonto ó cree que los demás lo son; ni siquiera tiene calentura la chica, gracias á Dios, ni hace falta para nada esa receta que usted ha puesto.

El médico se sulfuro.

Se puso pajizo, verde, lívido, de todos colores, pero se contuvo; le tenía un miedo horrible al albéitar.

No se atrevió á decir más que estas palabras entrecortadas:

—Ya veo que no soy necesario; que ustedes lo pasen bien.

Y se fué.

LXXXIV

Busquemos á nuestros gitanos, á quienes hemos dejado con on Tomás y con el señó Colasito en la majada.

Cayó la tarde, sobrevinieron las sombras, cerró la noche.

Importaba muy poco el viento helado que tumbaba entre los pinos, que se tendía en largas ráfagas sonoras sobre las colinas, que se entregaba silbando por el cañón de la chimenea y hacía agitarse en espiral la alegre llama del hogar, alimentada con grandes trozos de olivo y con esqueletos de piñas.

Un gran candilón, cuya luz no era ne-

cesaria, porque alumbraba demasíadamente la alegre fogata de la chimenea, pendía de la campana de ésta.

La gran caldera de cochifrito, acabado de condimentar con su salsa de ajo y pimentón, estaba á un lado.

Las mozas que en la casa de la majada había para servir al amo y al señorito cuando iban por allí, que era con mucha frecuencia, habían puesto la mesa en medio de la misma cocina, y sobre esta mesa, además del servicio, que era de plata, cristal y loza de la Cartuja de Sevilla, había un gran velón de los de Lucena, cuyos cuatro mecheros estaban dispuestos para encenderse cuando á la mesa se sentasen los amos y sus convidados.

Porque on Tomás y su vástago el señó Colasito eran muy llanos, muy campechanotes, y no les importaba nada el tener por comensales á gitanos, contrabandistas ó ladrones.

On Tomás decía que por tratarse él con toda clase de gentes y aun de gentuzas no se le había caído ninguna vengra, y que además los que viven de la labor de la ganadería y del trato en medio del campo, necesitan estar bien con todo el mundo.

En las hornillas hervía una excelente sopa de ajos para servirla con huevos, y las mozas despedaban un jamón para freirle mientras el cochifrito se comía.

El tío Sustancia, que así se llamaba el mayoral de la majada, había subido de la bodega con dos pastores, provisto cada uno de un enorme cántaro lleno de vino.

Tenían, pues, á la vista y á las narices, y á la buena disposición de su estómago, los chavoritos, un gaudeamus excepcional.

No embargante esto, los dos chorrés, que por lo mimados eran superiormente voluntariosos, no se habían conformado con esperar y había sido necesario proveerlos de pan y queso, en los cuales

hincaban el diente con una devoción que era una maravilla.

En cuanto á la gente mayor, hacían boca pasándose los unos á los otros sin interrupción, de los amos á los gitanos, de los gitanos á las mozas y de éstas al mayoral y á cuatro pastores, una gran bota provista de un añejo de Montilla que se acordaba del Gran Capitán.

LXXXV

Aún no había llegado el momento de sentarse á la mesa y ya todos estaban piripis, ellas y ellos, y hasta los churumbelos, á quienes sus madres les hacían besar la bota cuando llegaba á sus manos.

El señó Colasito descolgó una gran guitarra que uno de los pastores, que era gran tocaor, tenía siempre á mano colgada de la pared, con su moña de raso azul y blanco y encarnado con lentejuelas, regalo de su novia; la templó y se la dió á Milagritos, que se puso á tocar y á cantar como una señora un zapateado, y en cuanto lo oyó la Azucenilla, que era una de las zapateadoras de más nombre-día de toa la gente flamenca de la tierra de María Santísima, le pidió á una moza los zapatos prestados, porque los suyos eran nulos para sonar como era debido, y cuándo estuvo armada saltó sobre la mesa de la cocina (no nos equivoquemos con la que estaba servida para cenar), que no era muy alta y ancha y larga y recia, que servía perfectamente de tablado, y empezó un zapateo por lo fino, que ya si alguna pena había se fué al infierno; y como la moza era de mistó y tenía andalucillos los pies, que eran un primor, y la pierna fina en la garganta y mórbida que marcaba en los tercios; y la saya de percal era corta; y como los bra-

zos desnudos era una delicia y se movían acariciadores y graciosos, que no parecía sino que querían abrazar á todo el mundo, y como el gracioso meneo de la cabeza, alzando y levantando el semblante, y dejando ver un verdadero fuego, y una sonrisa de perdición que mostraba dientes que ponían en gana de ser devorado, y la garganta voluptuosa con su collar de oropel y sus medallas se descubría y se ocultaba, y en tanto el seno se la agitaba y el cuerpo se la cimbraba que no parecía sino que iba á romperse por la cintura, ellos saltaban de las sillas y echaban mano á la bota para consolarse, porque para pasar tragos, un trago, y ellas, las mozas, aunque eran barbianas las dos, y no desgraciadas en amores, se recomían los labios de envidia de ver que ellas no tenían en el cuerpo un diablo igual al que se aposentaba en Azucenilla.

Cantaban todos á la vez, sin exceptuar á don Tomás, que tenía la voz carrasqueña y como de becerro; pero también la gran vanidad de que ni en el universo mundo ni en el cielo, ni en el infierno había otra voz como la suya, en lo cual no mentía, pero se descaminaba, tomándolo al revés de como ello era en sí; y el señor Colasito, acompañado de las castañuelas de las mozas, repiqueteaba un pandero, y cuando le llegaba su turno soltaba una copla por todo lo alto.

LXXXVI

Este jolgorio hubiera sido inicuo por parte de los gitanos y cruel por parte de los otros si el agüelo hubiera estado de peligro; pero sobre ser los gitanos curanderos con más práctica y con más ojo médico que todos los de las facultades de Madrid, de Montpellier, de París y

aun de Oxford juntas, el mayoral de la majada era un prodigio en la curandería, de tal manera, que por el olor, el color, la lucidez ó el empañamiento de los ojos, ó por otros síntomas exteriores de una persona que se creía completamente buena, sacaba que iba á enfermar, y cuándo, y de qué dolencia, y sobrevenida ésta, si había de morirse ó no; lo que quiere decir que era un portentoso fisiólogo por virtud propia, porque no sabía leer ni escribir ni había oído á ningún médico; así era que, por esta pasmosa ciencia intuitiva, á muchas personas las había curado antes de que la enfermedad apareciese; y á muchos que, creyéndose en plena y cabal salud, se habían burlado de sus pronósticos, les había sobrevenido lo que él les había pronosticado; y lo más aturdente y que hacía creer á muchos que tenía hecho pacto con el diablo, especialmente al cura, que había querido exorcisarle, era que predecía que tal día y á tal hora sobrevendría una tormenta y dejaría una peste de viruelas, ó de sarampión, ó de tercianas, ó de cualquiera otra enfermedad; y como lo había dicho, acontecía.

Este asombro, pues, de ciencia innata había declarado que lo de la cabeza del tío Patiño era una descalabradura sin consecuencias y que lo de los pies habría pasado completamente al otro día con un bálsamo que él pondría al tío Patiño antes de acostarse, y que no había inconveniente en que se armase un jaleo, sino que más bien convendría, porque al agüelo le habían puesto el apodo de tío Sones, porque en oyendo él una guitarra, unas castañuelas y un cante con buen estilo, se le alegraban las pajarillas y se le pasaban todas las penas.

Así fué que se armó la fiesta sin cuidado y nadie se sorprendió cuando, habiendo acabado de prepararse la cena, todos, con un apetito de lobo, se sentaron á la mesa al oír la voz del tío Sones

que salía del cuarto donde estaba acostado, y no flaca y débil y como de enfermo, sino sana y robusta, que decía:

—On Tomás é mi alma, ¿su mersé cree que se me han caído los dientes, ó que se me entre por las narices y no me alegre el estógamo el olor del cochifrito? Venga mi parte, si no es que e cometió alguna culpa nesfanda y se me quiere dar tormento; y no me lo traigan aquí á la cama, que la cama la ha jecho Ondivel pa sornar y descansar el cuerpo y el alma, y no pa jañipeá, que aunque tengo los pinreles malitos que no puedo estar derecho, con ponerme en una silla, me podré sentá á la mesa y desfrutar mi parte como buen cristiano, que no me hadescomulgao el Padre Santo de Roma.

—Pus que le traigan á osté en seguida—dijo on Tomás—que ya sabe osté que yo siempre e tenío too el gusto del mundo en complacerle, tío Sones.

LXXXVII

Con la venia de on Tomás, el Paquiro y el Goliche, y Milagritos y Azucenilla entraron en el aposento y á poco sacaron de él, en una silla y envuelto en una manta, al agüelo y lo sentaron á la mesa; y el señó Pichichi, que al lado de su amo lealmente estaba, le siguió penosamente y se quedó á un lado esperando con muy buen apetito su ración de huesos; y si no acudió también el asno fué porque no lo supo y porque, después de haber comido un brazado de heno seco y un puñado de centeno que le habían echado, dormitaba dulcemente en el caliente establo.

Como se ve, las cosas habían variado completamente para la tribu; el señó on Tomás, cacique de los más respetados de Andalucía, los tenía bajo su protec-

ción; lo del agüelo no era nada, tenían banquete y fiesta en la majada, y la seguridad de que no se irían de ella sin unas alforjas bien prevenidas y sin una docena de duros.

Eran, pues, por lo presente felices.

Dimpués Ondivel diría.

LXXXVIII

Acabada la cena, no quedó nadie para bailar ni para cantar, sino para dormir; no había endividuo ni endividua á quien no le pesase la cabeza más que los pies y no se sintiese necesitado, para andar sin caerse, á convertirse accidentalmente en cuadrúpedo.

Por esta infirmeza de todos costó un gran trabajo volver á su cama al tío Sonés, que, ó porque tenía la cabeza muy fuerte y muy acostumbrada á la bebia, ó porque, tal vez con segunda y porque necesitase de sus cinco sentidos cabales, no había privao como otras veces, se mantenía firme, no se le había hecho la lengua un estropajo ni pronunciaba mal las erres; en cuanto á on Tomás, había tenido siempre la costumbre, para no privarse, de desembarazarse del mosto con una tal facilidad, que podía decirse que para que él se pusiese barlú, era poca cosa una pipa de quinientas arrobas del añejo, lo que quiere decir que conocía perfectamente el arte del bebedor delicado que saborea el néctar de Noé á tragadero franco, percibiendo todos sus aromas y todas sus fuerzas y haciendo que no le sean dañosas por medio del trasiago.

Era, pues, un sibarita en cuanto á la bebia y se libraba de sus efectos alterantes por una prudencia y una previsión superiores á todo encarecimiento; habitaba en una tierra en que la mala gente abunda, en que los derechos y las

garantías individuales son letra muerta, donde se tiene siempre un pícaro de malas entrañas ó un guasón malévoló al tope de la nariz, y hay que estar siempre con mucho ojo para no recibir la cambiada, ó una puñalada ó un tiro de madrugá; así es que los dos más viejos de la reunión habían salido en estado racional del jolgorio.

Pero los demás, ¡María santísima, cómo tenían los cuerpos y las almas! Todos los ojos aparecieron vagos, entumecidos, fosforescentes; los de Milagros y Azucenilla, que eran de los de Dios me valga de hermosos, aparecían encarnizados, irresistibles, capaces de mover con el fluido formidable que de ellos se exhalaba una montaña y de fundir todos los hielos polares; las mozas, que eran guapas, no se portaban mal; pero no llegaban ni con cien leguas al efecto diabólico que producían las gitanillas: las dos alegres, dicharacheras, desenfrenadas, simpáticas hasta lo incalculable, se acogieron al cuarto de las mozas y á sus dos camas, con los chorrés, y se abandonaron en los dulces brazos del sueño.

El señó Colasito se había ido á su cuarto, y sin fuerzas para desnudarse, en vez de echarse en la cama, se cayó sobre la alfombrilla que estaba al pie de ella y se quedó dormido como una piedra; en cuanto á los demás, se habían echado acá y allá en cabeceras, cerca de la chimenea.

La mesa se había quedado cubierta de despojos y manchada de vino, teniendo algo de relativo con un campo de batalla abandonado, cubierto de cadáveres y empapado de sangre.

Si se dijera que la majada se había quedado sumida en el silencio, se mentiría; porque el reposo de los que en ella estaban producía una tal inarmonía de ronquidos, que no era para sufrida por nadie que tuviese sensible el aparato auditivo.

LXXXIX

Sólo en una habitación de la majada había dos personas despiertas, dueñas de sus potencias y hablando en voz baja.

Eran on Tomás y el tío Sones.

El último había dicho al primero:

—Miosté, señón Tomás, cuando toos sornen, véngase osté por aquí, que quiero yo isirle asté algunas cositas que le alegrarán asté las pajarillas y se vasté á chupar los deos de gusto.

—Como si me lo dijeran—respondió on Tomás—, á ti te hace falta algo, Sones; pues mira, ya puedes empezar, que si está en razón y en mi mano, yo me alegraré mucho de servirte.

—Pus miosté, on Tomás, dele osté una guantaíta á la puerta, que la cosa es menuilla y no hay necesiá de qué naide se entere.

Cerró la puerta on Tomás y fué á sentarse á la cabecera de la cama.

Estaban á obscuras.

Las conversaciones graves parece que entre la sombra acrecen en solemnidad; se pierde el gèsto, pero gana la entonación; algo, que pudiera calificarse de fantástico, entra en la generación y en la manifestación de las ideas.

—Bien mirao—dijo el tío Sones—, lo que yo le voy á isir asté le interesa asté más que á mí; y eso que pa mí, sigún y como están los tiempos, me interesa un ochavito que me encuentre en la calle.

—¡Ahí llaman!—dijo on Tomás.—Y mira, agüelo, si toos estos preámulos son pa darme una punalá de bolsillo, no te atosigues, hombre, y descansa, que estás jerio y para pocas bromas.

—Toadía voy yo á vivir más que la Carracuca y á dar más guerra que Barcelona por la mar; pero le ripito á osté, on Tomás, que por mucho que osté me dé en agraesimiento de lo que le voy á isir, artoadía vasté á salir ganando.

—Tú eres un arrastrao, Sones—dijo con un marcado acento de disgusto on Tomás—; tú abusas y crees que con infundios vas á sacar la raja más grande.

—Que mal santo olio quifero me raje dende la jorcajaura jasta el pescuezo, si yo me ando pa'sté con infundios, y que se me mueran los nietecillos y me quede solo como Jó en un muladar, si yo quiero engañarle asté, on Tomás; y aluego, que eso sería una herejía, porque osté ha jecho por mí más que el desgrasiao de mi padre, que palmó en el aire colgao de la viuda cuando yo estaba colgao del pecho de mi probesita madre.

—Vamos, despacha, Sones, que me va entrando el sueño.

—En cuanto yo le iga asté dos palabritas, se espabila osté y no tiene oste sueño en cinco mil domingos.

—Pus gomita, hombre.

—¿Cuánto me vaste á dar si yo le pongo asté en las manos pa que le dé osté en la cresta á on José, el alcalde de Casares de la Sierra, y á su amiga oña Anita?

El gitano dijo estas palabras de una manera pretenciosa y llamativa.

On Tomás no contestó por el momento.

Como si habiéndole sorprendido la pregunta del tío Sones la hubiese tomado grandísimamente en consideración.

Al fin dijo:

—¿Puedes tú hacer que yo meta en la cárcel á ese ladrón?

Había un odio irreconciliable contra on José en el acento de on Tomás.

—Poquito aspasio—dijo el tío Sones—; antoadía no hemos tratao na, on Tomás, y yo sé que osté es mu formá, y cuando osté no quiere jasé un trato, no lo jase; pero que cuando lo jase, lo cumple.

—Hablemos más claro, porque yo no entro en los negocios á escuras—dijo acreciendo en impaciencia on Tomás—;

y oye, si tú me ises algo por onde yo crea que puedo meter en la cárcel á ese canalla, te doy cuatro mil reales.

—¿Y si lo pué osté meter en presillo, on Tomás?

—Entonces te doy mil pesos.

—No señó, no, con eso no tengo yo pa lo que quiero; que yo necesito dos mil pesos pa comprar la venta é las Pulgas, que es mu rica, y con el agrao y la labia e las dos gitanillas poemas sacarle el sustento y aun ajorros y con otros dos mil pesos los gitanillos y yo mus jechamos al chalaneo y mus ponemos las botas; y aluego se necesitan otros mil pesos e reserva por si vienen maldáas.

—Es esir, que tú me pides, sin que te falte el resuello, cinco mil pesos.

—¿Y qué son pa osté cinco mil pesos, on Tomás? ¡Pus no le gustará asté mucho llevar al palo a on José y meter en las Arrecogías pa toa su vidá á oña Anita, Dió un salto sobre la sillá on Tomás.

—Tú dices—exclamó—que se puede engarrotar á on José y encerrar á doña Anita?—exclamó con voz ansiosa el ganadero.

—Con los ivinos deos —dijo el tío Sones.

—Pus si eso es verdá, trato jecho; pero mira, gachó, que yo no te doy ni una pulgada de guita si no me convenzo.

—Si osté no se convence, pégueme osté un tiro.

—Pus suéltala ya, hombre.

—¿Pero está jecho el trato?

—Sí.

—¿Los cinco mil pesos?

—Sí.

—Venga esa mano.

—Tómala.

—Que buena pro nos jaga á los dos, on Tomás, y allá va eso. ¿Osté sabe dónde está el barranco de los Melguisos? ¿Osté sabe que allí hay una ratonera?

—Sí.

—¿Osté sabe que jase dos meses se

perdió on Torcuato, el cuñao de doña Ana, y que on Gil, su mario, amaneció muerto en su casa de onde había salio á cazar dos días antes, y el meico había dicho que se había muerto de una apolegía fulminate.

—Sí, hombre; revienta e una vez.

—Pus miosté, señón Tomás: si ese esentierra al muerto se verá que tiene jecha pedazos la cabeza de un tiro y otro tiro en el pecho que debe de haberle roto alguna costilla; y si se les mete mano y se les prende y se les incomunica á Coscorrones y á Chirigaitas y á los otros mozos de on José, que son unos bandios y se les pregunta, como osté podrá decir por lo que yo diga, resultará que on José asesinó á on Gil, y secuestró á su hermano on Torcuato pa que la hacienda é on Gil viniera á pará á oña Anita, y tomar él la mayor parte, y quitarse de ruíos, y libertarse de on Gil, que era el amo del pueblo, y casarse con oña Anita, de la que está enamorado jasta las cachas; y velosté ahí cómo ajorcarán á on José y meterán por toa su vía en chirona á oña Anita, porque ella resultará cómprice. ¿Conque no le parece asté que vale los cinco mil pesos lo que yo le he dicho asté, on Tomás?

—Me parece corta la cantía, y como eso resurte cierto, te doy seis mil, pero ni un ochavo hasta que yo sepa que me has echao por güen camino.

—Pus con dirse osté mesmo con cuatro greñuos de estos bárbaros que tiene osté en la majáa al barranco de los Melguisos, y con suspender á los dos mozos que tiene allí en su ratonera, on José guardando á on Torcuato, sale osté de dúas, y nos jase osté feliz á mí y á mis probesitos, que estamos mu miserables, señón Tomás, mu miserables.

—¿Pero cómo sabes tú eso? Mira no te hayan engañao, Sones.

—¡Como si yo no diquelara y no chanelara, on Tomás! Miosté, hay que bus-

carse la vía lamiendo y royendo y arrastrándose como una culerba; pus por eso estaba yo cogiendo esparto en el barranco de los Melguisos, que no es camino pa ninguna parte, y no van por allí más que los secuestraores, cuando tienen que guardar á alguien: la Guardia civil no ha pasao por allí en toos los días de su vía. Pus señó, estaba yo con mi burrillo, que tiene más años que un palmá el probesito, cargándole jasesillos de esparto, cuando oí allá abajo sobre las lajas pisadas de caballos, y me entró la gindama, porque creí que á los chandarmes les habrían dado soplo de que allí había un escondite de secuestraores; y ya se ve, como á nosotros, que jagamos que no jagamos, los del galón blanco mus pegan, salí e pies con el burro y me metí en un mechinal del barranco tapao con una paré de yedra: las pisaas de los caballos se venían encima: por fin yo vi á cinco jinetes: uno era on José, otro on Gil, otro on Torcuato, y Coscorrones y Chirigaitas los otros dos.

Al pie del senderillo de cabra por donde se va á la ratonera, se pararon: estaban mu cerca de mí, porque por allí el barranco es mu estrecho: toos se apearon; y entendí lo que jablaron: traían engañaos á on Gil y á on Torcuato con que allí había enterrao un tesoro del tiempo de los moros, y que había que subir á la cueva que estaba allí en lo alto.

Pero on Gil se escamó, y dijo que no subía.

Se agarraron de palabras, y como on Gil era más malo que una depidemia, se demudó y fué á echar mano al encaro que llevaba en el aparejo, y entonces on José, ganándole la vez, se desenganchó una pistola y soltó un tiro en el pecho á on Gil, y Coscorrones, por ayudá á su amo, le pegó á on Gil un tiro en la cabeza que no le dolió, porque se cayó reon-do al suelo sin decir ¡ay!

On Torcuato, que es un blancote, en cuanto vió que allí jasían sesina, quiso e pies; pero Coscorrones y Chirigaitas lo trincaron, lo subieron á la ratonera, y allí lo encerraron, y allí está antoadía, que no me dejará mentir.

Aluego, con el agua del arroyo que corré por el barranquillo, lavaron al muerto, y como el tiro le había cogio al sesgo, y jasía la parte e atrás e la cabeza, con el pelo no se veían las dos jerías, y las del pecho y la espalda las tapaba la ropa.

Aluego terciaron á on Gil sobre un caballo, y se lo llevaron cuando ya era la tardecita, y podían llegar muy tarde, de noche, al pueblo, sin que naide los viese.

A on Torcuato lo dejaron allí guardao por Chirigaitas, y yo me achanté hasta que fué mu oscuro, y le forré de esparto los pieses al hurro, pa que no lo sintiese el otro si estaba atento, y los dos con mucha pruenfia, el asno y yo, nos escurrimos por la sombra.

Al otro día supe yo que en Casares é la Sierra decían que on Gil se había muerto de repente de apolegiafulminate, y yo me callé, y ni á mis chorrés les ije una palabra; pero hoy mus hemos visto mu arreaos, que mus han pasao muchas esdichas, y yo les dije á los chavositos que mus viniésemos aquí, porque yo persaba jacer con su mersé confisión general. Conque ya lo sabe osté too, y como saldrá verdá, osté verá que el negocio es barato.

—Pus eso lo vamos á ver muy pronto —dijo on Tomás.—Arrecógete y descansa, que mañana por la mañana, ó te doy á cuenta de los cinco mil, ó te meto una paliza.

Mandó que le aparejasen el jaco, y que en otros dos, y armados, le siguiesen dos mozos.

Y sin decir más on Tomás salió.

Algunos minutos después on Tomás

y sus dos criados llevando sus caballos al troté largo se perdían entre la sombra en dirección al siniestro pinar.

XC

On Tomás sentía dentro de sí una tal fogata, que se le figuraba que no era el caballo quien le llevaba á él, sino que él, con el rescoldo que llevaba en el cuerpo, era quien comunicaba al animal la fuerza de su potente marcha.

¡Vengarse del albéitar-alcalde de Ca-sares de la Sierra, de Pardales, que le vencía siempre en las elecciones de diputados, que era más respetado y más temido que él en el distrito, que le había denunciado como un canalla á la Administración, revelando que él no declaraba más que dos mil cabezas de ganado cuando tenía cuarenta mil, y que ocultaba por lo menos las dos terceras partes de sus propiedades; que era federal mientras él conservador, y que todo esto provenía de que su hijo Colasito había andado muy enamorado de la Preciosa, y ella no le había hecho caso, y él se la había pedido para su hijo, creyendo que el albéitar vería el cielo abierto, y la mandaríá que, aunque no quisiese, con él se casase, y on José le había despreciado á él y á su hijo, y él se había enritao, y le había pegado fuego á media legua cuadrada de sementera del alcalde, que sabía que él lo había hecho, pero sin poderlo probar, y que había dicho que él, para que le pesase á on Tomás, no necesitaba de la justicia, y que él le cobraría el capital y los réditos, y lo había denunciado, y lo había achicao, y lo perseguía y no se lo podía quitar de encima, y le tenía desprestigiado y metió en un zapato y muerto, y perdía toda su influencia como si no fuese él más que

un pelele, y después de todos estos prejuicios y esta inquina que no descansaba, encontrarse conque le tenía sujeto por un asesinato y por un secuestro!

Esto era más que lo que on Tomás había podido soñar para vengarse, y le parecía ensueño el que la venganza se le viniese á las manos, y ansioso por cerciorarse de que el tío Sones no le había engañado, batía con la vaquera el flanco derecho del caballo, y allá se lo llevaba de medio lado, devorando el sendero entre el pinar y seguido de los dos mozos, que no sabían adónde su amo los llevaba, lo cual ni siquiera los ponía en cuidado, porque eran dos mozos de pelo en pecho, que ni temían ni debían, y que, en fin, por donde saliese su amo saldrían ellos, y en paz.

XCI

Si los gitanos tardaron tres horas en atravesar el pinar, on Tomás y sus mozos recorrieron la misma distancia en una hora escasa, bajaron á la rambla, atravesaron el riachuelo, y empezaron á subir por el lado opuesto hacia el cortijo de la Animas.

Pero á cierta distancia se derribaron hacia la derecha, se metieron por un agrio barranco, que partía de medio á medio la colina, como si un hacha gigantesca hubiese caído sobre ella, y siguieron subiendo siempre hacia la sierra en demanda del otro barranco de los Melguisos.

Era la noche extraordinariamente fría. Aún no había salido la luna, y una penumbra densa dejaba percibir apenas el áspero camino, orlado de gigantescas rocas que entre la vaguedad de la sombra tomaban formas monstruosas.

No se oía otro ruido que el de la huela de los caballos sobre las piedras, el zumbar del friísimo viento entre las quebraduras, con sus sonoridades múltiples y caprichosas, y acá y allá los roncós ladridos de los vigilantes perros de los cortijos, y alguna vez el rebuzno de un asno.

XCII

Pero á medida que se acercaban al barranco de los Melguisos, on Tomás, que tenía más de fanfarrón que de valiente, acertaba el paso de su caballo, y á causa de la gindama se le iban enfriando los propósitos de venganza, y una cuestión de suma y resta entre su odio al albéitar y el miedo que le tenía, le iban labrando y achicándole, y cambiándole y arrepiñtiéndole de haberse metido ligeramente, por el cebo de la venganza, en un comprometimiento que podía muy bien salirle por la tapa de los sesos.

Dominado on Tomás por el fenómeno de la irresolución ante la proximidad de un lance extraordinariamente aventurado, porque Chirigaitas, el mozo de on José, que según había dicho el tío Sones, estaba guardando en la ratonera á on Torceato, era ni más ni menos que un jabalí ingerto de lobo con figura humana, y si no se le sorprendía, bastaba para dar cuenta de él y de los dos mozos que le acompañaban, y que, aunque también jabalíes, no se podían ir, ni con mucho, adonde Chirigaitas estaba como valiente y bruto; acabó por convencerse de que tenía miedo, y como el miedo no oye razones, y cuanto más sufre más se agranda, on Tomás acabó por pensar que la venganza que le había seducido era muy expuesta, y se le podía venir al bulto y reventarle, y yendo y viniendo

en esto acabó de achicarse, le aturdió el miedo, y dijo revolviendo el caballo:

—Y bien mirado, ¿á qué meterse en honduras con un hombre tan perverso como Pardales que mata á un hombre con la misma tranquilidad que si matase á un gorgojo, y no tiene comía que más le guste que el hacer daño? Y que los mengues le soplan al oído lo que contre él se arma, y cuando se piensa que se le coge, se encuentra uno cogío; esto es, que con la degestión de la cena, y la gotita, y el jaleo de la Aurorilla y el canto de la Milagritos, se me ha ido á mí la cabeza, y lo que el tío Sones me ha contaó me ha hecho caer en la tentación; á bien que con este viento frío que hace se me ha refrescao á mí la cabeza, y he caído en la cuenta de que me he metido en un disparate: ¡el mostagán y las mujeres, que son el diablo! ¿Pero qué le digo yo al tío Sones, que está esperando el hombre los cinco mil pesos! ¡Vaya si estaba yo penequel Pies atrás y á meternos en el cortijo de las Animas, y así no tendrán que reparar los mozos de que hemos salido de la majada para volvernos sin haber hecho maldito de Dios la cosa; y aluego que con este frío, ¿quién se atreve á desandar lo andado?

On Tomás acabó de convencerse de que no dejaba de proseguir la aventura por miedo, sino por prudencia, y un cuarto de legua antes de llegar al barranco de los Melguisos refrenó su caballo, y dijo á sus mozos:

—¿Sabéis que creo que nos hemos perdió?

—Su mersé lo sabrá, nostramo—dijo uno de ellos—que musotros con ir detrás de su mersé onde mus lleve estamos cumpios.

—¿Pero sobéis vosotros en dónde estamos?

—Pus camino de la ratonera—dijo el otro mozo.

—¿Y quién te ha dicho á ti eso de la ratonera?

—¡Tomal—dijo el mismo mozo—de moo y manera que hay cosas que naide en el mundo sabe; pero que la saben algunos.

—¿Pero no está cerca de aquí el cortijo de la Animas?

—Un cuarto de legua hacia la disquierda, nostramo—dijo el otro mozo.

—¡Ya se ve! Como la noche está tan oscura, yo me he estraviao; vamos, echa tú delante, Jaro, y vamos á ver si el cortijo de las Animas se ha ido ó nos espera, y eso es lo que yo venia buscando.

Revolvió el Jaro su caballo, y se puso en marcha, siguiéndole su amo y más atrás el otro mozo.

De improviso, desde en medio de un jaral, á la derecha, salió una voz imperativa, que dijo:

—¡Alto á la Guardia civil!

Y se sintieron dos caballos que salían de detrás del jaral, y que se ponían en medio del barranco, cortando el paso al Jaro.

—No tengan ustedes cuidado, guardias—dijo el ganadero con la voz temblona—, que soy on Tomás, el de la majada al otro lado del pinar.

—¿Y á qué iban ustedes por aquí, que no es camino, á la media noche?

—¡Tomal adonde á mí me parece—dijo on Tomás—pero nos hemos extrañado.

—¡Pie á tierra!—dijo el cabo.

Eran los mismos que aquella mañana habían perseguido al Escarabajo, y le habían herido.

—Mire usted lo que dice, guardia—replicó on Tomás con la voz más alterada—, que sin quererlo están ustedes haciendo un atropello.

—¡A tierra, y los papeles!—dijo el cabo con una secatura amenazadora y con un supremo espíritu de autoridad.

—Pus yo no sé—dijo on Tomás, com-

pletamente achicado—que estando un hombre alrededor de su casa necesite pasaporte.

—Menos palabras y á tierra—repitió el cabo más y más lleno de autoridad.

—Pus güeno—dijo on Tomás ya de todo punto aturdido—, yo iba con estos mozos al cortijo de las Animas.

—¿Y á qué?

—¡Hombre!—dijo on Tomás, completamente atragantado—¡yo voy á un negocio!

—Estos negocios nocturnos—añadió el cabo, cuyo acento era de instante en instante más formidable para on Tomás—tienen mucho que entender; ustedes vienen fuera de camino, conque á tierra y que no lo vuelva yo á mandar.

—Pero, hombre—dijo on Tomás, ya más muerto que vivo—; ¿qué dinconveniente hay en que vayamos á caballo y así llegaremos antes?

—Vamos, claros y no andemos con mentiras, que no le convienen á usted—dijo el guardia acercándose—: ¿me quieren ustedes decir lo que ha sido de don Torcuato Rivera, el de Casares de la Sierra, que cuando murió su hermano don Gil Agustín, ó don Agustín, como le decían á secas, se perdió hace dos meses y todavía no ha parecido?

—Pus hombre—dijo on Tomás, ya desesperado y de todo punto aturdido—si usted me oye y es bueno conmigo, yo le guardaré á usted un eterno agradecimiento.

—Que no nos resbalemos—dijo el cabo—que la Guardia no quiere que nadie le agradezca nada; se dice que don Torcuato está secuestrado.

—Eso dicen, pero no se sabe, dijo on Tomás.

Y luego, aguijoneado por el miedo y encontrando una salida, aunque agria y costosa, para salir de la situación, añadió:

—Y mire usted, cabo, yo no sé lo que-

ría decir á usted, porque con la Guardia no se sabe cuándo se acierta ni cuándo se yerra, y se puede uno meter en un lío que no lo desenree el Padre Santo; cabalitamente por lo del secuestro iba yo á la ratonera, porque, en fin, antes de dar parte de un delito, es necesario asegurarse y andar con pies de plomo, porque dimpués las venganzas son malas; y lo que es al Pardales, el de Casares de la Sierra, hay que guardarle el resuello desde quince leguas.

—Me parece á mí que usted quiere decir—añadió el cabo—que usted sabe que don Torcuato Rivera está secuestrado y dónde está, y que parece que el fautor del secuestro es el alcalde de Casares de la Sierra.

—Pus mire usted, cabo, perdio por uno perdío por mil y quinientos; venga usted con nosotros á la ratonera, que está en el barranco de los Melguisos, aquí cerca, y si como se me ha dicho está allí secuestrado don Torcuato, él le dirá á usted que yo no tengo nada que ver con el secuestro, pues así es, y esto no es más sino que yo soy un hombre de bien, y quiero ayudar á mi prójimo y servir á la justicia y por eso quiero antes informarme por mis propios ojos para no ir en falso y quedarme luego en descubierto con Pardales, que es muy malo.

—¿Y quién le ha dicho á usted dónde está don Torcuato?

—El agüelo, el tío Sones, el gitano que con su familia está en mi majada.

Como se ve, el pobre agüelo y su pobre familia no podían ser mas desgraciados.

En cuanto á on Tomás, estaba pasando una sofocación de esas que causan una enfermedad, y arrepintiéndose más que se hubiera arrepentido de azotar á un Cristo (él, aunque federal, y algo arrimado á la Mano Negra, que ya funcionaba, era cristiano á su manera) de haberse metido en aquellos laberintos;

tenía la lengua seca, que no le tocaba el paladar; estaba cubierto de un sudor frío y amargo de los pies á la cabeza; tenía el estógeno descompuesto, que se moría, en fin, pasando la pena negra por todo lo alto.

—¿Conque los gitanos están á la hora que es ahora en su majada de usted?—dijo el cabo—bueno es saberlo; pero lo primero es lo primero; empecemos porque desde este momento, y porque yo creo que usted obra de buena fe, ustedes dan auxilio á la Guardia.

—¡Con toda nuestra alma!—dijo don Tomás.

Y se estremeció, porque se ponía frente á frente de Pardales, y de una manera gravísima, y podría suceder que por sus influencias saliese Pardales, á pesar de sus crímenes, en palmas, y él se quedase en blanco y comprometió á que Pardales, que era muy hombre para ello, le matase.

¿Pero qué hacer? Había que aguantar el palo y encomendarse á la Santísima Virgen del Carmen para salir con bien.

Ofreció con toda su alma á la Virgen dos coronas de plata sobredorá, una para ella y otra para el Niño Jesús, y una solemne octava en acción de gracias.

Parece mentira lo devotos que son muchos de los pícaros de la tierra de María Santísima, singularmente ellas, las buenas hembras, que no tienen rival en el mundo, trátase de lo que se trate.

Porque la gracia y la hermosura y la sangre negra, siempre lucen.

Porque Andalucía es la tierra de lo negro que mata: los cabellos negros, los ojos negros, la pena negra y la Mano Negra.

¡Y vaya unas negruras!

¡Qué ricas las unas y qué perras y qué desesperadas las otras!

Pero yo estoy por mi tierra, porque sí, y todo lo negro, y todo lo moreno, y todo

lo verde, y todo lo azul de mi tierra, me güelve loco y me pone lililó.

Viva la gracia y el poer, y los mataores e toros y las mataoras del alma, y el zapateo, y el ole, y venga de ahí, de lo fino y de lo bonito, y de lo que chanela y sonsi.

XCIII

Convenido que on Tomás y sus mozos prestarían auxilio á la Guardia cevil, lo que probaba que el cabo era veterano en ella y muy práctico, y había adquirido la convicción moral de que en aquellas circunstancias podría fiarse de on Tomás y aun utilizarle, se comenzó el trabajo de la justicia.

Un cuarto de hora después subían por el barranco.

De improviso sonó un ladrido, que creció en intensidad y en ensañamiento, por decirlo así.

Muy pronto el ladrido se alejó, y se fijó á alguna distancia.

—Se nos escapa alguien—exclamó con cólera el cabo—; el perro nos ha sentido; ¡ea, adelante y deprisa!

Llegaron al pie del sendero de cabra por donde se subía á la ratonera.

Esto por práctica.

Los matuteros y los contrabandistas y los bandidos conocen, sin equivocarse, los accidentes del terreno, aunque la noche sea oscura como boca de lobo.

El ladrido venía de lo alto y resonaba más lejos.

Era evidente que él ó los que guardaban al secuestrado se había ó se habían puesto fuera de cacho, es decir, á distancia y á verlas venir.

¿Pero se habían llevado al secuestrado?

Esto era lo que se necesitaba averiguar.

XCIV

—Anda tú, Jaro—dijo on Tomás—; tú que no temes ni lebes, y que conoces la tierra á palmos, anda delante y guía; tú, Cantuso, quédate aquí abajo con los caballos y las armas, preparado por lo que pueda sobrevenir.

Como se ve, on Tomás tomaba el mando de la expedición.

Los guardias le dejaban hacer.

Todos habían echado pie á tierra.

Todos llevaban prevenidas las armas; on Tomás y el Jaro sus encaros, los guardias sus carabinas.

El mismo Cantueso, que con los caballos se quedaba, estaba también prevenido.

El sendero agrio, escalonado en la roca, era difícil.

A trechos se cortaba de una manera brusca, y era necesario agarrarse con pies y manos para salvar una aspereza.

Una luz parecía indispensable; pero aun cuando se la hubiera podido temer cortando maleza y haciendo una grande hoguera, esto habría sido de todo punto imprudente.

Aún se oía el ladrido del perro del otro lado del barranco.

Sin peligro alguno y oculto en la sombra, Chirigaitas, que era un tirador consumado, hubiera podido tumbar á los cinco individuos que habían caído sobre la Ratonera.

Así y todo, sin luz, sin poder hacer blanco, un tiro disparado á bulto, rechazó en la roca, á poca altura, sobre la cabeza del Jaro.

—¡Y atisan!—dijo éste.

Y siguió trepando.

Iba despacio para dar, de tiempo en tiempo, la mano á on Tomás.

Un segundo disparo rechazó á poca distancia de los guardias que seguían á on Tomás.

—Pus si Chirigaitas viera—dijo Can-

tuso—, no te lo quiero contá, porque no hay necesiá.

Pero á poco los ladridos resonaron ya muy á lo lejos.

Se comprendía que Chirigaitas no quería perder su tiempo, que comprendía que cuanto antes era necesario avisar á su amo.

Al fin el ladrido se perdió en el silencio.

No se oyó otra cosa que los largos silbidos roncós en los peñascales y en las malezas, y el ruido de los saltos del arroyo que corría por el barranco.

Se oía también, de tiempo en tiempo, la siniestra voz del cuclillo.

XCV

Al fin el Jaro dijo:

—Ya estamos en la Ratonera.

—Gracias á Dios—dijo on Tomás—; yo creía que iba á morir despeñao. ¡Si no se pueden hacer obras de caridad!

Estaban en un resalto.

Un débil reflejo que de lo profundo de un estrecho fondo venía, recortaba vigorosamente las líneas accidentadas, melladas, caprichosas, de un alto y estrecho boquerón rasgado.

Se metieron por aquel boquerón.

A medida que adelantaban, el reflejo se hacía más fuerte.

Al fin brilló al descubierto una hoguera.

Aquella hoguera ardía en una especie de hogar en un ensanchamiento de la cueva, como de cuatro metros de ancho y seis de largo, por ocho ó diez de altura.

La parte superior se perdía casi en la sombra.

Arriba debía haber una perforación, porque se sentía una corriente de aire

que agitaba la llama del hogar y dispersaba las pavesas.

Pero no hacía absolutamente frío.

La hoguera era considerable.

Se comprendía que Chirigaitas amaba la comodidad.

XCVI

A la izquierda de la chimenea, en un ángulo, en un espacio realzado del suelo con piedras que se habían unido por una tosca argamasa de tierra, había hierba seca extendida, y sobre esta hierba una estera de esparto, lo cual formaba un techo que no parecía del todo incómodo, y al que llegaba con fuerza el calor de la chimenea.

Junto á este lecho, colgado de una estaca, había un hábito franciscano ceniciento.

En el otro ángulo, á la derecha de la chimenea, un gran montón de leña seca.

En el mismo lado, un cántaro, y encima, en resaltes de la roca, dos pucheros, una cazuela, una sartén, unas trébedes y algunos platos ordinarios, sobre los cuales se veían dos ó tres cubiertos de palo.

Un gran pan empezado, un queso, una hoja de tocino, un dornajo lleno de garbanzos y judías mezcladas y una gran bota de vino colgada junto á una ristra de ajos y otra de cebollas: he aquí el menaje de la casa.

Había que añadir una magnífica guitarra, con gran lazo de cinta roja, de raso, con lentejuelas, ya muy usada.

—¿Pero esta es la cueva del ermitaño?—dijo el cabo de la Guardia.—Se nos engaña.

—¡No tiene usted mal ermitaño!—exclamó el Jaro.—¡Y luego querrán isirme á mí que no se la dan á la Guardia ce-

vill ¡Mire osté aónde está el ermitaño, cabol!

Y el Jaro descolgó el hábito.

Debajo de él, también colgada de la estaca, había una gran barba postiza entrecana.

—Y aluego esto—añadió el Jaro echando al fuego la barba, quo chirrió y produjo un fuerte olor á cerda quemada, y levantó del lecho una prenda de vestido interior de una mujer—, y digo yo que si esto no es un coletillo de hembra güena, como se ve por los moldes que tiene, y con su escapulario de la Virgen del Carmen cosío y entoadía caliente, y que huele á gloria, yo no sé lo que será; y ya se ve que esta moza estaba aquí acostá, y cuando ladró el perro y Chirigaitas se enteró de que aquí no había seguridá, se vistió á trompatalega y salió e pies con él, y se olvidó de ponerse el coletillo. ¡Y, eche osté, santo varón! ¡Vamos, y qué cosas tiene osté, señó chandarme!

—Pero, ¿y el secuestrado?—dijo el cabo sin poder ocultar la contrariedad que le había causado el haber dicho una tontería.

—Miosté, cabo—dijo on Tomás cogiendo por el pelo la ocasión que se le presentaba para salirse del enreo en que se había metió—; pue ser con to y con eso que mus hayan engañao, porque no hay ni rastro de secuestro, y pue ser tamién que Chirigaitaitas ó el que sea, que yo no sé si es Ghirigaitas ó el ermitaño y la mujer que con él estaba, se hayan llevao á on Torcuato, y que le den mulé por ahí ajuera pa que no hable... que mire osté que aquí ha quedao olor á jembra, pero lo que es e on Torcuato, ni tan siquiera.

El Jaro, que no estaba en el secreto, la echó á perder.

—Con seguridá—dijo—que yo doy con on Torcuato.

—Pues á verlo—dijo el cabo.

—Vamos á ver: ¿osté no cree que abajo e la cama pué haber algo?

On Tomás hubiera querido abrasar al Jaro con la mirada que le echó.

—Pérez—dijo el cabo al otro guardia—, levante usté esa estera y esas hierbas.

El guardia obedeció.

Echó á un lado la estera, subió al resalto y arrolló con los pies las hierbas secas.

—Aquí hay una compuerta—dijo.

—¡Pa que me engañara yo!—exclamó triunfante el Jaro.

On Tomás se murió.

Ya estaba defenitivamente metió en un comprometimiento negro con Pardales.

Se puso malo, pero disimuló para que no sospechasen los guardias.

—Vamos—dijo el Jaro—, dimpués de que á mí se me debe una confidencia y e las güenas, esto es cosa de echar un gaudamos, ¿qué le parese á su mersé, nostramo? Y que Chirigaitas, que yo le conosgo der pueblo, es un barbián que le gusta e lo añejo, y ahí está la bota que revienta.

—No me parece mal—dijo el cabo, que en aquello no veía nada malo.

—Y un cachillo e pan y una rajita é queso pa jasé boca—añadió el Jaro.

—Sí, dame e bebé que tengo sé—dijo aprovechando la ocasión on Tomás.

Descolgó el Jaro la bota, cuya boca de cuerno tenía la capacidad de una taza para la albóndiga de un fraile Jerónimo, se la tuvo, se la empinó y on Tomás bebió con ansia.

Se consoló.

Se había bebido por lo menos cuartillo y medio sin resollar.

Luego se limpió la boca con el revés de la manga, y dijo:

—Y que es del añejo, e Montiya, y fino.

La bota pasó al cabo, que estuvo mi-

rando cinco minutos, y con una gran un-
ción, á lo alto de la cueva.

Con esto no ofendía á nadie.

Pérez se regaló otra libación.

El Jaro se portó bien.

La bota se había quedado reducida á
la mitad del volumen.

El Jaro cortó con su navaja pan y que-
so, y lo distribuyó.

Sólo on Tomás no hincó el diente.

Se comió con sosiego, y la bota dió
otra vez la vuelta.

No había prisa.

Sin duda el secuestrado estaba dur-
miendo.

Se echó luego un cigarro, y el cabo
dijo:

—Ahora vamos á acabar el registro.

XCVII

Se reconoció la trampa.

Estaba asegurada con un cerrojo.

Este cerrojo estaba asegurado con una
pequeña cerradura.

Pérez la hizo saltar con la bayoneta.

Se levantó la trampa, y apareció un
agujero negro, por el que había que des-
lizarse.

No se sabía cuál era la profundidad
del fondo.

El cabo sacó de su bolsillo un cabo de
vela de cera que llevaba siempre á pre-
vención para estos casos, que encendió
en la chimenea.

Iluminó el agujero lóbrego.

Era semejante á un pozo.

En los costados tenía grandes huecos
destinados á poner en ellos los pies.

El fondo se veía de una manera inde-
cisa, y en él, á modo de puerta, un agu-
jero estrecho.

Pérez bajó con el cabo de vela en una
mano, y cuando estuvo en el fondo dijo:

—Aquí hay una puerta con cerrojo
como la trampa.

—Pues ábrala usted—dijo el cabo.

Resonaron entonces por la parte de
adentro golpes desesperados, y una voz
débil, que revelaba una gran estenua-
ción, dijo:

—¡Socorro!

—No tenga osté cuidiao, on Torcuato—dijo con voz estentórea y á la par
conmovida el Jaro—, es la Guardia ce-
vil, y aquí está tamién mi amo on To-
más.

La situación no podía ser más solem-
ne ni más conmovedora.

Se iba á sacar un vivo de su tumba.

XCVIII

No se había llegado sino muy á tiem-
po. Cuando Pérez forzó la puerta, como
había forzado la trampa, se encontró con
un esqueleto viviente que, apoyado con
las dos manos á la pared de aquel antro,
apenas se podía tener de pie.

El espacio en que se encontraba era
muy reducido.

Ena especie de covacha infecta.

Allí no penetraba más aire para evi-
tar la asfixia que el que podía pasar por
un agujero como de diez centímetros,
abierto en la puerta, que correspondía á
otro agujero abierto en la tarima en el
ángulo entrante superior contra el án-
gulo derecho de la cueva.

No siempre se cuidaba de no obstruir
aquel boquete.

Estos dos boquetes determinaban un
aparato acústico.

On Torcuato, que él era, había oído
primero el ladrido de alarma del perro.

Después la voz bronca de Chirigai-
tas, que había dicho en medio de un bos-
tezo:

—¡Ehl, Colasilla, ispierta, hermosa.

—A ver si me dejas dormir—respondió una voz joven y argentina, casi de niña.

—Pa dormir estamos.

—Esto es abusá—exclamó ella disgustada.

—Es que el perro ladra, ¿no lo eyes?

—Y güeno, ¿y que?

—Que puen ser los malditos de los chandarmes que les hayan dao sopro.

—¡Ay, madre mía, si me pillan aquí contigo, y lo sabe mi padre!—exclamó la voz de mujer toda sofocada.

—No te atosigues, mujer, que yo te llevaré al cortijo antes de que amanesga.

Esto lo entendió confusamente on Torcuato á causa de su debilidad, que le tenía en una casi planación de sus facultades.

Hacia ya días que tenía fiebre y que no comia ni bebía.

Aquello era ya, como se dice ahora, el principio del fin.

—Vístete de prisa y no te entretengas, que el perro ladra cada vez con más fuerza.

Se comprende, pues, que la Colasa se dejase olvidado su coletillo.

Esto podría ser una pieza de convicción, como dicen los franceses en su tecnicismo jurídico.

Después de esto nada oyó don Torcuato, hasta que pasado un buen espacio oyó lo que nuestros personajes habían hablado de una manera confusa.

Gritó; pero su voz era tan débil, que no se oyó arriba.

XCIX

—Este hombre no puede tenerse de pie, no puede valerse—dijo Pérez—, y es menester subirlo.

—Pus allá va mi faja—dijo el Jaro.

Y se la descinó.

Era una faja moruna de cinco varas, roja, de un fuerte tejido de lana.

Pérez ató por debajo de los brazos á don Torcuato, y los de arriba le izaron.

Cuando estuvo arriba el infeliz no pudo tenerse de pie y reconoció á on Tomás.

On Tomás tampoco le reconoció á él.

Era, más que un hombre, un espectro.

Tenía muy crecidos la barba y los cabellos, y completamente blancos.

Su camisa estaba densamente negra, asquerosa, así como su traje.

—Este hombre no es on Torcuato—exclamó on Tomás—; éste es un viejo reteviejo, y on Torcuato no tenía la barba ni el pelo tan largos ni blancos anoadia.

—Es que yo he estado un siglo enterrado vivo—dijo con voz débil on Torcuato.

—El cabo, aunque estaba acostumbrado á cosas muy duras, se conmovió.

—¡A escape, Pérez!—dijo al guardia—, vaya osté á Casares de la Sierra, y que venga el alcalde y que traigan una camilla como puedan.

—¡Pero el alcalde de Casares—exclamó con terror don Torcuato—, es Pardales! ¡Es el que ha asesinao á mi hermano y me ha enterrao vivo á mí!

A on Tomás se le abrían las carnes.

On Torcuato había declarado ya, y él estaba frente á frente de Pardales y de sus influencias.

—Pues entonces—dijo el cabo—, se prende al alcalde, si se le encuentra, y se trae al síndico; luego se va usted al puesto, y que se dé parte por el sargento Buendía, con el que usted le dará verbal al juez de Aguilar; pero todo esto á escape, este señor está muy malo; ¡ah, Pérez! que venga también el secretario, eche usted á andar.

El Jaro sirvió de guía á Pérez, para que no se despeñase por el sendero.

Montó al pie de él y partió al trote.

Son inapreciables los servicios que presta la Guardia civil, especialmente en Andalucía.

Allí iba uno de ellos, durante una helada noche de invierno, envuelto por la niebla de la montaña, que le penetraba hasta los huesos, siguiendo el camino á tientas, expuesto á una asechanza, y sin pensar en otra cosa que en cumplir con su deber. Todo lo que se les encomie y todo lo que se les recompense, es poco.

Y se les trata duro.

Y aún se dice que esta dureza de su reglamento es lo que hace la bondad de la Guardia civil.

Una de tantas paradojas administrativas.

La Guardia civil española es una gran cosa, por una razón genuinamente española: porque sí.

C

Chirigaitas, con su perro y su amante, atravesando barrancos, bordeando cerros, llegó cerca del cortijo de las Animas.

La muchacha saltó con suma facilidad la tapia del corral, y silenciosamente se escurrió hacia su cuarto y se acostó, sin pensar en que había dejado entre las manos de la justicia una prenda de convicción, su coletillo.

¿Ni qué entendía ella de esto, ni cómo podía pensar en esto?

El perro del guarda del cortijo no había ladrado, conocía demasiado á su joven ama; estaba, además, acostumbrado; la chica, enamorada hasta las entrañas de Chirigaitas, salía todas las noches cuando sus padres se dormían, y volvía todas las madrugadas antes del alba,

cuando sus padres aún no se habían levantado.

Eran aquellos unos amores campesinos, que tenían su nido en la montaña, y que la noche protegía con su sombra.

Chirigaitas no se detuvo.

Siempre delante su perro, que era un animal de un tal instinto, que podía llamársele cómplice de su amo, iba de descubierta para avisarle de un peligro; por ejemplo, la aproximación de una pareja de la Guardia.

El rastro de un guardia era para Mochuelo más perceptible que el de un venado ó un jabalí.

—¿Y por qué le llamaban mochuelo?

Sin duda porque sus más importantes servicios los hacía de noche.

Llegó Chirigaitas sin tropiezo alguno á Casares de la Sierra, y Mochuelo, sin que su amo lo advirtiera, se fué en derechura, no á la casa de doña Anita, de quien era mozo Chirigaitas, sino á casa de Pardales.

En cuanto llegó, se abalanzó la puerta, rascó en ella vigorosamente, y ladró, pero de una manera contenida, como cuidando de que no se enterase nadie de que Chirigaitas iba á aquella hora á casa del alcalde.

Estaba Pardales que se le podía hacer al hombre un cariño.

Su alma violenta, alma completamente al natural; pero de un natural perverso, estaba combatida por no sabemos cuántas emociones.

Por un universo de pasiones.

Como hemos visto, sentía un amor, todo al natural, exacerbado, hambriento, voluntarioso, sensual hasta el paroxismo, por doña Ana.

Los celos de este amor habían matado al marido de doña Ana, á don Gil Agustín, con cuya muerte no se había perdido nada, porque el difunto, cacique formidable de Casares, era un bribón al natural, á lo bruto, cuya mala intención,

y cuya soberbia, y cuya avaricia, hacían de él un verdugo, cuando no destructor, atormentador del género humano, que vivía en Casares y en su jurisdicción.

El albéitar le había soportado, porque había sido, digámoslo así, su socio; habían partido el usufructo del despotismo y de los excesos cometidos sobre los de la localidad; habían sido, como quien dice, capitán y teniente, y se habían sobrellevado mal que bien.

Pero rozándose Pardales con don Gil Agustín, se había puesto al tope frecuente de doña Ana, que era también materia á propósito y digna cónyuge de su marido, y con el trato y con la admiración de las raras prendas físicas y morales que formaban el inapreciable conjunto del ser de doña Ana, se había ido enamorando sin sentirlo al principio, que al amor con mucha frecuencia empieza siendo misterioso para la criatura de que se apodera; incubándose en ella, germinando en ella y echando, antes de brotar, hondas raíces, así como otras veces se revela de improviso, y en un momento llega á toda su intensidad, como el incendio que produce un rayo cayendo sobre materias combustibles; ejemplo de esto era el amor que se había apoderado de Juan y de la Preciosa en el momento en que se encontraron.

Cuando Pardales conoció que el interés que le causaba doña Ana era amor, la belleza física y las cualidades morales de doña Ana crecieron para él de una manera incalculable.

Y como tenía el alma al natural, esto es, con las pasiones vírgenes, ó más bien, por decirlo así, salvajes, apenas si pudo lograr que don Gil Agustín no conociese sus intenciones, para él poco satisfactorias; pero cuando encontró sola por primera vez á doña Ana, la perturbación formidable que se apoderó de él, su palidez, el entumecimiento de su mirada, su expresión hambrienta y feroz

como la de un lobo enojado, y la convulsión visible que le acometió, hicieron inútiles las palabras, doña Ana nubló el semblante, se hizo dos pasos atrás, y dijo al albéitar con acento frío y acerado:

—Me parece que se ha vuelto usted loco, y que haría usted muy bien en llamar al médico, porque hay cosas que acudiendo pronto se curan, y que si se las descuida matan.

—¡Que matan, eh! ¡Puede ser! Y dígame usted, señora, ¿conoce usted algún médico que puedo curar esta locura?

—Sí por cierto—dijo doña Ana, con un acento no tan duro—, la prudencia.

—Pero la prudencia es bembra, señora—dijo Pardales—; y si una hembra ha de curarme de mi enfermedad, ninguna mejor que usted.

—Pero yo soy casada, y sin que lo sepa mi marido no puedo dedicarme al ejercicio de ninguna profesión.

—¡Ah, es usted casada! El inconveniente que usted tiene, es como todos los inconvenientes; ¿qué cosa hay sin ellos en este mundo? Güeno, llamaremos á doña Prudencia, y si ella no puede, buscaremos otra santa para que nos remedie.

—Sí, hay otra santa muy milagrosa—dijo doña Ana con acento mucho menos duro.

—¿Y cuál, señora?

—Santa Paciencia.

—Es verdad: dicen que con paciencia se gana el cielo, y como usted es mi cielo...

—¡Cuando le digo á usted que está usted loco, amigo mío!... —respondió doña Ana con un acento que sonaba ya casi á dulce.

—¡Loco yo, no lo sabía! Esto me ha cogido á mí á traición; me ha ido cogiendo sin que yo lo sintiera, y ya no tiene remedio. ¡Loco, sí, loco! ¿Querré yo á mi hija? No tengo más que á ella en el mundo; pues bien, por consolarme de los tormentos del infierno que por us-

ted estoy sufriendo... mataría á mi hija.

—¡Lo creol ¡Y mire usted que ya es para pensado un cariño como el de usted!

La astuta doña Ana había dicho sus últimas palabras con acento melancólico y dulce.

Era aquella mujer un abismo negro, en el fondo del cual se revolvían monstruos.

Don Gil Agustín la amaba.

Pero con un amor brutal, en que no tenía cualidad alguna que pudiera impresionar, atraer, enamorar el alma de fuego de doña Ana.

Se había casado sin amor, por conveniencia, por estrechez del pueblo, por igualdad de clase, y la misma brutalidad del amor al natural de don Gil Agustín se le había hecho insoportable.

¿Qué había pensado doña Ana en el breve espacio de su conversación con el albéitar?

En el primer momento se había sorprendido.

Muy pronto se sintió halagada por aquella pasión palpitante, salvaje, que rebosaba del ser entero de Pardales.

Doña Ana supo contener á aquel bandido, y sin darle esperanzas, hacérselo esperar todo.

Dos meses después don Gil Agustín recibía un tiro en la nuca, en el barranco de los Melguizos; don Torcuato, su cuñado, era sepultado en la Ratonera, donde debía morir lentamente de hambre.

Doña Ana cubrió aquel asesinato ya sabemos cómo.

El tío Patiño nos lo ha dicho.

Le habían llevado durante la noche á su marido, muerto, lavadas las heridas, cambiado el traje.

Sus ropas ensangrentadas habían sido quemadas.

Los criados que habían presenciado el asesinato, eran de fiar.

Estaban cogidos por delitos.

Ellos montaban en sus jaquitas, saliendo silenciosamente del pueblo capitaneados por don Gil Agustín y por Pardales, acompañándolos muchas veces el Escarabajo, y se salían al camino cubiertas las caras con antifaces para desnudar á los feriantes.

La "Mano Negra" misteriosa.

Quando, después de dado el golpe, se encontraban por acaso la Guardia civil, pasaban por la justicia de Casares de la Sierra, á quien no faltaba ningún individuo, ni aun el escribano, y aunque los guardias no tenían duda de que se trataba de bandidos, nada podían hacer no encontrándolos con la masa en las manos.

Doña Ana fingió creer que su marido había muerto de repente.

Se hizo una fosa, se enterró al muerto y doña Ana, por un testamento en mancomún, heredó la pingüe hacienda de su marido.

Si su cuñado don Torcuato no parecía, el crimen quedaría perfectamente oculto.

Las esperanzas de Pardales habían crecido, aunque ni de palabra ni de obra las hubiese alentado doña Ana.

Pardales creía que doña Ana quería dejar pasar algún tiempo por no dar escándalo en el pueblo.

Pero su pasión se hacía de día en día más indómita, y ya hemos visto la violenta escena que había tenido lugar entre él y doña Ana en el camino del cortijo de las Animas.

Pardales había perdido en un solo momento todas las esperanzas.

Sobre esto el Escarabajo le había herido en su hija, y en su furor había estado á punto de matarla.

Luego, cuando se recobró del horror que le había causado la intención de muerte que contra su hija había tenido, cuando la siguió á la casa de doña Ana,

cuando estando con ellos entró Juan y vió... la Preciosa había mirado á Juan con ansia.

Doña Ana había sorprendido aquella mirada y una expresión de odio á muerte había aparecido en la suya.

Aquello fué tan elocuente en su muda expresión que on José no pudo dudar.

Su hija y el forastero, á quien veía por la primera vez, se amaban.

Doña Ana tenía celos.

Pardales sabía ya á quién amaba doña Ana.

A su primo Juan.

Doña Ana se lo había presentado.

Pardales, que había tomado una decisión horrible, disimuló por lo mismo.

Era necesario esperar un momento oportuno.

Se fué dejando á Preciosa en poder de doña Ana, que, valiéndose de un pretexto, no había querido soltarla.

CI

Pardales había pasado una tarde de perros.

No había comido, no comió y se acostó sin cenar y muy temprano.

Todo lo que le había impresionado aquel día, le atormentaba convertido en pesadilla.

En tal estado se encontraba cuando "Mochuelo" se puso á arañar y á gruñir en su puerta.

Pardales le sintió y le reconoció, ó más bien, lo adivinó.

—¡El perro de doña Ana—exclamó—, el que estaba con Chirigaitas en la ratonera!

Y bajo la influencia de esta idea saltó de la cama. Fué á una ventana y la abrió. Percibió más distintamente los gruñidos de "Mochuelo".

En la calle, delante de la puerta, vió el bulto confuso de un hombre.

—¿Eres tú, Chirigaitas?—preguntó con voz contenida.

—Sí, yo soy, on José—contestó Chirigaitas.

—¡Espera!—dijo sobresaltado el albéitar.

Y vistiéndose á medias, bajó á obscuras, pero sin vacilar, y abrió la puerta.

Chirigaitas y "Mochuelo" entraron.

—¿Qué hay?—preguntó el alcalde.—¿Ha acabado ya on Torcuato?

—Nos han vendido—dijo Chirigaitas.

—¿Quién?

—Yo no sé: la Guardia cevil se ha echado encima.

—¿Cuándo?

—Ahora mesmo; lo que he tardado yo en venir á escape.

—¿Y puede hablar on Torcuato?

—Ya lo creo.

—¿Y por qué no le aseguraste?

—No se podía perder un minuto; me hubieran cogido á mí.

—Vete, vete ahora mismo á avisar á tu ama; es necesario que huya conmigo; yo iré por ella.

Chirigaitas salió.

El albéitar llamó á Coscorrones y á Cantuso, que dormían cerca de la cocina.

—Al instante á vestirse, á armarse y á aparejar tres caballos—dijo el alcalde.

Y se entró á su cuarto á vestirse y á armarse también.

Chirigaitas entretanto se había metido en la casa de su señora.

Pero no había entrado en ella por la puerta principal.

Había llegado á la tapia del jardín.

—Espera aquí; échate aquí—dijo á Mochuelo, que gruñó levemente, como dándose por avisado.

Después, Chirigaitas salvó la tapia.

Atravesó el jardín, llegó á la galería, y por una escalera de servicio subió al piso principal.

Se aventuró por una cruja.

Andaba de una manera tan leve, que no se sentían sus pasos.

Verdad era que llevaba alpargatas.

A alguna distancia se oía el murmullo de dos voces. La una de hombre, la otra de mujer.

No se entendía lo que hablaban.

Pero se percibía perfectamente el timbre de las dos voces.

Parecían conmovidos, enamorados.

La oscuridad era densa.

Pero Chirigaitas conocía bien la casa.

Como que había nacido en ella.

En aquel corredor, que era uno de esos que hay en los grandes caserones de solar, á que dan puertas de servicio, estaba la puerta de escape del dormitorio de doña Ana.

Más allá había un cuarto en que dormía una de las mozas de doña Ana, y aquel cuarto tenía una reja que daba á la cruja.

—¡Calla!—dijo Chirigaitas—, ¡pues si es la Preciosa! ¿Y cómo está aquí en casa, y por quién? ¡No conozco la voz de ese hombre!

En efecto, Juan y Carmen pelaban la pava por la reja del aposento donde, por estar próximo al suyo, había acomodado doña Ana á la Preciosa, haciendo que se fuese á otro la moza que le ocupaba.

Juan, que no había podido hablar ni una sola palabra con la Preciosa, que había disimulado por prudencia, se había informado de Eugenia.

Todas las criadas, tanto las de los lugares como las de las ciudades, están dispuestas á servir á quien las paga.

Juan supo dónde estaba el cuarto de la Preciosa, y cuando se acostó doña Ana, Eugenia fué á buscarle.

—Vaya, señorito—le dijo—, ¿qué tengo que decirle yo á la señorita Carmen?

—Que necesito hablarla por la reja.

—No querrá—dijo Eugenia, haciéndose la reacia—; ¡está tan cerca la señoral...

—Hablarémos bajo.

—Güeno—dijo Eugenia—; pero si los coge á ustedes la señora, que no vayan ustedes á venderme á mí.

—¿Quién crees tú que soy yo?

—Un hombre de bien; ¡pero la señora tiene un geniol...

Juan dió un doblón de á cien reales á la muchacha.

Este argumento cortó de raíz todas las dificultades, y Eugenia se fué á su comisión.

Tardaba.

Juan se impacientaba.

Abrieron al fin nuevamente la puerta.

Era Eugenia.

—La señorita dice que sí—dijo—, que con el alma y con la vida; que está desesperada; que su padre la ha querido matar; que la señora doña Anita, que la había recibido muy bien, la ha mirado luego con unos ojos que no parecía sino que que quería matarla, y que á usted lo miraba que se lo comía; que doña Anita le quiere á usted que se muere, y que ella, que también le quiere á usted, está muriéndose de celos; en fin, que como la señorita Carmen es muy natural y muy buena, y las dos somos mujeres, la ha soltado conmigo; vamos, yo me he hecho cruces, porque para estar tan loca por usted era menester más tiempo; no la diga usted nada, que me ha dicho que no le diga á usted ni una palabra, y yo se lo digo á usted... porque, en fin, me parece usted un buen señorito, y que la quiere usted mucho. ¡Vamos, que se le encandilan á usted los ojos! ¡Si lo merecel! ¡Vaya, no hace usted nada de más!

Juan sentía la locura oyendo á Eugenia, y el amor voraz, se le salía por los ojos.

—Llévame—dijo á Eugenia.

—No, todavía no—dijo la muchacha—; la señorita Carmen dice que es menester esperar á que la señora esté bien dormida; dentro de una hora.

Juan se vió obligado á esperar.

No ha habido nunca para ningún mortal una hora tan larga.

Pero como todo tiene fin, aquella hora pasó.

Eugenia volvió á buscar á Juan.

—Ya ha dado el cuco del comedor la una—dijo—, he ido á avisar á la señorita Carmen, y le está á usted esperando; descálcese usted y venga usted conmigo; yo me quedaré esperando en la revuelta del pasillo para cuando vuelva usted á su cuarto.

CII

Recorrieron á oscuras y descalzos las revueltas de aquel enorme caserón.

No se sentían sus pasos; los envolvía la oscuridad.

La mano de Juan, que asía Eugenia para conducirle, temblaba.

Algunas veces parecía que aquel temblor se comunicaba á la de la muchacha.

—¡Ay!—decía Eugenia para sí—, ¡si en lugar de haberse prendado de la Preciosa, se hubiera prendado de mí! ¡Si me hubiera visto antes que á ella!, porque no... no... yo no me cambio... ¡Vaya, qué suerte que me ha dado á mí Dios! ¡Y tan guapo y tan rico!

—Aquí es, en esta reja—dijo Eugenia en voz muy baja.

Y tocó levemente con los dedos en la madera de la reja.

Ésta sonó inmediatamente de una manera muy suave.

Eugenia se retiró, pero no mucho.

Se quedó á poca distancia, ansiosa de pescar algo de la conversación.

—¡Ah, vida mía!—exclamó Juan.

Y al asir los hierros de la reja, tropezó con una de las suaves manos de la Preciosa.

—Perdone usted—la dijo, retirándola vivamente—; no se ve.

Un amor tan íntimo, tan puramente del alma como en aquellos momentos de encanto sentía Juan por Carmen, es purísimo.

La adoración es respetuosa.

—¿Qué pensará usted de mí?—dijo, con la voz hechiceramente trémula, la Preciosa.—¡Pero yo no sé, yo no sé! Yo quería también hablar con usted... Mire usted, no piense usted mal de mí; pero me muero si no lo digo: ¡yo me estoy muriendo!

Y la Preciosa se echó á llorar.

—¡Oh! ¿Por qué lloras?—exclamó Juan, á quien se le fué el tú más natural del mundo; porque, ¿cómo hablar de usted á una criatura tal como la Preciosa, que por él lloraba?

—¡Ay, Dios mío!—exclamó la Preciosa.—No sé por qué lloro; pero si no llorara, me ahogarian las lágrimas.

—¡Yo también me ahogo! ¿Tú me amas?

—Yo no sé lo que es; pero usted...

—¡Oh, no! ¡usted, no!

—Pues bueno, tú. Pero, Dios mío, ¡esto es estar locos; yo no entiendo esto! Mira, me gustas, no sé por qué; me parece... yo no sé... sí, muy hermoso, y te me entras en el alma; y cuando me miras, me parece que tu alma se entra en la mía. Uno sólo, ¿no es verdad? ¡uno solo, uno solo los dos! ¡Y cuánto he sufrido, cuánto me ha desesperado! ¡cómo te miraba doña Ana! ¡no lo podía disimular, y á mí... á mí parecía que quería matarme con los ojos! Mira, yo tengo miedo... sácame de aquí... cástate conmigo... Mi padre ha querido matarme, y doña Anita, que me quería tanto, me ha tomado por enemiga. Mira, tú no estás aquí bien; esta gente es muy mala: doña Ana es perversa; mi padre, atroz; el que se murió, don Agustín, ¡ay! aquél era peor. Si yo no te dijera esto, no te que-

rría; tengo miedo por ti; mañana, sin perder tiempo, yo me salgo del pueblo; tú, también: nos vamos á Aguilar; yo tengo allí una tía, una tía muy rica, que nos casará. Mira, yo te hablo así porque soy muy natural, porque no puedo mentir; y luego, si te quiero, ¿por qué no he de decírtelo? ¡Si Dios ha querido que yo me muriese por ti en cuanto te viera! ¡si yo no sabía lo que era querer hasta que te he querido á ti! Cuando te vi en el carro del tío Feo, cuando me miraste... se me enturbiaron los ojos... me mareé... Desde entonces te tengo en el corazón... Sí, es verdad; sí; si yo conozco que Dios me ha hecho para ti, y por ti me muero y daría por ti mi vida.

—Dios nos ha casado ya—dijo Juan—, y bendita sea la hora en que mis desgracias me han traído aquí.

En este momento llegó Chirigaitas.

Los dos amantes, que al principio habían hablado muy bajo olvidados de la prudencia por la embriaguez del amor, habían levantado la voz.

Chirigaitas había cogido alguna palabra.

—Es menester espantar á éstos—dijo—, si no, no voy á poder avisar secretamente á doña Ana, y no se puede perder tiempo.

¿Qué pensaba hacer Chirigaitas? No lo sabemos; esperó un momento, sin embargo, buscando, sin duda, el medio.

—Pero tú no quieres á doña Anita, ¿no es verdad?—dijo la Preciosa, ya con acento más perceptible.

—¡Ah!—exclamó Juan.—Conociéndote á ti, era necesario estar loco.

A esta palabra de Juan sonó un rugido como de bestia brava en la obscuridad.

Este rugido sonó muy cerca de Chirigaitas.

Estaba éste á un paso de distancia de la puerta de escape del dormitorio de doña Ana.

Chirigaitas adelantó aquel paso.

En el mismo punto tropezó con él un cuerpo humano.

Chirigaitas se agarró á él.

—¡Ah, infame!—exclamó doña Ana, que era ella, creyendo que quien la asía era Juan.

Se había oído al mismo tiempo una puerta que se abría y volvía á cerrarse.

—¡Ah! ¡tú no eres él!—exclamó doña Ana, que al pretender desasir de su talle las manos que la asían, había encontrado aquellas manos terriblemente callosas.

—¡Ojalá fuera yo él!—exclamó Chirigaitas suspirando.

—¡Chirigaitas! ¡tú!...—exclamó, con un amenazador asombro, doña Ana—; ¿qué es esto?

—Esto es que la Guardia civil ha dado con la ratonera, que don Torcuato habrá hablado ya, y que es menester escapar sin perder un minuto; pronto, señora, á casa de don José, que está esperando; es menester ganarles la delantera á los chandarmes.

—Espera—dijo doña Ana.

Y se entró en su cuarto.

Se fué á la puertecilla que ponía en comunicación su cuarto con el que ocupaba Carmen.

Llevaba en la mano la lámpara de noche.

Abrió violentamente la puerta, que no habían pensado en afianzar por dentro.

Vió á Juan, en cuyos brazos, desmayada, desplomada, estaba la Preciosa.

—Y bien—dijo con una suprema energía Juan—, guárdate de dar un escándalo, Ana. Es mi mujer.

—On José espera, señora—dijo Chirigaitas con muy poco respeto—, y si usted pierde el tiempo, yo me voy.

Sonaron en aquel mismo punto recias aldabadas á la puerta principal.

Doña Ana se aterró.

El espectro de la ley se presentó ante ella.

Huyó, asiéndose, como para ampararse, de Chirigaitas:

—¡Sálvame!—le dijo.

Doña Ana estaba á medio vestir.

Pero ¿qué importaba? temía ser presa.

Chirigaitas la arrastró consigo.

—¡Sí, sí, mi mujer, mi alma!—exclamó Juan mirando con delirio á la Preciosa, que en sus brazos continuaba desmayada.

La situación para Juan estaba definida.

Había ido á buscar la paz de la aldea, y se había encontrado en ella, en la aldea, en el lugar, un infierno.

Por todas partes el alma al natural.

Las pasiones sin freno alguno.

El ser humano en estado casi salvaje.

El idilio estaba en la naturaleza, en la tierra.

Sol de oro, cielo refulgente, fecundidad pasmosa.

Buenos mozos lanzados á todo, indómitos, bravíos, lúgubres, si se nos permite la frase.

El bandolerismo en su apogeo. El engaño, considerado como talento.

La certeza de que una provocación será contestada inmediatamente.

El continuo testimonio del valor que no se doblega ante nada.

Que ni teme ni debe.

Pero valor terrible.

Mezclado, cuando es necesario, de tunantería; astuto, que asegura el golpe y le da.

Que de la misma manera pelea que madruga.

Donde el señorito tiene la fuerza del patán, y el patán la soberbia del señorito.

La tierra del todo por el todo.

Lo inconmensurable.

¡Oh, qué tierra aquella de Andalucía; singularmente cuando va cayendo, entre montañas poéticas, incomparables hacia la costa de Málaga!

¡Qué tierra tan incompredida!

¡Cuántos tesoros allí ignorados!

Y entre esos tesoros, las mujeres.

Enlanguidecemos, nos sentimos sin fuerzas para describirlas.

Hasta las feas, señor, hasta las feas: ¡qué ojos, y qué aquél, y qué tunantería, y qué gracia y qué garabato!

¡Qué espiritualismo inmenso en la mirada, qué volcán en el corazón que sale á llamaradas por los ojos, dulces á la vez y fieros, inteligentes y revolucionarios, escépticos á la par que creyentes!

¡Vida pura, vida poderosa, vida incommensurable!

¡Y qué civilización y qué distinción al natural, siempre al natural!

Pues si las feas seducen, apaga y vámonos; no hablemos de las lindas que parecen hermosísimas, y de las hermosas que llegan hasta el plus ultra de lo divino.

¡Ay, corazón!

¡La tierra entre Córdoba y Málaga!

El mareo, la chifladura, la perdición del alma cuando se trata de ellas.

Esto le había acontecido á Juan.

La Preciosa, la divina Carmen, le había hecho la liquidación de sus potencias, sin pretenderlo y sin buscarlo, naturalísimamente.

Toda una historia de una transcendencia infinita, consumada, elevada á ejecutoria de tribunal supremo en doce horas.

Un hombre transformado y vuelto del revés.

Una mujer volubersada (permítasenos el galicismo), y una tragedia sombría revolviéndose debajo de todo esto.

Pero dejémonos de comentarios explicativos, y á la acción.

CIII

Doña Ana había escapado con un infierno en el alma.

Había visto á la Preciosa abandonada entre los brazos de Juan, en quien ella había puesto todos sus cinco sentidos ¡Y la fatalidad se lo arrebató!

Ella la había visto en los brazos de Juan.

Desmayada, es cierto.

Pero ¿quién sabía si aquel era un desmayo de amor?

Nosotros no lo sabemos tampoco.

Los violentos golpes dados á la puerta de la calle...

Chirigaitas se había llevado á doña Ana casi en brazos.

Con ella había saltado las tapias del huerto.

A la revuelta de una calleja habían encontrado á on José el albéitar, que había tomado á doña Ana sobre su caballo,

—Toos armaos, toos dimpuestos—había dicho on José á Chirigaitas—, y al cortijo de las Animas; y si os encontráis allí con la Guardia civil, fuego; que se avise á toos los é la partía.

—Mu bien, nostramo—dijo Chirigaitas—; descuidie osté.

On José arremetió con el caballo, y dijo estrechando rudamente el talle de doña Ana:

—Aunque el buchí (verdugo), me ajoinque por el pescuezo, me alegro de lo que sucede; ya eres mía.

—Eso está por ver—dijo doña Ana.

Y en el mismo punto Pardales dió un grito.

Uno de esos gritos cuya acentuación es de tal manera horrible, que críspa los nervios de quien la oye.

Pardales había caído del caballo al suelo.

Aquello era asunto concluído.

Doña Ana, que desde el lance de por

la mañana en que á solas con el albéitar en el campo se había salvado por su admirable valor, se había armado.

Se había provisto de una faca que había ocultado entre sus ropas, por lo que pudiera sobrevenir.

En mal hora Pardales, al ver comprometida en su poder, en las ancas de su jaca, á doña Ana, se había alabado del triunfo que se le había venido á las manos.

Se había declarado el señor de doña Ana. Esta, que se había prevenido, conociéndose perdida, excitada por los horrendos celos que había sentido al no tener duda del amor de Juan y de la Preciosa, irritada, enfurecida, loca, predispuesta á todo, no había dudado.

Se había consumado la tragedia.

La faca de doña Ana había partido á Pardales el corazón.

Doña Ana se pasó al aparejo.

Cogió las riendas.

Aguijó á la jaca, que partió, y que se perdió en la noche.

Entretanto continuaban los golpes á la puerta, y á cada momento más fuerte y apresurados.

Juan había dejado al cuidado de Eugenia á la Preciosa, que continuaba desmayada.

No se sabía quién llamaba; probablemente era la Guardia civil.

El viejo criado, el que podía llamarse mayordomo, y que aquel mismo día había recibido á Juan, despertado por los golpes, y al ver que éstos se repetían con ganas, se había vestido apresuradamente y había acudido á la puerta.

—¿Quién diablos llama á estas horas?—exclamó con los peores modos posibles.

—Abre, hombre, abre—respondió una voz de hombre indudablemente muy maduro, y alterada y temblona por el frío agudo de aquella noche de Diciembre—soy yo, el séndico.

—¡Ah, que se osté on Joaquín, ¿y qué tripa se le ha roto asté?

—¡Hombre, aquí está el alférez del puesto de la Guardia cevil, y tiene que registrar la casa.

—Pus mire osté, on Joaquín, yo no tengo na que ver en eso, y voy á avisarle á la señora.

—Abre tanimientras, que por aquí pasa el frío colao, y no se puede resistir. La puerta se abrió.

Entró el síndico y tras él un alférez de la Guardia con un cabo y dos parejas.

Se metieron con los caballos en el portalón. Habían llegado antes á la casa de Pardales.

No le habían encontrado en ella, y los mozos habían dicho que si no estaba casa de la señora doña Anita, no sabían dónde podía estar.

Pardales acababa de escaparse.

Chirigaitas había perdido tiempo llevando á su chiquilla, la del coletillo perdido, al cortijo de las Animas, y había dado tiempo á todo esto, y á que don Torcuato, conducido en una camilla improvisada con palos y ramaje, fuese conducido, casi moribundo, á casa de doña Ana.

Llegó poco después de haber entrado en el portalón el síndico y el alférez y las parejas de la Guardia.

No se sabe cómo estas cosas, que sueñan en medio del silencio de la alta noche, corren y cunden.

Ello fué que casi todos los vecinos del pueblo se pusieron de punta y acudieron, formando un numeroso grupo á la puerta de la casa de doña Ana.

Entre los que habían acudido se encontraban los dos regidores y el secretario, y el cura, y el sacristán, y hasta el médico.

Y no acudió el boticario, porque no lo había.

No faltaban mujeres ni aun chiquillos. Había escándalo.

Dan Tocuarto fué puesto en la habitación que en el piso bajo ocupaba el mayordomo.

Registrada minuciosamente la casa, no se encontró ni á Pardales ni á doña Ana.

Preciosa, vuelta de su desmayo, había aparecido.

Juan había aparecido también.

El cura, todo escandalizado de lo que sucedía, estaba retenido, á pesar suyo, al lado de don Torcuato, que había perdido con ansias confesión.

Añádase á esto que, corriendo el tiempo y habiéndose puesto el alférez y las parejas de la Guardia en persecución de Pardales, habían encontrado el cadáver de éste en el camino del cortijo de las Animas; le habían traído al pueblo, y como allí era todo alma al natural, la noticia llegó redonda y cruda á la Preciosa, que se precipitó fuera y se arrojó, dando gritos, sobre el cadáver, que había sido metido en el portalón de la casa de doña Ana. Aquello era la fin del mundo.

Los gritos y las lamentaciones de la Preciosa, que, noblejona y buena hasta los tuétanos, quería con toda su alma á su padre, á pesar de que éste había sido para ella un tirano, no se podían sufrir.

Aquello se acabó en un segundo desmayo.

El primero había sido de amor, inefable, divino.

El último de dolor, de horror.

Fué, necesario que el médico, inútil para don Torcuato, que se moría á chorros, se ocupase de la Preciosa, y que el barbero la sangrase.

Sobrevino el viático para don Torcuato, que se iba por la posta.

El desdichado no había podido resistir al rigor brutal de su secuestro.

El síndico, preventivamente, por si no llegaba á tiempo el juez de Aguilar, le



había tomado, auxiliado por el secretario, que llevaba la pluma y representaba la fe pública, una declaración horrible, en que resultaban complicados Pardales, doña Ana, Chirigaitas y Coscorrones.

Se trataba de testamento.

On Torcuato era solterón y muy rico.

Digno hermano de don Gil Agustín, compañero y compinche de Pardales, había sido otro cacique execrable, otro bribón al natural, que las pagaba todas juntas, y no tanto como merecía.

Viéndose ya en ansias, sintiéndose ya muerto con esa horrible certidumbre de los moribundos, se le reverdecía una pasión que alentaba desde que la Preciosa había cumplido sus quince años, y se había hecho una moza que tiraba de espaldas.

Cuando la requiebró, ella le volvió las gallardas espaldas, con uno de esos desprecios agresivos y escandalizados, al natural, que no dejan ni una sombra de esperanza.

Cuando pretendió ampararse de la tiranía paternal, Pardales le dijo:

—Compadre, osté está chiflao; osté no se mira al espejo; es osté mu viejo y mu feo, que apesta osté á puró, desde mil leguas, y como mi chiquilla no me la ha dao Dios pa que yo la venda esclava, no le valen asté los cuatro cortijos, ni el monte, ni las viñas, ni la almazara pa salirse con su gusto: mande osté otra cosa, y se le servirá, que ya sabe que se le aprecia.

Tuvo que aguantarse on Torcuato.

Pero no se le pasaron las faitigas de muerte, y los atragatamientos que le ajogaban, ni los sueños del diablo que padecía, sin poderse curar, por la Preciosa; y así fué, que puesto ya el pie en el estribo para el viaje de que no se vuelve, se le ocurrió que un beso, un sólo beso de los divinos labios de la Preciosa sería para él un tal pasaporte

de bendición, y una tal gloria en vida, que San Pedro no le daría con las llaves en la cabeza, sino que, tomándole por perdonado, le abriría, sin purgatorio, las puertas del Paraíso.

Así fué que, para hacer méritos, y no esperando ya vivir, dijo al secretario que extendiese su testamento en una sola cláusula que constituyese su heredero universal á la Preciosa; hecho lo cual, on Torcuato dijo al cura:

—Digasté, padre; pa casarse en las últimas, no hay, creo yo, más cirimonia sino que ella quiera.

—Indudablemente—dijo con acento gruñón el cura—; ¿pero ahora está usted pensando en eso?

—Miosté, padre cura, según que ya se lo he confesao asté, ya sabe osté que yo hice por esa niña pauto con el diablo.

—Por cuyas consecuencias Dios le ha castigado á usted, don Torcuato; y ésta no es hora de que usted recaiga en tan horrendo pecado, sino de que se arrepienta usted con toda la contrición de su alma.

—¡Pero si yo quiero casarme con ella! y aluego que, pensando en esto, la he dejado por heredera mía, como si fuera mi viuda.

—Haberlo hecho con esa intención es otro pecado enorme: vamos, está visto que usted no quiere salvarse.

—Ni osté que yo le deje por un codicilo una manda de dos mil misas á diez riales.

—¡Hombre! ¡Hombre! ¡Eso sería muy útil para su alma de usted!

—Hágalo oste por caridá, padre cura; ¿no ve osté que palmo?

—¿Y quién le dice ahora á la Carmen... está desmayada del sofoco de haber visto á su padre muerto?...

—¡Cómo! ¡Qué!

—Con una puñalada trapera, que le han partido el corazón, y la chica se ha sobrecogido, como era muy natural, y

está en la cama accidentada... vamos, no está de Dios, don Torcuato; pero las misas son apremiantes, de todo punto necesarias.

—¡Que me lleven los diablos!—exclamó on Torcuato, entregándose definitivamente.

Poco después entró en la agonía.

Cuando llegó el juez de Aguilar por la mañana, era ya el segundo muló de aquella noche.

Por eso, porque había muertos en el cuento, ó más bien la historia, la hemos llamado preventivamente tragedia campestre.

Rica ya la Preciosa por su padre; había llegado á ser millonaria por un azar.

Por la pasión al natural de on Torcuato, que no habría podido sobreponerse á ella ni aun en la agonía.

Juan, aterrado, no se separaba de Preciosa que, traspuesta, deliraba con su amor, y le confesaba inconscientemente de una manera grave.

Había testigos.

Las dos criadas.

El cuento debía cundir.

El matrimonio estaba hecho.

A Juan le había tocado la lotería del alma y la de la fortuna á terno seco.

Y esto de la manera más natural del mundo.

Entretanto, doña Ana había llegado como una exhalación á su cortijo de las Animas.

No había tenido necesidad de mandar al caballo.

Este conocía el camino.

Llegó, se tiró á tierra, cogió una piedra y llamó á grandes golpes.

El cortijero abrió asustado.

Tenia razón para escamarse, teniendo escondido á un pájaro de la importancia del Escarabajo.

Al ver á su ama, que se le presentaba sola, desencajada, trémula, horrible, se sobresaltó más y más.

¿Qué era aquello?

¿Por qué llegaba á aquellas horas doña Ana?

¿Por qué había ido en el caballo del señor Pardales que el cortijero conocía bien?

¿Por qué tenía la mano derecha toita teñía de sangre fresca?

—¡Pronto, pronto!—exclamó doña Ana.—¡Escóndeme; quieren prenderme!

—Pero ¿por qué?

—Yo no sé... yo estoy loca... no sé lo que me sucede; pero no estés así, mirándome como un bruto. ¿No oyes que me escondas, que vengo huída?

En aquel momento sonó á las mismas puertas del cortijo una voz tremenda:

—¡Alto á la Guardia civil!

Doña Ana dió un grito espantoso, y cayó por tierra sin sentido.

CV

La levantaron on Tomás y el Jaro; los del cortijo no se habían esperado; los padres, la hija, el hijo, los mozos, todos se habían precipitado al corral, habían saltado la tapia y se habían desperdigado hacia la sierra, donde conocían más de una guarida.

Se habían quedado solos en el cortijo con doña Ana, on Tomás, que estaba profundamente pesaroso de haberse metido en aquellas honduras; su criado el Jaro, el cabo Pérez y otros dos guardias.

El cabo tenía en la mano el coetillo de la chica de los cortijeros, para convencerlos con él de que su hija conocía demasiado al que había estado guardando en su secuestro á on Torcuato.

Se llenaban todas las formalidades. Se buscaban todas las responsabilidades.

Se remachaba el clavo.

Se facilitaba el proceso.

Pero la fuga de los cortijeros, de su familia, de los mozos, había hecho inútil aquella pieza de convicción.

El cabo, sin embargo, la guardó en su cartera para entregarla al juez.

Doña Ana volvió al fin en sí.

Pero en un estado terrible.

Sus ojos dilatados, asombrados, aterrados, inyectados de sangre, tenían algo de la rabiosa ferocidad impotente de la pantera cogida en una trampa, vencida, sujeta, pero no rendida.

Su semblante desencajado, convulsionado, lívido, espantoso, representaba un estado moral horrible.

El monstruo humano, en que la bestia se sobrepone completamente al ángel, aparecía en él, siniestro, formidable, repugnante, horrible.

No podía concebirse que una mujer tan enérgica, tan tentadoramente bella, hubiese podido llegar á una tal fealdad.

Aquella fealdad era una formidable hermosura satánica.

Un fraile exorcizante fanático hubiera visto en doña Ana una endemoniada.

Todo el esplendor de las pasiones sombrías, mortales, maléficas, salvajes, feroces, aparecía en ella.

Replegada en la banqueta donde la habían puesto desmayada, replegada en sí misma, agitada en una convulsión poderosa, afirmada en su mano derecha, terriblemente ensangrentada; clavados los pies, por decirlo así, en el pavimento terrizo en la actitud de una fiera que se recoge y reconcentra sus fuerzas para acometer, pasaba su mirada sanguinaria de on Tomás á los guardias, de los guardias á on Tomás.

Ellos estaban perplejos; en cuanto á on Tomás, aniquilado; el Jaro aparecía supinamente embrutecido y se rascaba maquinalmente la cabeza.

Doña Ana midió toda la gravedad de su situación, y se rehizo, se dominó; desapareció, aunque luchando, lo malévolo,

lo mortal de su mirada; Satanás se iba en la apariencia; nunca había hecho un mayor prodigio la fuerza de voluntad en doña Ana.

—¿Qué es esto?—dijo.—¿Dónde estoy? ¡Ah! sí, ¡un crimen! ¡Yo no comprendo esto! ¡Ah! sí, ¡una violencia!., ¡Pardales!... ¡Yo he sido arrastrada!... ¡Ese infame!... ¡Yo me he defendido! ¡Haced de mí lo que queráis! ¡Llevadme adonde queráis!... ¡Yo no tengo nada que temer! ¡Yo puedo responder á todo!

Y luego, extendiendo su mano ensangrentada hacia los guardias, añadió:

—Esta sangre me acusa: sí, yo he matado á Pardales; pero nada temo; ¡yo he defendido mi honor!

Doña Ana se había dominado completamente. Aparecía serena, aunque terrible. Luego se puso de pie, y gallarda, altiva, predominante, exclamó:

—Acabemos de una vez; llevadme adonde queráis, ¡yo responderé!

Parecía que ni aun siquiera había visto á on Tomás, que temblaba de los pies á la cabeza.

—Señora doña Ana—dijo el cabo Pérez, que la conocía demasiado—, yo no tengo nada que decirle á usted, sino que, prendiéndola en estas circunstancias, cumplo con mi deber.

—Yo no digo á usted nada, Pérez—respondió doña Ana, ya perfectamente dueña de sí misma—; haga usted lo que debe, pero pronto: es necesario que yo vea al juez, que esto se acabe cuanto antes.

El miedo se agrandaba en on Tomás.

Lo temía todo de doña Ana.

Tenía la seguridad (él á lo menos lo creía así), de que doña Ana empapillararía al juez, que la costara lo que la costara, saldría adelante y en palmas, y él se quedaría en descubierto ante su venganza.

No hay nada más astuto ni más precavido que los campesinos.

Su gramática parda se pierde de vista. No se les escapa nada.

—Yo siento lo que sucede—dijo on Tomás—, y al verme metido donde no quisiera estar; pero yo soy un hombre de bien, y no quiero cuentas con la justicia; porque en esta tierra el que se aguanta la paga, y siempre se rompe la sogá por lo más delgado, y yo no tengo necesiá de quedarme al descubierto y sufriendo venganzas, y el que la haga que la pague, y caa cual salga de aquello en que se meta como pueda, y yó estoy muy limpio y no quiero ensuciarme, y perdió por ciento, perdió por mil y quinientos; y que doña Ana diga si en este cortijo, que es suyo, hay escondite ó no le hay; y ya que se tira del copo, que salgan toos los pescaos, y no digo más, y que se tenga en memoria lo que yo he dicho para las declaraciones, y vamos andando, y el que venga detrás que arrée.

—¡Ah, que estaba usted ahí, don Tomás!—dijo doña Ana, como si hasta entonces no hubiera visto á su vecino el ganadero—, ¿y qué va usted ganando en todo esto?

—Lo que yo quiero es no perderme, ni que me pierdan—dijo on Tomás con la voz trémula.

Su miedo era ya inconmensurable.

Se atrevía á todo, como el héroe por fuerza, pero agonizando.

Cazaba largo, preveía, era necesario hacer un esluerzo.

Siempre la gramática parda.

El hermoso candor de los campesinos.

—De móo y manera—dijo el Jaro, que por dos cuartos era capaz de todo, y pensando en el precio de una confidencia— que si yo hablara...

—No hay necesidad de que nadie hable—dijo doña Ana, cuya astucia iba mucho más allá de los posibles—; en mi cortijo, como en todas las fincas rurales, hay un escondite; éste es necesario; de

otra manera, la mala gente nos lo arrasaría todo, estaríamos siempre en peligro; la culpa no es nuestra; estamos abandonados; nos vemos obligados á transigir con los criminales.

—¿Y dónde está ese escondite?—dijo de una manera impasible el cabo Pérez.

—A cierra ojos voy yo—dijo el Jaro, agarrándose con sus veinte uñas á la esperanza del precio de una confidencia.

—En la bodega—dijo doña Ana, que encontraba una ventaja en afrontar la situación—; la cuarta tinaja á la izquierda; el resorte está debajo, yo no sé si hay allí alguien; pero acabemos.

—¡Maldita sea mi suerte, que esta mujer sabe más que Briján!—murmuró el Jaro.

Pérez dejó guardando á doña Ana á un guardia, y bajó con otro, con on Tomás y el Jaro á la bodega.

Pérez se fué á la cuarta tinaja.

Pero por más que reconoció no encontró ni aun indicios.

—Si yo no hablo—dijo el tenaz Jaro— ni el día del juicio por la tarde; pero que se me apunte que yo descubrí el escondite donde estaba secuestraon Torcuato, y que yo descubro el del cortijo de las Animas.

—Se dará parte del servicio—dijo Pérez—; pero acabemos.

El Jaro se fué á la tinaja.

Se inclinó bajo ella.

Tocó al resorte y la tinaja giró.

Poco después el Escarabajo había caído en poder de la Guardia civil.

Sus heridas no impedían que se le trasladase, y por la mañana, en su mismo caballo, entraba en Casares.

Doña Ana iba en el caballo de Pardales.

El juez, que ya había acudido, los redujo á entrambos á prisión.

La Preciosa estaba en un estado alarmante.

Por demánda de Juan, por ardiente

solicitud de ella, se les casó, prescindiendo de todas las formalidades normales, como in articulo mortis de uno de los contrayentes.

Doña Ana, que había sentido una pasión inverosímil, por la rapidez con que se había apoderado de ella, por su primo, se aplanó.

La desesperación por una parte, el remordimiento de la conciencia por otra, la produjeron una locura mortal, á la que sucumbió.

Muerta ab intestato, toda su fortuna recayó en Juan, su pariente más próximo. La Preciosa se había salvado.

Juan se apresuró á llevársela á Madrid.

Reducido á una situación precaria, se había ido á vegetar á un pueblo, creyendo que allí podría vivir, aburriéndose, pero en paz.

En pocas horas había tenido la prueba de que en todas partes se encuentra el infierno de la vida.

En pocas horas habían pasado para él los acontecimientos más terribles de su historia.

Los que no había previsto ni podido prever.

Pero él y su Carmen eran inocentes, se amaban; la Providencia les había declarado visiblemente sus hijos adoptivos.

Eran ricos, y poseían un tesoro de amor.

Al Escarabajo le plantaron con cadena perpetua en Cartagena.

On Tomás respiró.

Sus enemigos habían palmaa malamente.

En cuanto al tío Patiño y su familia, los puede encontrar el que quiera en una venta cerca de Archidona.

On Tomás los armó, aunque no dió al tío Patiño los cinco mil pesos prometidos.

Colasito se casó al fin con la ingrata gitana de Córdoba, con la sobrina del tío Patiño.

Carmen la Preciosa se ha civilizado; es una alta dama; nadie puede suponer en ella á la campesina.

Juan nos decía, refiriéndonos esta historia: "Es inútil buscar la felicidad ó pretender evitar la desgracia; todo viene ó se va por sí mismo; todos los acontecimientos de la vida son al natural".

FIN DE "EL ALMA DE UNA MORENA"

V. Blasco Ibáñez

Argentina y sus grandezas

(Segunda edición)

La gran República Argentina, con su historia, sus costumbres, sus paisajes y su vida toda, aparece admirablemente descrita en este libro de incomparable belleza y de observación minuciosa y documentada. Blasco Ibáñez, el ilustre novelista español, no ha escrito de memoria. Recorrió todo el país argentino, desde las mesetas del Norte, bañadas por un sol tropical, hasta las comarcas del Sur que cubren los hielos antárticos. Visitó territorios que los mismos nacionales de otras latitudes desconocen, y á sus notas y apuntes de descriptor magistral y colorista, acompañó el documento gráfico, recogiendo millares de fotografías de todas las comarcas. Después de estos estudios, algunos de los cuales le ocuparon meses enteros, escribió su obra. Va en primer término la descripción del país argentino, la grandeza del territorio, sus montañas, sus lagos, sus ríos, la raza, el clima, la fauna y la flora, la agricultura, la ganadería, el comercio y el valor de la tierra. Sigue el estudio histórico de la Argentina de ayer, los conquistadores, los exploradores del Río de la Plata, la época de D. Juan de Garay, la vida colonial, la ciudad, el campo, las miserias jesuíticas, el virreinato y la independencia. Relátase después la Argentina de hoy, su organización definitiva, la política, el ejército, la marina, la educación, las ciencias, letras y artes, la prensa, el carácter argentino, la mujer, la beneficencia, la riqueza del país, los barcos, los ferrocarriles, la colonización y los extranjeros. Sigue una hermosa visión de lo que será la Argentina de mañana con el glorioso porvenir de aquel país floreciente y poderoso, que, así como avanza, acelera la velocidad de sus progresos. Y por último, como complemento de estos estudios de conjunto, va uno particular y especial de cada una de las provincias argentinas, con la impresión literaria del autor en su excursión por ellas, con su historia regional, su geografía, sus costumbres, su estadística y su producción.

Poco hemos de decir en cuanto á la parte material de esta obra, editada á todo lujo y sin escatimar ningún gasto. Su mejor elogio es rogar al lector que la examine en cualquier librería. Forma un volumen en folio de cerca de ochocientas páginas en papel couché, con millares de fotograbados en cobre. Fuera del texto van unas hermosas láminas en colores que, como todo el gráfico de la obra, son un modelo de estampación. Está encuadernada en piel, con oro y hierros especiales. Agotada la primera edición, hemos puesto á la venta la segunda al precio de 25 pesetas.

Pedidos á la

EDITORIAL ESPAÑOLA AMERICANA,

Mesonero Romanos, 42, Madrid. Apartado núm. 376.

La libertad de la Cátedra.

Asalto de la Universidad de Madrid
por la policía en 1884.

Esta obra del ilustre catedrático don Migeul Morayta, relata uno de los episodios más dramáticos de la vida universitaria española. Se lee con el mismo interés que una novela y con la misma emoción que un documento histórico. El asalto y clausura de la Universidad Central por la policía, las cargas en las calles, los sucesos del Noviciado y en la Facultad de Medicina, la prisión de los estudiantes, todos los hechos universitarios conocidos con el nombre de la Santa Isabel. Estudia su repercusión en provincias y en el extranjero; el movimiento escolar en Barcelona, con sus manifestaciones en las Ramblas; la agitación estudiantil en Valencia, Valladolid, Zaragoza, Salamanca. Santiago, Granada, Oviedo, Sevilla, Cádiz y en todas partes. Los telegramas y mensajes de los estudiantes italianos asociándose á la protesta de los estudiantes españoles. La dimisión del rector señor Pisa Pajares, y la actitud de los catedráticos. La velada que los escolares

madrileños intentaron celebrar en honor de Giordano Bruno y que fue suspendida por el Gobierno. La campaña periodística y la fundación del semanario escolar *La Universidad*. La censura eclesiástica con las pastorales de los obispos. La discusión parlamentaria iniciada por don Claudio Moyano, y en la que intervinieron, entre otros, los señores Comas, Pidal, Romero Robledo, Silvela, Villaverde, Cánovas, Sagasta, Canalejas, Montero Ríos, Moret y Castelar. El sumario seguido contra los estudiantes; la denuncia presentada por los catedráticos contra el coronel Oliver.

Por último, la definitiva conquista de la libertad de la Cátedra por la que había luchado denodadamente todo el Cuerpo escolar.

Esta interesantísima obra se vende al precio de 2 pesetas en todas las librerías.

Pedidos á la Editorial Llorca y Compañía, Mesonero Romanos, 42, Madrid
Apartado de correos 376.

Libros nuevos

TEATRO DE AMOR

He aquí un libro verdaderamente excepcional. Su autor, José Francés, es una de las figuras más salientes y más justamente elogiadas por la crítica. Su presentación editorial es un prodigio de buen gusto, de elegancia y de suntuosidad. Su texto—en esta época de libros *es-*
tirados fragmentarios—es de una selecta y al mismo tiempo enorme cantidad de lectura.

Teatro de amor reúne en un tomo toda la obra teatral del ilustre dramaturgo José Francés.

Las comedias, los dramas que integran *Teatro de amor*, han triunfado ya en los escenarios.

Pero su interés, su amenidad, su gran importancia editorial, estriba en que recoge y afirma uno de los aspectos más admirables del admirable Francés.

José Francés, novelista, cuentista, crítico de arte, cronista, es antes que nada un gran dramaturgo.

Su teatro es audaz, viril, valiente, pleno de sorpresas y energías cerebrales; pero, además, tiene exquisita sentimentalidad.

Alguien le llamó el «dramaturgo de las mujeres». Nada tan cierto como esa afirmación. El alma femenina no tiene secretos para el ilustre escritor, y por eso *Teatro de amor* resulta una espléndida colección de retratos psicológicos de mujeres.

Se trata, en suma, de uno de esos libros que, además de sintetizar la personalidad de un literato, son el exacto reflejo de una época literaria.

Teatro de amor, finalmente, lleva una portada á todo color que ha dibujado Penagos, el artista que ya en el *Arte de leer*, publicado también por la Editorial Española Americana, dejó muestra admirable de su arte depurado.

Pedidos á la EDITORIAL LLORCA Y COMPAÑIA, Mesonero Romanos, 42, MADRID

Precio del ejemplar. 3 pesetas.

